



JULIO CEVASCO

LA BALADA DEL
NUNCA AMADO

*Una historia
de muerte y plaga*

GOLDEN
MOON

JULIO CEVASCO

LA BALADA DEL
NUNCA AMADO



GOLDEN
MOON

**La balada del Nunca Amado
El lamento del No Mundo**

**Primera Parte
Tierras Moribundas**

Ilustración de cubierta: Alejandro Colucci

Diseño del lettering: Alejandro Colucci

Edición de cubierta: Wilbert Cerón

Ilustraciones interiores: Kike Alapont

Mapa: Daniël Hasenbos

Corrección de estilo: Telos Servicios Editoriales

Esta obra tiene una licencia de Creativecommons que te permite distribuir el archivo con fines comerciales y no comerciales bajo medios impresos o virtuales. También puedes crear obras derivadas para compartir. Por favor no editar parcial ni totalmente la obra. Consultas al correo de contacto.



©2015-2020, Julio Cevalco

©2015-2020, Golden Moon

✉ juliocevasco@gmail.com

Facebook: <https://www.facebook.com/lbdna/>

INTRODUCCIÓN

HISTORIA DE UNA HISTORIA

Hola, amigos. Soy Julio Cevasco, escritor de *La balada del Nunca Amado*. Si estás aquí es porque gracias a queridos amigos y escritores como Poldark Mego, Jeremy Torres y Giulio Guzmán he tenido la oportunidad de presentar algunos de mis trabajos en *Uróboros 2020*, y porque he hablado como panelista sobre uno de los temas que me apasiona desde niño: la fantasía.

Antes de que lean *La balada del Nunca Amado* quisiera contarles algo sobre este libro, pues no quiero que al terminarlo se queden decepcionados. Por eso es mejor que sepan lo siguiente: no habrá continuación (por lo menos no una directa). Ahora que lo saben son libres de seguir o de abandonar su lectura, aunque me gustaría que continuasen.

Esta historia (esta *gran historia* en cuanto a su extensión) encajaría dentro de las sagas de fantasía oscura con elementos *grim dark* y *splaterpunk*. En otras palabras cuenta con tintes sombríos y personajes que vivirán itinerarios duros con finales en el mejor de los casos, agridulces. En cuanto al heroísmo, claro que lo hay, aunque a veces se da por casualidad. Asimismo tiene una dosis de violencia un poco más de la acostumbrada, así que las cataratas de sangre están a la orden del día.

Quizá por eso algunos lectores dijeron que *La balada del Nunca Amado* era una historia de fantasía oscura mezclada con horror, aunque siendo honestos nunca me propuse escribir horror. Yo quería crear una saga ambientada en un mundo similar al de la alta fantasía (Tolkien, *Añoranzas y Pesares*, *La Rueda del Tiempo*, esas cosas), una idea que tuve tras leer *El Señor de los Anillos* con unos trece o catorce años, mas nunca quise hacer algo ciento por ciento igual. Quería escribir una historia de caballeros, magia y monstruos, pero con mi toque personal hasta que poco a poco los caballeros se convirtieron en asesinos, la magia se cambió por el ocultismo y los monstruos florecieron en personas de a pie que paseaban a diario por los mercados. ¿Por qué? Porque con el tiempo supongo que algunas cosas adquieren su verdadera forma.

Lo que encontrarán aquí será mucho de esto, sin embargo no olviden que están ante una historia inconclusa que comenzó entre los años 2014 y 2015, y que fue publicada por entregas en *Relatos Increíbles* gracias al editor Héctor Huerto. Existe una segunda parte completamente escrita, revisada por mi, y una tercera que consta de dos partes de las cuales una está terminada. El resto son manuscritos con la historia desde principio a fin, lista por escribir en cuanto llegue el momento, aunque por ahora ese momento se encuentra lejos.

Pero aquí no termina esto. Después de mandar a revisar la versión que se publicaba en *Relatos Increíbles* con mis amigos de *Telos Servicios Editoriales* pensé que podría ofrecer *La balada del Nunca Amado* en

pequeños tomos. Sin embargo escribir las siguientes partes con una calidad con la que estuviese satisfecho me demandó tanto tiempo que tuve que parar. Después de recibir la corrección mis amigos correctores reafirmaron mis errores al mostrarme un detalle que a todos los escritores se nos pasa: tenía que pulir más mi prosa. Lo tomé de la mejor manera, así que seguí trabajando pese a los halagadores comentarios que recibía de desconocidos en Internet. El tiempo pasó, corregía la segunda parte de dos a tres veces por semana mientras otros días escribía la tercera, sin embargo llegué a un punto en que sentí que estaba en el inicio de algo más grande, algo que en su momento me comentaron los correctores, así que tuve que pausar de nuevo porque algo no cuajaba.

En esas semanas de descanso replanteé mi cronograma, escribí las escaletas y las notas de los capítulos de la cuarta y la quinta parte del esperado primer tomo, pero el tiempo pasaba y acepté que era imposible seguir con el ritmo planeado sin cagarla. En su momento me dijeron que la historia no se me escapara de las manos, y entonces advertí que eso podría ocurrir, así que tomé una decisión difícil: dejar de lado *La balada del Nunca Amado* (después de todo no existía ninguna publicación que exigiera el dinero de los lectores), y crear historias del mismo género en un «mundo similar».

Es así como nació *La Balada del Nunca Amado: Ciclo de la Trinaquia*, aunque entonces tenía un nombre distinto. Si descargan el libro *En el*

Cráneo, descubrirán que esas historias no son muy diferentes a *La balada del Nunca Amado* original.

Esto no significa que esta historia no se concluirá. En algún momento la retomaré, incluiré cambios en su presentación, y por su magnitud probablemente conste de pequeñas *novelletes*, cuentos y novelas, una estrategia que funciona con mi saga actual. Por tanto *La balada del Nunca Amado* original, que a partir de ahora cuenta con el título: *La balada de Nunca Amado: el lamento del No Mundo* se seguirá escribiendo, y es probable que aparezcan cosas nuevas antes de lo que pensaba.

Muchas gracias por leer estas líneas. Solo una cosa más: a los que comenzaron con el primer capítulo sin prestar atención a esto siento mucho que la historia no se siga publicando de manera directa. Creo que a nadie le gusta quedarse colgado, y ese fue el motivo por el que pese a tener esta parte corregida decidí no mostrarlo durante estos años. ¿Por qué lo hago ahora? Porque es gratis, así que si les ha gustado, les recomiendo que lean las historias que aparecen en la antología *En el Cráneo*. Sus opiniones pueden enviármelas a mi correo de contacto o por redes sociales.

Si les gusta, apóyenme compartiendo el enlace de descarga con amigos, conocidos, o en grupos de literatura. Asimismo me pueden apoyar con un *me gusta* en la página de Facebook de *La balada del Nunca Amado*,

pueden compartirla o incluso pueden comerciar los cuentos de *En el Cráneo* dejando claro que soy el autor.

Los que quieren apoyarme de otra manera tienen mi *paypal* al final del libro, y si quieren donar algo, lo recaudado se usará para pagar a correctores e ilustradores de las siguientes publicaciones y que así ustedes puedan disfrutar de la mejor versión que se pueda ofrecer.

Buenas vibras para todos, amigos.

JULIO CEVASCO
23 de junio de 2020



LA BALADA DEL
NUNCA AMADO

**Miro al espejo.
Veo una cicatriz
en la hojarasca.**

«Todo acto violento debe permanecer en las páginas de los libros, así como en toda obra de ficción antigua o moderna. Llevarlos a la realidad es una tarea deleznable que condenaría con toda mi alma, de no haberla perdido».

D. L. NEVERLOVED

«Durante la época del *oddèchnin no zczènién*, llamado también el Aliento-que-lo-carcome-todo, una pastora sucia que vestía harapos se hallaba en el bosque tendida junto a una pira ardiente. Era una muchacha pálida y con el cuerpo plagado de cardenales que, en un sueño, se había visto arrastrándose por un abismo álgido y rocoso. Al abrir los ojos aún temblaba de frío, y su mirada se perdía en el cielo sombrío e inalcanzable. No sintió cuándo se acercaron las sombras, ni cuándo empezaron a rasgarle sus vestidos manchados de lodo».

Extracto del libro: *De la verdadera historia del oddèchnin no zczènién y del origen y el fin de los Efebos de la Guadaña*, escrito por los labriegos Ròsmos lou Vànnum' glaur Vaàlec y Vâryss la Courn'in næ Rèsniaat, también llamado Vâryss Capadecuervo.

Las TIERRAS de la GUADAÑA

Mar de la Tempestad

Mar de la Peste

MAPA DE PLAGA

Año LI de los Reinos sin Dios y la Doctrina Templaria
Año XIV del Imperio de Cadeburg



LEYENDA

	En ruinas		Bosques		Los que huyen
	Pueblo		Montañas		Mes 1
	Puerto		Ríos		Mes 2
	Señorío		Abismos		Mes 3
	Alcazaba				Plaga

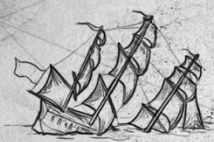
La peste avanza. La pandemia se extendió durante los últimos meses de sur a norte por las Tierras de la Guadaña. Los soldados imperiales ignoran a qué se debe este fenómeno, y temen, dudan, huyen y mueren. Mis congéneres, empero, no se lamentan de pérdidas. Lo preocupante es el desbalance, la hecatombe, una posible extinción de la *natura faeta*. ¿Cómo comenzó? ¿Y de dónde salió la peste? No tenemos ideas. Es como si la Muerte espantara por el No-Mundo un aire venenoso de un enorme saco. Las hipótesis son varias. Y la mayoría de ellas, descabelladas.

Yo, Varyss Capadecuerdo, caballero renegado del Árbol de Hierro, he seguido a la pandemia con mis carroñeros desde el sur, y he trazado su curso en el mapa que tenéis entre manos. El cráneo pintado en Gárdan, dentro de la Región Abismal, marca el despertar de la plaga. Su rastro llega hasta las Costas de la Reina Decapitada a fines del primer mes. Luego desaparece. Leguas al norte, contamina el río en el mes segundo siguiendo su curso. Se detiene en el Bosque de los Ahorcados y desde entonces no se mueve. La peste arrincona a Cadeburg entre la espada y la pared mientras Campobueso, el pueblo de los labriegos, lejano y sereno, enfrenta a un problema casi tan grave pero de índole social llamado inmigración. Hete aquí el desarrollo de este mal durante los primeros tres meses de desgracia.

El foco actual de epidemia se marca con un cráneo diferente, mientras que la senda de los que huyen rumbo a los Campos Pelosos está trazada con puntos. Las siguientes páginas, relatadas desde distintos focos, muestran el comportamiento de la plaga. ¿Es posible frenarla? ¿Tiene cura? ¿Cómo destruye al no-longevo y cómo afecta a las razas féricas del No-Mundo? ¿Peligra otro tipo de vida? ¿Cómo se manifiesta? ¿Cuál es su origen? Enigmas, enigmas y más enigmas cuya mayoría, lamentablemente, sigue sin respuesta. Sin embargo en otros se cazona aunque sea algo. Lo cierto es que la plaga es una entidad terrible, que tiene vida —porque todo parece indicar que la tiene— y que la muerte no sólo se hace presente a manera de peste, sino también en la naturaleza de una especie que, a punta de espada, la reparte.

Varyss Capadecuerdo

Las TIERRAS de la GUADAÑA



Mar de la Peste



Puerto Diamante
Bahía de los Cristales

Bosque Escarlata
Cadeburg

Bosque de los Ahorcados

Río Causcaba

Alcazaba del Rey Cuervo

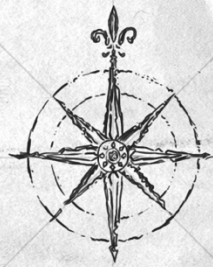
Bosque Sangriento

Pradera Azul

Pueblo del Pozo

Islas de Traficantes

Pradera Gualda



Maul Parriatschka

TRES TERROS

Maul Colcón

Maul Raietschka

Río Causcaba

Costas de la Reina Decapitada

Cárdan

REGIÓN ABISMAL

ED 2017



MAPA DE PLAGA

Año LI de los Reinos sin Dios y la Doctrina Templaria
Año XIV del Imperio de Cadeburg



LEYENDA

	En ruinas		Bosques		Los que huyen
	Pueblo		Montañas		Mes 1
	Puerto		Ríos		Mes 2
	Señorío		Abismos		Mes 3
	Ciudad				Plaga
	Alcazaba				

La peste avanza. La pandemia se extendió durante los últimos meses de sur a norte por las Tierras de la Guadaña. Los soldados imperiales ignoran a qué se debe este fenómeno, y temen, dudan, huyen y mueren. Mis congéneres, empero, no se lamentan de pérdidas. Lo preocupante es el desbalance, la hecatombe, una posible extinción de la *natura fata*. ¿Cómo comenzó? ¿Y de dónde salió la peste? No tenemos idea. Es como si la Muerte esparciera por el No-Mundo un aire venenoso de un enorme saco. Las hipótesis son varias. Y la mayoría de ellas, descabelladas.

Yo, Varyss Capadecuervo, caballero renegado del Árbol de Hierro, he seguido a la pandemia con mis carroñeros desde el sur, y he trazado su curso en el mapa que tenéis entre manos. El cráneo pintado en Cãrdan, dentro de la Región Abismal, marca el despertar de la plaga. Su rastro llega hasta las Costas de la Reina Decapitada a fines del primer mes. Luego desaparece. Leguas al norte, contamina el río en el mes segundo siguiendo su curso. Se detiene en el Bosque de los Ahorcados y desde entonces no se mueve. La peste arrincona a Cadeburg entre la espada y la pared mientras Campobueso, el pueblo de los labriegos, lejano y sereno, enfrenta a un problema casi tan grave pero de índole social llamado inmigración. Hete aquí el desarrollo de este mal durante los primeros tres meses de desgracia.

El foco actual de epidemia se marca con un cráneo diferente, mientras que la senda de los que huyen rumbo a los Campos Pelosos está trazada con puntos. Las siguientes páginas, relatadas desde distintos focos, muestran el comportamiento de la plaga. ¿Es posible frenarla? ¿Tiene cura? ¿Cómo destruye al no-longevo y cómo afecta a las razas féricas del No-Mundo? ¿Peligra otro tipo de vida? ¿Cómo se manifiesta? ¿Cuál es su origen? Enigmas, enigmas y más enigmas cuya mayoría, lamentablemente, sigue sin respuesta. Sin embargo en otros se esboza aunque sea algo. Lo cierto es que la plaga es una entidad terrible, que tiene vida —porque todo parece indicar que la tiene— y que la muerte no sólo se hace presente a manera de peste, sino también en la naturaleza de una especie que, a punta de espada, la reparte.



Varyss Capadecuervo

PRIMERA PARTE
TIERRAS MORIBUNDAS

I

OSCURO

Se había acostumbrado al grajeo de las cornejas.

«El bosque apesta a cadáver...», pensó el ahorcado después de que el pajarraco picoteara la soga. El tejido se rompió, el carroñero levantó el vuelo y él cayó de pie sobre la hojarasca, todavía con el nudo flojo alrededor del cuello. Oscuro respiró una peste a sangre, tierra y esmegma, mientras los cuerpos de los colgados parecían observarlo con las cuencas sombrías como cavernas. «Parece que te envidian. Pero no saben lo afortunados que son».

Los cuerpos se estaban pudriendo.

Recordó que se había ahorcado noches atrás. Desde entonces permanecía colgado de un árbol junto a otros muertos, balanceándose y observando cómo las ramas se poblaban de nuevos cadáveres. Daba igual quiénes fueran: suicidas, hipoxífilos que morían por accidente o traidores ajusticiados por el ejército imperial. El Bosque de los Ahorcados no le debía su nombre a la sangre derramada por asesinos ni rebeldes, ni a los guetos de leprosos en la profundidad boscosa.

Oscuro enterró los borceguíes en el barro, empujó los arbustos manchados de líquen para abrir brecha entre las hojas y blasfemó.

—La muerte te está dando por culo, mierda. Te suicidas, pero ni aun así te lleva. Siempre regresas.

Por lo menos la noche de su ahorcamiento consiguió eyacular al sufrir los espasmos. Sin embargo, correrse junto a la muerte ya no le parecía un ejercicio placentero. Si la viera de hinojos le rociaría el rostro

con su semilla y no pararía hasta que le suplicara llevárselo.

—Sólo recuerda: cuando la encuentres, asegúrate de tener suficiente leche.

Bajó la mirada y observó su arma: una cuchilla larga que pendía envainada de su cinturón. Su cota de malla negra, embarrada de sangre, se confundía con las hojas de los matorrales mientras su rostro de piel endrina se camuflaba bajo las sombras. Tenía los ojos amarillentos como la orina, y una melena piojosa y negra le caía por debajo de los hombros. Los cuerpos se mecían como péndulos bajo las ramas de los sauces. Los empujaba abriéndose paso, y mientras marchaba olisqueaba un olor a humo y a grasa que se esparcía desde las grutas. En ese momento se reventó un grano de la barbilla, pasó la lengua sobre el pus y recordó la orilla del río donde alguna vez se detuvo a cocinar acompañado de la mujer. Entonces, acuclillados, habían observado alejarse una balsa con una muchacha tendida en el interior. La cría tenía una cicatriz en la cara y, desde entonces, nunca más la había visto.

«Ha pasado tiempo desde que se fue, así que supongo que habrá alcanzado el otro lado del río», pensó, y luego se tocó el estómago.

Las tripas le crujían. El tufo a carne aceitada inundaba los caminos secretos de la floresta, mientras detrás de los matorrales una flama estiraba su lengua, serpeando entre la niebla. Se fundió con la penumbra para observar. Recostado en el tronco de un árbol, casi por instinto, empuñó su larga cuchilla.

—Dale la vuelta a las manos —dijo una de las figuras a las que veía. Por la melena enredada y los cuchillos en el cinto parecía un bandido—. Así, muy bien, que no te tiemble la muñeca. Deja que se

tuesten un rato, que derramen el jugo de las uñas y luego quítaselas.

—Como digas —respondió el cocinero que se encontraba a su lado.

Oscuro esbozó una sonrisa mientras se acariciaba la panza.

«Antropófagos —pensó—. Espero que hayan sabido elegir».

Aspiró la peste a grasa mientras sentía a las arañas trepar por sus brazos. Pero no importaba. Esa noche el bosque era uno con él. Las tripas le sonaron de nuevo.

—Parece que tú también quieres, muchacha. —El bandido soltó una carcajada. Se había vuelto hacia la niña encadenada junto a las jabas. Estaba desnuda y tenía una mancha de sangre entre las piernas—. Descuida. Si tienes hambre puedes ir comiendo un poco de esto. Mira.

Con un movimiento rápido se desanudó el pantalón, lo dejó caer y, despacio, empuñó un miembro diminuto y regordete. Oscuro lo observó, y si bien el fuego en la sartén calentaba el espíritu del forajido, el suyo todavía permanecía frío. Esa noche, inmóvil, aguardaba como una piedra en el corazón del bosque.

—Las he visto más grandes y mejores —escuchó murmurar a la niña. Pero la mocosa recibió una bofetada que la dejó perniabierta, tendida junto a las llamas. Tras limpiarse la sangre del rostro lanzó un escupitajo rojo.

—Te odio. ¡Te odio! Mi madre decía que las pollas grandes eran mejores que aquellas como la tuya, que por eso engañaba a padre, así que lo abandonó.

—¿En serio, primor? —El bandido respiró y le lanzó una mirada a su acompañante—. Eso no fue lo que nos dijo mientras la violábamos.

Parecía gustarle. Si hasta tú nos viste, ternura.

Los dos hombres sonrieron. Oscuro no distinguía si eran caníbales de los guetos o soldados del imperio, pero en el fondo le daba lo mismo. Esa noche tenía hambre y se encontraba de caza. Se acercó despacio en la penumbra, como una sombra, y observó a la prisionera bajar la cabeza, sometida. El cuerpo de la madre se encontraba desnudo sobre un charco carmesí. Sus muñones estaban podridos y, mientras los bandidos le freían las manos, la prisionera las observaba lamiéndose los labios.

—Quieres comértela, ¿no es cierto? —le preguntó el del miembro al aire mientras se rascaba la cabellera larga y andrajosa—. Tranquila. No vamos a dejar que te chille la tripa. Te aseguro que mami sabe tan bien muerta como sabía viva. Luego me lo agradecerás chupándome la polla.

El antropófago se plantó frente a la mocosa con las manos en jarras y, tras reír un poco más, se inclinó y le presionó las mejillas.

—Un momento. Un momento. Para. ¡Para! —le advirtió su compañero, quien aún no terminaba de freír—. He escuchado algo moverse tras los arbustos.

Oscuro esbozó una sonrisa torcida.

«Bravo, hombre de buen oído. Te prometo que lo último que oirás serán tus gritos».

—¡Silencio! —escuchó decir al otro captor—. Deben ser las ratas. Los cadáveres abundan en esta región. La gente viene a morir de distintos lugares.

Oscuro asintió. Desde que recordaba, los hombres viajaban hasta

allí sólo para matarse, o bien para dejar que otros los matasen. Todavía oculto entre los matorrales, pensó en los últimos asesinos que había despachado: un sujeto tuerto que al verlo se meó en los pantalones y que, desesperado, lo atacó con una espada rota. Se parecía al tipo de la sartén. Era muy lento. Nunca tuvo oportunidad. Probablemente tampoco la tendrían los antropófagos. El tuerto había muerto gritando con el pecho atravesado. Sin embargo, era el otro forajido, el de la barba, quien lo había reconocido por su rostro endrino.

«Esta noche vamos a morir —recordó que le dijo conteniendo el temblor de sus huesos, casi desquiciado. Luego había pronunciado uno de sus tantos nombres—. Carnicero de Càrdan. Eres igual a como te describen las baladas: un saco de carne y huesos que apesta a barro, sangre y estiércol».

Fueron sus últimas palabras. Luego, el carnicero le cortó la panza y le arrancó los intestinos.

El recuerdo era nítido y vibrante, aunque en el fondo quisiera olvidar y dejar de sentir algunas cosas.

Hizo una negación con la cabeza, tragó saliva y se esforzó por dejar el pasado en las tinieblas. Observó el fuego crepitante desde los matorrales mientras afloraban las primeras lágrimas y, justo cuando las llamas flameaban en la penumbra, los ojos de la prisionera lo acribillaron como cuchillas sin filo.

—La noche se levanta —dijo—. Y nos mira.

El asesino del pantalón desatado se dio la vuelta con una blasfemia, pero Oscuro ya había salido de los arbustos y mantenía la mano en la empuñadura de su acero, desplazándose a trancadas.

Desenvainó mientras uno de los antropófagos reculaba con la sartén en las manos.

—¡Atrás! —le oyó gritar—. ¡Atrás!

La violencia de su movimiento hizo caer la comida y el rostro se le deformó en una mueca horrible. La carne a medio cocinar había empezado a necrosarse y a incubar gusanos. Todo ocurrió muy rápido. Como si el tiempo apurara sus pasos.

—Brujería... —musitaba, aterrado—. Brujería...

—No es brujería —precisó Oscuro—. Sólo es carne con plaga.

El bandido soltó la sartén, pateó la leña con estrépito y el fuego lamió las botas del carnicero, que dio un paso atrás y por poco se quema.

«Bebemierdas... ¿Piensas que así me vas a matar?».

El antropófago le escupió en la cara y lanzó una amenaza, pero antes de que se colocara su manopla Oscuro ya se había movido. Una fisura se abrió en la corva del forajido, que cayó al fuego y empezó a quemarse. Los aullidos se extendieron por la monstruosa floresta.

—Gritas como una niña cuando la violan —susurró el carnicero antes de dejarlo de lado—. Ahora solamente queda uno.

—¡Aléjate de aquí, cabrón, hideputa! —escuchó que gritaba el otro sujeto y, al volverse, vio que ya había apresado a la mocosa. Le helaba la garganta con un cuchillo y, encorvado, le presionaba el cráneo contra su miembro.

—Un movimiento en falso, monstruo, y la mato.

—Pobre diablo. ¿Crees que me importa?

Oscuro fue muy rápido: solamente una finta, un diestro giro de muñeca y la hoja brincó, silbó y mordió. No le dio tiempo a moverse.

Tampoco a la mocosa.

«Por fin todo ha terminado».

Mientras el carnicero caminaba sobre la grama, observaba al hombre temblar, retorcido en el barro que se teñía de rojo. Su cuchilla le atravesaba el ojo a la cría, que ya había muerto, y la punta perforaba el bajo vientre de su captor. De rojo vislumbró un trozo de carne en el charco que se formaba sobre el cieno. El hombre aún estaba vivo.

—Tenías una polla gorda y pequeña —le dijo tras pararse sobre ella y pisotearla hasta que se volvió una masa—. Pero ahora... ¿qué te queda?

Después agachó la cabeza y las tripas comenzaron a sonarle. Se dio la vuelta para ver a los cadáveres: el de la cría y el de su madre yacían casi juntos, y el del antropófago continuaba ardiendo. En ese momento un olor a carne quemada y a pelos chamuscados inundó el sotobosque y el carnicero pensó que era un buen cambio.

Arrastró los cuerpos de las mujeres y los echó sobre el cadáver mutilado. Se pasó la lengua por los labios y, con la vista, buscó entre las jabas rocas y leña para quemar. Tras encontrarlas asintió poco antes de que unos grajeos poblaran el cielo. Entonces las tripas le rugieron de nuevo y, de pronto, echó un pedo.

—Nada mejor para empezar la noche —dijo.

II OFELIA

Se arrastraba sobre la hierba enmerdada.

Los dedos de la bastarda se enterraron en el barro, en los excrementos. Abanicaban huesos de lagartijas y sangre coagulada. Tras esputar un buche de flema, se volvió hacia la niebla buscando su balsa, pero esa noche, mientras el viento zarandeaba su cabellera, sólo encontró las maderas que se tragaba el río.

«Por lo menos estoy a salvo. Por lo menos todavía respiro».

Las sombras que veía en sus recuerdos no la dejaban en paz. Despacio, descendió hacia el cadáver de la ciudad en ruinas, humedeciéndose los labios. No había probado agua durante su viaje corriente abajo. Tampoco había comido. Ofelia Caracortada caminó hasta el centro de la plaza y, al lado de unas jabas repletas de cucarachas, se ahogó en un hedor denso, amargo, similar al de los cuerpos carbonizados. Alzó la vista y divisó un pozo que se asomaba en la oscuridad. En cuanto intentó acercarse, tropezó con cerros de despojos humanos. Los restos, hacinados unos sobre otros, no la dejaban pasar.

—Putá mierda...

¿Qué diablos pasaba en ese lugar? Cuerpos punzados, torsos destripados; murallas de muertos se erigían frente al brocal. La sed la asfixiaba, la sometía. La muchacha salivaba. Necesitaba beber agua o por lo menos algo. Así que, haciendo de tripas corazón, empezó a apartar algunos cadáveres para acercarse al pozo. Uno por uno los fue arrastrando, dejando una estela sanguinolenta sobre

el adoquinado. Pero antes de trasladar a los últimos sintió que el menos pesado, tan flaco como un esqueleto, temblaba. Lo dejó caer y al bajar la mirada se encontró con una cría famélica cuya piel se pegaba a los pómulos. Estaba demasiado débil para ser una amenaza.

—Espera... Espera... No me hagas daño —le susurró a Ofelia al ver que la intimidaba con la mirada—. Por favor... Muero de sed... ¿Podrías darme un poco de agua?

«Diantres. Está casi muerta. Apesta a podrido y se aferra a la vida. ¿En serio quiere vivir en este mundo de mierda? ¿Qué va a hacer? Hasta le faltan dientes».

La miró y se compadeció. No pudo negarle su última voluntad.

—Aguarda —le dijo—. Ahora vuelvo.

Haciendo un esfuerzo, arrimó los restos que quedaban. Tomó la polea para bajar el cubo y, mientras soltaba la cuerda, miraba los esqueletos quemados, tendidos por la calle. Si hubiese llegado durante el saqueo, su cabeza estaría clavada en una pica, pudriéndose con los empalados y el resto de cadáveres. «Esta masacre es obra del hombre. Al parecer la plaga no ha llegado a esta región».

Parecía tener suerte. Mientras vagaba por los bosques del otro lado del río, apenas había encontrado rastros de peste y, una noche, un grupo de maleantes por poco se la carga. Recordó que primero intentaron violarla, pero como se cagó y se meó en los faldones sólo le cortaron el rostro. «Voy a sobrevivir. Sobreviví al castillo y

al bosque. Unos saqueadores no son más que sangre de menstruo». El recipiente se había llenado sin que casi se diera cuenta, y cuando lo tuvo en las manos vertió el líquido en su pellejo. Luego dio un sorbo y lo dejó en el suelo para que la muchacha bebiera.

—Aquí tienes —le dijo—. Bebe lo que quieras, pero tendrás que responder algunas cosas.

—Gracias. —La joven sorbió como una yegua, se secó la barbilla y contestó con obediencia—. Sí. Te diré lo que desees, con una mano en el corazón.

—Empezamos con buen pie. Busco un sitio de descanso. ¿Conoces algún pueblo cercano?

—Solamente Campohueso. Queda a unas leguas al este y está libre de gamberros. Para llegar tendrás que cruzar el campo.

—Ya veo. —Ofelia hizo una pausa—. ¿Y sabes por dónde ir?

—Vengo de ahí.

—¿En serio? ¿Entonces por qué estás en estos lugares?

—Asuntos por resolver. Cosas privadas. Lamentablemente la suerte no estaba de mi lado y anoche nos atacaron. Los maleantes robaron, violaron, arrasaron con todo, tal como puedes ver. Matan a los que cruzan el río buscando refugio. No quieren occidentales.

«Era de esperar —pensó la bastarda—. El odio se respira por todos lados».

—Según ellos... —continuó la chica— traen el mal.

—¿Mal? ¿Qué mal?

—La plaga. ¿No has oído hablar de ella? Dicen que si te muerde... morirás.

Ofelia se encogió de hombros. Le habían llegado comentarios, aunque ignoraba la forma de contagio. Los escribas decían que estaba en el aire, que elegía a sus víctimas con el dedo corazón para joderles la vida. La labriega indicó que tampoco sabía mucho, y que tuvo que esconderse hasta que los bandidos se marcharon, escuchando cómo clavaban unos cuerpos en estacas. Cuando se cansaron, echaron los restantes junto al pozo, cubriéndola.

—Todo está patas arriba —dijo Ofelia después de un rato, caminando entre los escombros—. Es como si el No-Mundo estuviese maldito. Peste. Muerte. Hombres que se matan unos a otros cuando deberían protegerse o vivir en comunidad. En fin. No soy la indicada para esta época.

—Tonterías. Me has ayudado mucho. Si no fuese por ti habría terminado mis días abajo, muerta de asfixia. Así que tan desubicada no estás. Los que son como tú escasean, y gente de todos lados siempre va a necesitarlos.

—No me hagas reír, muchacha. Si es verdad lo que dices entonces eres la primera o se está dando un cambio en la realidad. A propósito ¿cómo te llamas?

—Me llamo Rose. Rose Càrragan.

La labriega tosió. No tenía la apariencia de una chica saludable. Cualquiera pensaría que sus días terminarían pronto, que moriría sola y en el campo durante ese terrible año en que los mendigos caían presa del acero en oriente mientras en occidente eran víctimas de la peste, pero jamás Caracortada. Ella estuvo unos

meses dentro de la ciudad, en un bastión de piedra con el emblema del imperio. Luego había escapado. Desde entonces le tocó arrostrar la plaga, y personalmente le parecía mejor a enfrentar desprecios, decepciones, actos de humillación y crueldad.

«He tenido una vida de mierda. Creo que nada puede empeorar».

Miró hacia el fondo del pozo.

¿A quién engañaba? La oscuridad envolvió su mente al tiempo que se distraía con los ojos de Rose, unos iris tan oscuros como el vacío. La labriega, acucillada en el serrín, bebía agua del cubo, así que Ofelia decidió sentarse, recostar su espalda en el brocal, dormir un poco y recuperarse. «Cuando planche la oreja me marcharé. Será antes del amanecer». Era un pensamiento cuerdo. No quiso hurgar en sus recuerdos pero oía voces ininteligibles mientras se quedaba dormida. Un hombre. Una mujer. Los pájaros. ¿Quiénes eran? Poco a poco le vencía la modorra y se daba cuenta de que el aire se hacía más frío.

—No olvides que te ayudé —le dijo a Rose entre sueños. La chica la estaba mirando—. ¿Qué te pasa? ¿Esperas a que me duerma para robarme? ¿O es que quieres matarme? No tengo nada que de valor, por si acaso.

—No tengas miedo —respondió la labriega tras negar con la cabeza—. Sólo miraba tus ojos porque nunca he visto unos tan amarillentos.

«¿En serio? Yo sólo en los cristales».

Era una *bastarda*. Nobles y plebeyos consideraban a su raza

energúmenos de baja estofa, motivos de vejaciones. Tiempo ha, en el lejano sur, los jercas los ponían en los cepos para que paseantes se divirtieran arrojándoles boñigas, tomates podridos, baldes con orines, sangre de puerco y toda clase de inmundicias. Era una edad terrible en la que la prosapia de ojileoninos era condenada a la esclavitud. Por eso quedaban pocos. La mayoría malvivía en las orillas de los ríos, en las cavernas o en oscuros basurales.

—Soy...

—Descuida. Sé lo que eres —dijo Rose—. Una muchacha que ha nacido con la marca de la vejación, ni más ni menos que un peliblanco o un pecoso. La gente es igual de asquerosa en este lado del río que en el otro.

La bastarda río.

Era lo mismo en todas partes. Las personas siempre eran mierda. En algún momento de su vida había querido matar centenares, cuchillada tras cuchillada hasta rajarles las entrañas. Lo que había hecho, en cambio, fue correr por el bosque con los ojos llorosos como una niñita, toparse con los miserables que la cortaron y arrastrarse hasta la orilla. No recordaba cómo se subió a la balsa ni cuándo emprendió su viaje por el río. Pero sí se acordaba de que lo había pasado mal, tan mal como los habitantes de la Guadaña, pobres desdichados que casi siempre terminaban recluyéndose en guetos o volviéndose asesinos o asaltantes. Ella había visto tantas atrocidades que no deseaba charlar. Apoyó la cabeza en el brocal. Le pesaban los párpados. El grajeo de las cornejas la distraía casi tanto como la tos de su compañera. Por el rabillo del ojo vio que

esputaba sangre.

—Mierda. Estás muy enferma —susurró pese al cansancio—. No es normal que sangres tanto. Mira tus zahones.

—Están manchados, ¿y qué? En un día o dos como mucho me repondré.

—Entonces resiste hasta que me largue. No me gustaría enterrar tu cadáver.

«Estás perdida. Seguramente morirás pronto».

Iba a decirlo pero calló. No creía que Rose pudiese cuidarse en las afueras, ni menos defenderse de borrachos o rufianes que andorreaban por los maizales. Tenía las manos huesudas; los dedos curtidos. El cabello negro, casi tan largo como el suyo, estaba decorado con trenzas rojas.

—Pero si me muestras el camino a tus tierras —la bastarda añadió—, podré acompañarte. Piénsalo. Ni en sueños vas a llegar en el estado en que te encuentras. Caminaríamos despacio y tendrías a alguien que te cuide la espalda. ¿Estás de acuerdo?

En el fondo esperaba quedarse en Campohueso. Ignoraba a dónde ir y volver al oeste no era una alternativa.

—No sé. Conozco el recorrido como la palma de mi mano. —La pausa que hizo Rose fue prolongada. Se aclaró la garganta y escupió buches rojos—. Un poco de ayuda, sin embargo, no me caería mal. Los labriegos del pueblo tal vez dejen que te quedes, pero recuerda que no garantizo nada. Si te echan, ¿qué harás? Pasar de largo te llevará a un bosque donde ni los lobos sobreviven solos.

Ofelia asintió. Fue su única respuesta. Parecía que estuviese

de acuerdo con las condiciones y que deseara descansar. No se dio cuenta de cuándo cerró los ojos, sólo de que, al abrirlos, el cielo rosáceo la saludaba. La luz del astro le obligó a bajar la cabeza antes de que buscara entre la carroña utensilios para su viaje. Vio infinidad de capas y capuchas manchadas de vómito. También, entre otras cosas, varios cuchillos a medio enterrar.

«Todo servirá —pensó—. Es mejor que recoja lo necesario».

Tenía agallas.

Tan pronto lo decidió se volvió a su compañera, que se hallaba en los adoquines cruzada de piernas. Intercambiaron miradas, y eso bastó para saber que dentro de poco se pondrían en marcha. ¿Qué habría pasado si no se hubiesen conocido? ¿Qué habría ocurrido si Ofelia hubiese encallado en otra región? ¿Serían salteadores de caminos y no una chica enferma quienes hubiesen dado con ella?

«Andando —pensó. No quería reconocerlo pero la vida le daba otra oportunidad—. He viajado mucho... Demasiado, para volver la cabeza y seguir hundida en este infierno de mierda».

III VALÈRIAN

Càdeburg, la ciudad principal del imperio, se erguía sombría e imponente al norte de las Tierras de la Guadaña, pero el príncipe heredero no se enorgullecía de su insignia. Un pasado marcado por rebeliones, fugas, sangre y conquista apuñalaba su sentido de la moral, y aquel era el peso que cargaba día a día.

«No me corresponde —se quejaba a menudo—. No me corresponde», y en verdad no lo hacía, pero también era cierto que solía tragarse la mayoría de sus palabras.

Valèrian Riese observó el escritorio de ébano y en lo profundo de sus oídos escuchó a unas voces condenar el destino de su familia.

«Tranquilo. Sólo son el pueblo y sus voces imaginarias», se dijo antes de secarse el sudor de la cara.

Esa noche, en la sala de juntas, el muchacho tosió, y en un suspiro le temblaron las rodillas, las manos y la quijada. Se aclaró la garganta e inhaló la peste que su real nariz se negaba a olfatear. La plaga se acercaba a mataballo noche tras noche, y consigo traía la ruina. El príncipe sabía que no se podía luchar. Sólo quedaba escapar. O morir.

—La peste arrasa con todo retazo de vida a lo largo y ancho de las Tierras de la Guadaña, y la muerte cabalga los vientos consumiendo vidas de pobres y ricos por igual.

«Hombre. Bestia. Tierra. Floresta...», pensó.

Todos caían.

Incluso el acero sucumbía ante la epidemia.

El metal se desgastaba. La hojarasca se remecía, aullaba, palidecía

y moría, mientras el No-Mundo lloraba en soledad. El joven era consciente de que para el Pueblo Bajo la esperanza se pudría en un sepulcro, pero para la realeza era otro cantar. Por eso pensaba que la injusticia reinaba junto a la muerte en un pedestal de piedra.

—Tienes tres hermanos —lo interrumpió su tío Clément, y el ilusorio pedestal se destruyó con sus palabras—. Uno es un incendiario. El otro, un sodomita. Y el pequeño, el gordo Gàldas, es otra oveja descarriada de la familia. Margaret, la puta de Luùd Curadèl, lo pilló hurgando en la ropa interior de Ofelia, la bastarda.

El conde Clément de'lla Carriètt se limpió la saliva de los labios poco antes de inclinarse para firmar el contrato. Descontento, trazó una rúbrica al lado de la firma de Valèrian, quien esperaba a su lado pensando en la conducta de sus retorcidos hermanos y en su prima desaparecida. Si hubiese dependido de él, los críos habrían recibido un castigo por deslizarse en la alcoba de la bastarda. Pero los tres príncipes no estaban a su cargo.

«En realidad eran cuatro —pensó el muchacho, sombrío y cabizbajo—. Pero a uno nuestros padres lo enterraron hace mucho».

—¿En qué piensas? —le preguntó el conde sin mirarlo.

Los cabellos del príncipe danzaron. Eran negros, largos y estaban aceitados con esencia de nuez.

—En nada. Sólo espero que este pacto traiga el bienestar para nuestras casas. Y que el pueblo... Que el pueblo consiga arreglárselas como pueda... supongo.

Lo último había sido lo más duro de decir. Porque en el fondo sabía que el pueblo sucumbiría.

Con el corazón en la garganta, Valèrian cerró los ojos por una fracción de segundo y recordó los rostros angustiados de su gente después de que se hiciera pública la noticia: «En Càdeburg ya no hay nada que hacer. Tenemos que marcharnos pronto». Cuando el joven proclamó dichas palabras, no pudo evitar quebrarse ante las pilas de pastores, labriegos y campesinos. Rostros de gente pobre con las esperanzas perdidas. Aquellos luchadores que, en sus mejores tiempos, le habían puesto su tan conocido mote: Valèrian Riese de Càdeburg: el Príncipe de la Guadaña.

—Sí, por supuesto, como digas —respondió el conde con una sonrisa mientras soltaba la pluma y enrollaba el papiro para que Valèrian pudiera sellarlo—. Bueno, mi querido sobrino, el pueblo vivirá momentos duros. No lo dudo. ¿Pero quién no los ha vivido? Muchos hemos tenido que pasar por ellos. ¿No recuerdas cuándo comenzó todo este tormento?

Por supuesto que lo recordaba.

—Mi hijo, Gàutier —continuo su tío—, estuvo a un pelo de perder la vida. Una mañana antes del desayuno se llevó una manzana a la boca sin saber que provenía de la primera cosecha que propagó úlceras.

Valèrian hizo un gesto de afirmación con la cabeza. Su atención estaba centrada en la barra de cera que se deshacía al calor de la llama de una vela preparada al efecto. Doradas gotas se vertieron sobre el pergamino.

—Gàutier jugaba con la manzana —oyó susurrar al conde—. La hacía rodar como una pelota. Pero nuestro perro, el pastor blanco que solías pasear, se la quitó de las manos con una dentellada. Recuerdo que

Gàutier lloró. Pero lloró aún más cuando a las pocas horas encontramos a la bestia agonizando en las perreras. De su hocico brotaba espuma negra, pestilente, y en su estómago incubaban los primeros gusanos.

Valèrian estampó su sello sobre la cera caliente. Al retirarlo, el anillo chorreaba como las babas del cánido.

«*Pelusa de Nieve*», pensó dejando escapar un melancólico suspiro. Sus cabellos largos y enortijados se soltaron con el siguiente soplo de viento. Las cortinas se elevaron, fantasmales, traslúcidas.

—Se llamaba *Pelusa de Nieve* —susurró, recordando el rostro fiero de la bestia—. ¿No lo recuerdas, tío Clément? Era de la sangre de las Tierras del Crepúsculo. De los cánidos de hielo. Raza de guardianes. Hijo de lobos huargos y lobos fenrianos. La tía Èsmeth me contaba sobre ellos cuando era tan pequeño como Gàutier y mis hermanos.

El conde se mojó los labios con la lengua, tomó el pergamino y se dirigió a la puerta sin prestar atención. Pero antes de retirarse se detuvo.

—Sí. Me acuerdo —dijo con una voz fría e impasible—. Pero los recuerdos se esfuman rápido, sobrino. *Pelusa de Nieve* murió, así que tuvimos que quemar su cadáver junto al resto de animales plagados. ¿Qué más te puedo decir? Podríamos seguir conversando como siempre hemos hecho, pero se me está haciendo tarde y lamentablemente tengo que marcharme. La comitiva partirá de inmediato con dirección a Pradera Azul, y aún necesito que Luùd Curadèl firme este maldito documento.

Una nueva pausa.

Una despedida que parecía acercarse.

Las cortinas se elevaron por segunda vez. Hacia el oeste se

escuchó el aullido de un lobo. O quizá el de un triste y pobre perrato.

—Cuídate, Val —pidió el conde repentinamente—. La plaga se acerca. Quién sabe si volveremos a vernos.

—Vamos, tío, no seas tonto —respondió el príncipe—. Cuando Luùd firme el contrato seguro que nos veremos.

—Sí. Tal vez.

Clément le hizo una seña de despedida con la mano. Luego se dirigió al umbral de la puerta, despacio, y desapareció. Al ver a su sombra marchar, el chico pensó que pasaría mucho tiempo hasta que ambos volvieran a encontrarse y recordó que también debía darse prisa.

Sus ojos se desviaron a una clepsidra de cristal rojo que la emperatriz le había regalado por el día de su decimoquinto cumpleaños. Los cristales que daban forma al reloj de agua estaban grabados con una runa de los protectores del imperio. Una runa con el nombre de uno de los patronos del No-Mundo, a los cuales los hombres como Valèrian, los no-longevos, solían llamar «efebos».

Se apresuró a cerrar las ventanas de la sala de juntas. Fuera del castillo, el viento bufaba blasfemias. El cabello negro del príncipe nuevamente danzó, colérico, hecho una furia.

«Tienes mucho que hacer, Val —se recordó amarrándose los mechones en una cola de caballo—. Tienes que dejar que los emperadores, los condes y los corsarios terminen de hacer su trabajo. Pero no puedes dejar que lo hagan solos. Debes velar por tus hermanos y por Ofelia, tu prima bastarda».

Eso fue todo.

—Ofelia... ¿Dónde diablos te encuentras...? —musitó pensando

en su tío, quien nunca había hablado de la muchacha como si fuera su hija. Enseguida lo olvidó y volvió a mirar el reloj. Aún le quedaba tiempo para reunirse con el hombre que se encargaría de la búsqueda de la niña.

Casi sin pensarlo, tomó una bocanada de aire y se dirigió a la puerta que conducía a uno de los pasillos. Un pasadizo oscuro y silencioso.

Valèrian Riese le dio una última mirada a la clepsidra antes de marcharse y se dispuso a abandonar la habitación.

IV OFELIA

Escupió sobre el barro.

—¿Qué sucede? ¿Te encuentras bien?

Había soñado que se ahogaba en sangre. El líquido negro que se escurría entre las comisuras de sus labios también se escapaba por su nariz. La presión en el pecho la había despertado, así que esputó después de toser una vez tras otra, junto a los pies desnutridos de una labriega. Los fluidos se desvanecieron. No era más que su imaginación. Una pesadilla.

«Tranquila. Ya pasó —se dijo—. Todo fue un mal sueño».

Pero no estaba segura. El aleteo de las cornejas la perseguía así como el burbujear del río. La espuma amarronada. Los esqueletos que arrastraba la corriente regresaron como un recuerdo perdido, junto a una sombra de tez endrina que la observaba en el descampado con la cuchilla en la mano. «Ojos amarillentos como el pus. Era un bastardo. Un maldito bastardo». Todo pertenecía a un pasado confuso del que estaba a salvo, uno en el que no quería escarbar y al que, ni mucho menos, deseaba volver.

—Estoy bien, Rose —dijo—. No es nada. Eres tú quien debería tener cuidado. Si quieres que sea honesta, estás echa una desgracia. Llevamos caminando casi una semana y has bajado de peso. ¿Has visto tu reflejo cuando pasamos por los charcos? Eres un saco de huesos.

Le parecía que acompañaba a un cadáver en su trayecto hacia la tumba. La labriega no comía, y noche tras noche despedía hedores

insoportables. Sus brazos amoratados estaban hinchados y tenían tonalidad lechosa.

«Cuando nos cambiábamos de ropa —recordó Ofelia—, después de robárselas a los muertos allá en el pueblo del pozo, le conté los huesos de las costillas».

No era que estuviese mejor nutrida. No lo estaba. Aunque Rose era caso de cuidado. ¿Con ella a su lado, llegaría a su destino? La cría apenas se alimentaba y cuando lo hacía siempre vomitaba. Recordó el contenido de su estómago al manchar el pasto. Una sustancia amarilla que caía con violencia, mezclada con trozos de carne, mientras ella recogía las armas de los labriegos asesinados.

—Siempre he sido delgada —dijo Rose—. La gente del campo es austera. Por si no lo sabes, no andamos banqueteadando como los mercaderes de la ciudad o los soldados del castillo.

Su voz era gutural. Casi flemosa.

Ofelia pensó que la prejuizgaba aunque luego recordó el forraje manchado de vómito. La campesina estaba enferma. No le cabía la menor duda.

—Oye —dijo después de un rato—. Tampoco es para que te pongas seria. Discúlpame. Debe ser la incertidumbre. Dijiste que conocías el camino y a decir verdad la demora me preocupa. No sea que nos encuentren los gamberros y nos maten.

—Te entiendo. En mis planes tampoco está terminar con una cuña atravesada en mis orificios, ni que mi esqueleto, con el paso de los años, decore este bonito campo ensartado en un palo. Vamos a llegar dentro de poco.

«Eso dijiste la otra noche».

—Escucha —continuó Rose—. ¿Ves esa sombra que roza el cielo, allá a lo lejos?

Señaló una construcción que parecía una muralla iluminada por lejanas antorchas. Ofelia hizo visera con las manos antes de asentir.

—Sí. La veo.

—Es un puesto de vigilancia. Cuando llegemos allí todo será más fácil.

La bastarda miró a su compañera.

—Eso espero —respondió.

«Porque sin ti no creo que Campohueso me espere de brazos abiertos. Si los labriegos son tan mierdas como los soldados del castillo, puede que te reciban y que a mi me manden de vuelta a Càdeburg».

Caminó con la cabeza gacha al retomar el rumbo. Pensaba que la situación era difícil, no mucho mejor que las primeras noches de andanza pero tampoco peor que las últimas. Se había acostumbrado a andar lejos de la ciudad, también a los aullidos lobunos y a los bufidos del viento, pero sobre todo a su fealdad. La cicatriz no suponía un problema, y a veces palpaba el tejido áspero que se extendía al sesgo, casi desde la frente hasta el cuello, sólo para sentir la espereza en sus pulgares. Cuando tenía tiempo se recordaba lo afortunada que era al viajar con alguien como Rose. De lo contrario, si hubiese viajado sola, habría tomado otro rumbo, quizá uno poblado por lobos u otras bestias del campo, y habría muerto sin dar con el puesto que buscaban. En cuanto estuvieron cerca el fuego de las teas se volvió más intenso y el muro pareció más pequeño.

Ofelia no quería pensar. Pero lo hizo.

«Después de tanto tiempo por fin llegamos».

Al aproximarse a la muralla se distrajeron con sombras encapuchadas que las observaban con los ceños fruncidos, susurrando algo desde los adarves. No aguardaron mucho a que se alzara el rastrillo. La estacada emitió un chillido oxidado y el portero las hizo pasar con un gesto de las manos. La caterva de labriegos armados con picos, layas y horquillas de guerra imponía respeto bajo el cuarto menguante, al tiempo que desde el centro una rapaza con cara cuadrada y cintura ancha se abría paso para bajar por los peldaños. Tan pronto ambas cruzaron, un par de campesinos tomaron a Rose. La asieron de los hombros como a un espantajo.

«¿Qué carajo...?», pensó Ofelia.

Apenas pudo respirar, porque uno de los brutos le hincó la garganta con la punta de su hoz.

—Los campos son peligrosos —le dijo sonriente con una voz de rata—. La cría pertenece a este lugar. Tú, en cambio, ¿quién diablos eres y cómo has dado con nosotros?

«Vuestra compañera me mostró el camino, imbécil».

—Fue Rose quien me guió —replicó—. Pregúntale si quieres.

Tenía el corazón en un puño. Su atención se desvió al rostro de la muchacha de la ancha cintura, que la miraba.

—Faltaría más —respondió otro labriego—. Se nota que no es del campo. Con la vuelta de la chavala sé de alguien que va a alucinar. ¿O acaso me equivoco? —Los que estaban a su lado asintieron tras murmurar—. Quita tu hoz de su cuello, Liora. No queremos agrandarle

la cicatriz. Hay gente que sale pero nunca regresa, y esta chica ha venido de la nada con otra a la que creíamos muerta.

«Y si no la atienden lo estará pronto».

El campesino que parecía el líder miró a la bastarda de pies a cabeza. Era un hombre calvo de ojos hundidos, con unos grandes labios.

—Lo siento. Llegó el turno de prestarte atención, preciosa. Dinos tu nombre. ¿De dónde vienes? Esos ojazos amarillos me dicen que no eres de por aquí.

—Soy Ofelia Caracortada, y vengo del oeste. —Se había inventado el mote por el camino—. Del otro lado del río.

El calvo asintió y silbó antes de ordenar a sus hombres que la revisaran.

—Bonito nombre —dijo— para alguien que llega a pedir asilo. No pasarás desapercibida en la comunidad.

«No paso desapercibida en ninguna parte, y me he acostumbrado a ello».

El campesino le puso una mano en el hombro.

—Tal vez puedas quedarte, pero antes te examinarán —le dijo—. Gajes del oficio. Tenemos que protegernos de la maldita plaga.

—Lo entiendo. Es lo que imaginaba. Ocurre lo mismo en todo lugar.

—Los tiempos son duros y somos precavidos. ¡Llevala a donde la bruja! —le ordenó a sus subordinados—. Ella sabrá qué hacer contigo. Si no estás apestada, te quedarás en su cabaña. Pero si lo estás tendremos que echarte. Quedas a cargo de la empresa, Godètt.

La única mujer de la caterva asintió.

—Como digas —dijo.

A la cría le pareció que su suerte empezaba a cambiar, aunque no podía cantar victoria tan rápido. Rose Càrragan derramaba saliva por los labios y su mirada se perdía en la oscuridad del campo. Por fin llegaban a un pueblo pero ¿después de cuánto? Habían perdido la cuenta. Ofelia se distrajo mientras la empujaban con layas hasta montarla sobre una potranca. Por lo menos se sentía más segura que en casa, alejada de los monstruos que la obligaron a huir. En el oeste la había traicionado alguien en quien creía, y el corazón, después de años de improperios, se le hizo trizas. Sus recuerdos permanecían en un sepulcro, enterrados al fondo sin ver la luz.

«Tranquilízate. Lo peor ya pasó. Si te hacen preguntas, responde. De lo contrario quédate callada. Mientras menos sepan de ti, mejor».

Estaba lejos del castillo pero debía guardar las apariencias. Levantó el semblante para ver a los jinetes que la guiaban: una caravana de ocho campesinos dirigidos por la mujer llamada Godètt, que cabalgaba un trotón enfilando a sus congéneres por un camino pedregoso. Ofelia enterró los dedos en la crin de la yegua y, a medida que cabalgaba, la hierba y los cultivos le parecían suaves como pelaje de bestia. Bajo el rielar de las estrellas no se percató de que los hombres que trasladaban a Rose desaparecieron por una senda inclinada en pendiente. Sus sombras eran puntos en lontananza y el fuego de las teas, lenguas de luz. Nunca alcanzó a despedirse.

Pegó la barbilla a su esternón. ¿Quién era toda esa gente? ¿Y a dónde iban? Pese a no cabalgar a menudo los seguía sin retraso. El camino, terroso y húmedo, los condujo por sembradíos en los que

rondaban labriegas tirando de carretas repletas de cebollas. La empalizada despuntaba en la distancia separando las campiñas de la comarca, y mientras más se acercaban, más rostros con ceño fruncido, expresiones sombrías y gorros de paja los miraban alumbrados por las llamas de los braseros. Las rocas que les lanzaban de lejos para ahuyentarlos no se equiparaban a sus blasfemias. Las habas se cocían en todos lados: en el bosque practicaban la antropofagia y los asesinos acechaban rajando panzas. En el campo, en cambio, cierta parte del campesinado no toleraba la inmigración. ¿Pero por qué? Esa era la pregunta. ¿Les iban a quitar sus tierras, acaso?

Ofelia agachó la cabeza. Unas cuantas rocas volaron, peinaron la crin de su potranca y se perdieron en la oscuridad. Los jinetes apuraron el paso con las layas en alto, protegiéndose. Godètt, tras disminuir el trote de su montura, se apegó a la bastarda. Su melena era roja, y pese a que vestía casaquilla y un sayo holgado por momentos parecía un mozo de campo.

—No las mires tanto —recomendó—. A esas labriegas no les gustas. ¿Ves cómo te observan? Te señalan y murmuran. Trata de no acercarte o te van a dar. No quieren más refugiados.

Quizá sólo estaban cuidándose, pero ella también tenía derecho al confort en un pueblo sin peste. No sería un parásito. Nunca lo fue. Miró hacia los maizales, a los pastores con capirotos que portaban antorchas, proyectando sombras largas como el cuerpo de un mandoble desenvainado en el cadalso. Godètt se encapuchó. Condujo a sus hombres rumbo a una cabaña erguida tras las lomas, del otro lado de la estacada, bordeando un camino corto, enmarañado de brozas, que

ascendía y bajaba como una cadena de jorobas. Cuando no quedó ni un rastro de los maizales, la campesina, agitada, se volvió a Caracortada ralentizando el paso.

—Hemos llegado —le dijo, y con una mano se secó el sudor—. Es sorprendente que sepas montar. ¿Dónde aprendiste? El camino fue accidentado y las chicas de la ciudad no tienen experiencia con esta clase de semental.

Los gamberros rieron, mostrando sus dientes cariados.

«Es una yegua», pensó Ofelia. Pero permaneció callada hasta que la mujer le estrechó la mano. Nunca se le había dado bien responder a las bromas.

—Me llaman Godètt de Bertrànd. Soy peletera.

—Conoces mi nombre. Es un gusto también.

—Tienes suerte. No a todos les ofrecen albergue. Son tiempos duros y lo entendemos. Pero antes de quedarte, como te dijo el labriego, van a revisarte.

Ofelia hizo un asentimiento.

—Mèrrin Merkàhrek, la bruja de barro —continuó la peletera—, se hará cargo. Es una de las pocas curanderas que nos quedan. Vive allí. En esa cabaña.

Tras apearse de sus monturas, observaron la puerta. Godètt la empujó al tiempo que ordenaba a los campesinos que esperaran fuera. La bastarda se cubrió parte del rostro con su capa. Aspiró el hedor a palomuerto que se desprendía de la madera, dio un suspiro y entró. En el interior, las llamas calentaban una mesa cubierta con cabritilla y de las paredes colgaban máscaras de nogal virgen, blasones con los

emblemas de la garra, la mandrágora y las coronas de hierba, acero y espinas, junto a los escudos de las azadas y las hachas en cruz. Godètt le contó que pertenecían a antiguas casas de los Señores de la Tierra y los Señores del Campo, y que los viejos Lores de los Campos Pelosos en algún tiempo habían sido sus vasallos.

—Pero ya no quedan tales señores —continuó mientras avanzaba a su lado—. La mayoría están muertos, y el campo reclamará pronto a los que no. Sus descendientes malviven en el descampado, fuera de nuestras fronteras. Ahora busca una silla y siéntate. Mèrrin no tardará en salir.

La muchacha obedeció. El cabello desgredado obnubilaba su visión, pero en la cabaña estaba tan oscuro que apenas distinguió a la mujer que salía tras unas cortinas de cuerda de tripa. Mèrrin Merkàhrek caminaba despacio. Tenía la cabellera larga, abultada como un arbusto y con mechones teñidos de verde oscuro. Envolvía sus hombros con una esclavina manchada de barro, llevaba el abdomen vendado y una falda rota le colgaba hasta los tobillos, atrapados en ajorcas. De su cuerpo emanaba un tufo a encierro.

—Es la única esta semana —dijo la bruja después de intercambiar una mirada con la peletera. Olisqueó su entorno como una bestia—. Espero que las labriegas no la hayan asustado. Al último que vino le rompieron los huesos a palos. Cuando lo trajeron casi no tenía dientes y había perdido la vista de un ojo. Tuve que hacer que se lo sacaran.

—Tengo un cuchillo —intervino la bastarda—. Me hubiese llevado a una conmigo.

La voz le tembló. Por dentro sentía que el frío le helaba la piel,

pero el viento sólo soplaba fuera, en el campo.

—Da igual. Un cuchillo no servirá. Ahora desvístete. Quiero ver si tienes carbuncos, granos o manchas. Si estás limpia llenarás tres bacines. Flema, orina y excrementos bastarán.

Ofelia asintió. Se quitó la capa, la capucha y el vestido. El cuchillo lo dejó sobre la mesa. Cuando estuvo desnuda sintió que la puerta chirriaba al abrirse y, por el rabillo del ojo, vio marcharse a la peletera. En el fondo se sentía sucia, como si la bruja fuera a vender su carne a los espíritus. «Vas a sobrevivir. Sobreviviste al castillo y al bosque». Pero cada vez estaba menos convencida de que, en los Campos Pelosos, los labriegos pasaban las tardes esquilando borregos y cultivando grano. «Brujas de barro. Por lo menos no son caníbales como los asesinos», pensó. No se la iban a comer, aunque si salía iban a lapidarla.

Cuando Mèrrin concluyó su examen, le dijo que estaba limpia y la bastarda escupió un moco negro en una bacinilla. Se forró la espalda con una manta y, tras esperar al fuego de las velas, meó y cagó. La mujer cogió los recipientes con sus fluidos.

—Puedes pernoctar en mi cabaña —le dijo, señalándole un jergón con una frazada—. No te aconsejo salir. Las labriegas siguen rondando.

Ofelia Caracortada no respondió. Esa noche apenas durmió. El jergón era tan duro como una cama de piedra y, entre sueños, escuchaba golpes de carne contra carne, gemidos y susurros en la oscuridad. Luego, cuando abrió un ojo, se encontró con Mèrrin, que, sentada a la mesa, esnifaba polvo de setas con una caña. No llevaba falda y la estancia se había impregnado de un olor húmedo. De pronto tuvo la sensación de haber dormido mucho. La peletera Godètt se hallaba de

pie al lado de la bruja y tenía los ojos hinchados, como si llorara.

—Vaya. Así que al fin despertaste. —Mèrrin soltó la caña, la mirada cansada y el rostro marcado con surcos—. Pensamos que pasarías toda la noche roncando. Las mujeres continúan fuera, pero te asignaremos una cabaña cuando retiren el cuerpo de la labriega.

—La enterraremos mañana —susurró Godètt con voz entrecortada, sumida en la oscuridad—. Aunque es mejor que no vengas. Sigue escondiéndote. Las mujeres no se van a acercar, pues el campo y el barro no se mezclan.

La bastarda observó que Godètt se limpiaba las lágrimas con las manos y que, pese a sus facciones toscas, tenía el espíritu blando.

—Gracias por traerla —le dijo antes de despedirse con una ligera venia—. Pensé que no la vería nunca más.

Eso bastó para que Ofelia comprendiera. Todavía estaba medio dormida, pero en su somnolencia entendía que las mujeres hablaban de Rose.

—Lo siento —susurró—. Estaba demasiado débil y estuvimos vagando por días. Si hubiésemos llegado antes, tal vez...

Guardó silencio.

No sabía qué decir ni cómo de profunda sentía la pérdida. Se le hizo un nudo en la garganta aunque estaba acostumbrada a ver a la gente morir a diario.

—No lo sientas —respondió Mèrrin—. La muerte es parte de la vida. A todos, tarde o temprano, nos reclama el campo. Incluso a quienes no pertenecen a él. —La bruja la estudió con la mirada. Parecía una mujer acostumbrada al luto—. Dos noches antes de que llegaras

enterramos a más labriegas. Las encontramos mutiladas en las lomas mientras unos perros carroñaban sus restos. También hallamos a una pastora sin el labio inferior, y nos dijo que su amante se lo había arrancado al tiempo que la besaba. El hijo de perra anda perdido, pero las campesinas siguen sus pasos. Era un forastero, y ningún forastero, óyelo bien, escapa al rencor del campo.

¿Era acaso una amenaza?

Ofelia asintió y recordó que no era la primera vez que escuchaba dichas historias. En el otro lado del río deambulaban antropófagos bajo las sombras del sotobosque, y, encubiertos, descendían hasta las calles de la ciudad imperial. Durante la época de la plaga los hombres erraban como roedores casi por todas partes, y mataban, y violaban, y se alimentaban de cadáveres.

—La historia se repite siempre. —Mèrrin se levantó y comenzó a machacar semillas en un mortero—. Los culpables son apresados y pasados a cuchillo, pero luego surgen otros. A los últimos les conseguimos un oficio, les brindamos alimentos y refugio. Aunque al final nos mordieron las manos como si fueran chacales. Espero que no sigas sus pasos, o seré yo misma quien te raje.

Ofelia no sabía si lo último iba en serio, aunque estaba segura de que no estaba tallada con la misma madera que el resto.

—No —contestó—. Puedes confiar en mí.

En el fondo sabía que no le creía.

Levantó la mirada al escuchar los susurros de Mèrrin Merkàhrek, mientras la bruja, encorvada bajo las sombras, vertía una sustancia lechosa en una cuba.

—El campo es peloso y está plagado de rencor. El campo es frío y el rencor se siembra.

¿A qué se refería?

No se lo preguntó.

Cuando la bruja terminó con su faena, dejó el aguamanil en la repisa.

—Pronto estará listo el brebaje —avisó a la bastarda—. Es un poco espeso, pero has de beberlo.

—Diantres... ¿Sabes qué es lo que tengo?

—Aún no —respondió la mujer—. Algo en tus fluidos no está bien, pero no te espantes. Dudo que termines como tu compañera. ¿Pero quién sabe? La muerte siempre llega de maneras inesperadas.

—Sí. Siempre llega.

Ofelia miró su cuchillo cuando la bruja se fue. Desapareció por las cortinas que había cruzado la otra noche y la bastarda, sin quitarse el sudor de la frente, permaneció sentada sobre el jergón, sola, aspirando el olor a encierro.

V VALÈRIAN

Los soldados de Càdeburg llevaban maniatada a una mujer de cabellos canos, que vestía una túnica rasgada y vetusta. Caminaba cabizbaja por la Sala de los Emperadores, y debido a los cardenales esparcidos sobre sus muslos parecía que había sufrido algún tipo de abuso o de violación. La soldadesca reía y marchaba distraída. Cabos, dragones, húsares y lanceros conversaban entre sí, vestidos con cotas de malla gris y jubones negros. En sus pecheras se apreciaba un emblema terrible; el escudo del pez sangriento: una escórpora de gules en campo de contraarmiños, la cual era el blasón de la casa protectora de las Tierras de la Guadaña.

Aquella mañana, mientras los rayos del sol penetraban por las troneras del castillo, el joven príncipe Valèrian Riese observaba junto a su madre el desfile de los guardias y la prisionera.

«¿Quién será esa mujer?», se preguntó. Pero antes de volverse a sus soldados uno de los lanceros tomó a la cautiva por los hombros y le dio un empujón hacia el estrado. En medio de un coro de risas la vieja cayó de hinojos, las rodillas resonaron, su túnica ajada revoloteó y, tras escaparse uno de sus senos, Valèrian notó que le faltaba el pezón. Parecía que se lo habían arrancado de un mordisco y que este había sido reciente.

—La encontramos deambulando por los Bosques de Muerte —informó el líder de la guardia después de quitarse el yelmo. El soldado tenía los cabellos largos del color de la pez y la barba rala. Su nombre era Estèfon de Qilbert, un norteño y otrora infame

asaltapuertos. El padre de Valèrian lo había asimilado a la soldadesca después de contar con su espada durante la última guerra en las Tierras Llanas, y luego, poco a poco, el oportunista había ido ascendiendo hasta alcanzar el grado de capitán.

—La pordiosera erraba pidiendo ayuda —continuó—. Decía que las sombras la perseguían, y también la peste y los cuervos. Una tontería. Luego dijo que había viajado hasta aquí desde Càrdan.

—Lo primero que quiero saber es si está contagiada —preguntó la Emperatriz ignorando todo lo que Estèfon había dicho.

Valèrian observó a sus hombres: soldados de armaduras gastadas, de mal carácter, sucios y hambrientos. Si tuvieran que participar de nuevo en las guerras de las Tierras Llanas serían abatidos sin complicaciones. A veces se preguntaba por qué seguían sirviendo al imperio. Porque a ojos vista no se trataba precisamente de lealtad.

El capitán de la guardia miró a Valèrian con el rabillo del ojo, y luego, con disimulo, el pronunciado escote de la emperatriz.

—Lo siento mucho, mi señora. Creo que debí empezar por el principio. —Estèfon de Qilbert se aclaró la garganta antes de continuar con el reporte de los acontecimientos—. Rembràndt *Un Ojo* le Courdier iba al mando de la expedición. Y fueron él y sus hombres quienes encontraron a la prisionera. Nos dijo que la mujer fue inspeccionada. Que tuvieron que desnudarla para ver si tenía síntomas de la plaga. Pero no encontraron nada. Ni una sola úlcera. Su piel está rugosa por la edad, pero no se deshace. El hedor que despide se debe a los días sin bañarse. También encontraron residuos fecales en...

Valèrian no quiso continuar escuchando al capitán. Observó a la

mujer: una desdichada que había sido ultrajada por ese tal Rembràndt y sus Peces Sangrientos. Una mujer de ojos negros y gastados, de córneas manchadas con sangre que daban aspecto de putrefacción.

«¿Cuántos años tiene? —se preguntó— ¿Sesenta? ¿Cincuenta? ¿Y estos son los hombres que conforman el ejército de mi padre?». Se llevó las manos a la barbilla y sintió la aspereza de una barba sin afeitarse. El chico estaba creciendo, y deprisa. «Peor aún —continuó—. Ahora que padre no se encuentra en Càdeburg, estos son los hombres que conformarán mi ejército. Soy el príncipe de una banda de asesinos, violadores y bastardos».

¿Pero qué era lo que podía pedir?

Càdeburg no se había formado de sueños por la justicia en un mundo de carniceros. Se había formado allende el Mar de la Peste y el Mar de la Tempestad, gracias a una banda de pescadores y salteadores de puertos que usaban el veneno de la escórpora en sus atracos.

Valèrian observó a la mujer de nuevo y, en esta ocasión, sus miradas se entrecruzaron por un momento hasta que uno de los guardias la pateó en la quijada.

Un diente sangrante voló hacia las sandalias de la emperatriz, mientras el miembro de la armada reprendía a la prisionera con insultos y blasfemias.

—¡Alto! —intervino el príncipe—. ¡¿Pero qué demonios haces?! ¡Nadie te ha dado permiso para golpearla!

El guardia retrocedió asustado.

—Es una hechicera, mi señor —replicó en su defensa—. Trataba de embrujarlo con la mirada. Yo estuve allí cuando la revisamos. Lo

mismo hizo con uno de nuestros soldados: Gillebarth Ojos Grises. Y el condenado terminó colgándose de un árbol una noche después.

—Es mentira... mi señor... —pareció susurrar la harapienta. Pero Valèrian la ignoró a pesar de que había oído cada una de sus palabras. La voz de la vieja sonó como un ronquido. Como si sufriera de tuberculosis.

El Príncipe de la Guadaña dirigió la mirada al guardia, al cual reconoció bajo la visera del casco.

«Debería hacerte azotar por lo que has hecho, De Càsmiion —se recordó—. Pero no puedo permitirme el lujo de perder la simpatía de la armada al castigar a un paria como tú. Por ahí hay muchos que te respetan. Si queremos que este imperio sobreviva a la plaga, esos malnacidos deben pensar que el Príncipe de la Guadaña es otro hijo de puta igual o peor que ellos».

Observó a su madre, y después recordó el rostro de lord Valcàrian Riese, su padre enfermo. La última vez que había visto al emperador, este estaba envuelto en una túnica negra, con el rostro cubierto por un manto y una capucha, y se dirigía a una carroza con dirección a Pradera Azul junto con su tío. El chico se volvió a la prisionera y, de pronto, pensó que si en verdad era una bruja podría preparar algunas pócimas para curar a su padre, o quizás, para alargarle el período de vida.

Se arregló las hombreras de su capa mientras se volvía al capitán.

—Entonces no está contagiada —le dijo—, ni representa ninguna amenaza. Pero dicen que viene de Càrdan.

—Mi señor... —susurró la mujer desde las sombras.

—Nadie te ha dado permiso para hablar —le cortó Valèrian antes

de mirar de reojo a la emperatriz, la cual permanecía sentada sobre el sitial, estudiándolo—. Quiero que se la lleven al calabozo —continuó, esta vez con los ojos clavados en sus hombros—. Luego que alguien la bañe, que la sequen, que la peinen y que le den ropa limpia. Necesitamos saber qué es lo que ocurre en el sur. Y esta mujer, hechicera o lo que sea puede sernos útil.

—Gracias... mi señor —susurró ella.

—Hay algo más —dijo de repente Estèfon de Qilbert.

—Dime, ¿qué sucede?

—Cuando la encontraron dicen que arrastraba esto. —El capitán dio la orden para que sus soldados abrieran la puerta del Salón de los Emperadores. Uno de los escuderos tomó la perilla y abrió. Desde las sombras aparecieron tres húsares con cotas de malla que traían dos armas campesinas de guerra sobre una charola de acero.

Valèrian las observó, impávido, pero con atención: dos hoces o cegadoras de mango curvo y largo. La más larga llevaba grabados símbolos rúnicos en un idioma que la casa del Pez Sangriento desconocía. Las runas marcaban tanto la hoja como el mango y lo más extraño era que ambas armas estaban forjadas en un metal negro, similar a la condrita, a la obsidiana y a la espectria. Al estudiarlas, el chico pensó que quizá podrían estar forjadas de varios metales de los abismos.

—¿Están afiladas? —preguntó con el ceño fruncido.

—Mucho, mi señor —respondió uno de los soldados que sostenía la bandeja—. Son armas perfectas para la guerra. Rembràndt Un Ojo las probó cortando madera en los Bosques de Muerte, y rebana la

corteza como si fuera manteca. Lo mismo ocurrió cuando cortó los cadáveres. Quisimos saber más de ellas, pero cuando interrogamos a la mujer sólo nos dijo que las encontró clavadas en el cuerpo de su hijo y que desde entonces las ha arrastrado hasta nuestras tierras.

»Rembràndt ordenó que se las trajéramos, mi señor. Nos dijo que sería un hermoso presente.

«Un presente sucio de un carnicero sucio», pensó el príncipe. Pero luego cambió de parecer. Podría rechazarlo. Sin embargo sería ganarse la enemistad de una banda de asesinos. Ganarse la enemistad de su propio ejército.

—Un regalo perfecto —dijo finalmente, con un tono de voz bastante convincente—. El Príncipe de la Guadaña no podría estar completo sin este par de juguetes. Quiero que los lleven a la armería y que el maestro armero corrobore las palabras de Rembràndt.

—Así se hará, mi señor —respondió el capitán de la guardia y, acto seguido, ordenó a los Peces Sangrientos que retiraran las hoces de la presencia de sus señores.

De inmediato, los que trajeron las armas evacuaron el salón mientras Estèfon de Qilbert, de pie junto a las columnas, esperaba las órdenes. El príncipe permaneció sumido en un sepulcral silencio. Se dedicó a observar a sus hombres con ojo crítico, mientras marchaban ante sus dos generales. Era pura apariencia. En el fondo, más allá de la pose pétrea, Valèrian cavilaba sudoroso. ¿Qué otras cosas habían hallado en los Bosques de Muerte? ¿Sólo cadáveres, suicidas, dos hoces y una mujer cardiense? ¿Sería eso posible, o también algún rastro de su prima Ofelia, la bastarda de Clément?

Suspiró. Esa mañana era la primera durante mucho tiempo en la que había encarado a los soldados de su padre, por lo menos en su reemplazo, y recordaba que el emperador, pese a su vejez, jamás había dejado aflorar ningún rasgo de flaqueza ni de compasión. Por el contrario, siempre se había mostrado como un gobernante duro y de espíritu inquebrantable. El temperamento del muchacho era, sin embargo, bastante diferente, y en muchos de los soldados quedaba la duda de si lograría encumbrarse sobre la sombra que su padre alguna vez dejó.

—Quiero saber si han encontrado rastros de la bastarda —preguntó el chico siguiendo los impulsos de su corazón; algo que el emperador jamás habría hecho.

En ese momento, la emperatriz, con la vista fijada en las gradas del salón, soltó una tos ligera, como si se hubiese percatado del traspie de su hijo. Pero los soldados parecieron no darle importancia.

—Ningún rastro de la cría —respondió finalmente Tòmmarth de Càsmiion después de hacer un gesto de negación con la cabeza—. No hemos encontrado nada. Rembràndt la continúa buscando. Es por eso que no ha regresado todavía.

—Una hazaña dura, incluso para un mariscal de la talla de Rembràndt —añadió Estèfon desde las sombras. En sus ojos se pudo leer un resplandor con aire a disgusto.

Patrullar los alrededores del castillo, las fronteras del bosque, los caminos y seguir el curso del río durante la época de la plaga era como viajar con un cuchillo en la garganta. Valèrian había visto muy de cerca la crisis que apabullaba a su nación: tropeles de errabundos y mendigos,

bandas de cuatrerros, asesinos y salteadores de caminos que dejaban una estela de sangre, huesos y cuerpos en descomposición. A través del campo no se oía más que el zumbido de las moscas y, en un averno como aquel, encontrar a una muchacha suponía tener que remover escombros, registrar la basura o hurgar entre las fosas de cadáveres.

Estèfon de Qilbert parecía intuir los pensamientos de su señor.

—Lo que le ha encargado tomará tiempo, mi príncipe —le dijo con una sonrisa falsa—. Su padre, nuestropreciado lord, fue muy claro en sus órdenes. Patrullar los Bosques de Muerte en busca de opositores al régimen. No teníamos permiso para hacer nada más. Pero no pierda las esperanzas: mientras más traidores hallemos, más cerca estaremos de encontrar a la bastarda.

Valèrian, desconfiado, frunció el ceño. Estèfon no pudo haber sido más claro, y para entonces era más que evidente que, ni para los guardias ni para el emperador de Càdeburg, Ofelia era una pieza importante del tablero. Si bien Estèfon pudo ser asaltapuetos y proscrito en su pasado, el capitán de la guardia no era ningún imbécil. Llegar a ese cargo en tan corto tiempo era un hecho meritorio. Y como todo hombre sensato no lo había conseguido embriagándose, durmiendo con prostitutas, ni consumiendo hongos que despertaran la visión oscura.

Esa mañana, al príncipe no le quedó más remedio que guardar silencio, cabizbajo, y recordar que, en asuntos políticos, Ofelia carecía de valor, y que sólo se trataba de la hija bastarda de su tío Clément.

«No van a buscarla —pensó, segregando bilis en el corazón—. Probablemente Rembràndt Un Ojo tampoco lo haga. Y lo más seguro

es que cuando regrese me diga que mi prima se encuentra muerta, que quedó irreconocible, y me mostrará el cadáver de una niña cualquiera contagiada de plaga».

Era una visión lamentable, horrible y malsana, la cual fulminó su semblante como una brisa silenciosa bajo los rayos del alba. Mientras tanto, la voz gruesa del capitán empezaba a alzarse como el vuelo de un águila.

—La guerra es dura, mi príncipe, pero, si se permite aceptar el consejo de un servidor, nunca se dé el lujo de mostrar sus flaquezas ante su pueblo. Siga los pasos de su padre. Estoy seguro de que mientras se encuentre con vida su ejército lo sabrá recompensar. —Se volvió hacia sus hombres tras intercambiar una mirada cómplice con la emperatriz. El batallón presente, compuesto de no más de treinta soldados, agachó la cabeza como si se tratara de una orden monástica guardando un juramento de silencio. Pero Estèfon de Qilbert retomó su pequeño discurso tras volverse ligeramente a Valèrian Riese—. Por ahora puede sentirse tranquilo —le indicó—. Me tomé la libertad de asignar a unos cuantos de mis tramperos y rastreadores a la mesnada de Rembràndt. Tenía la esperanza de que logran seguir los pasos de la bastarda. Pensé que a su ilustrísima quizá le gustaría saberlo.

Valèrian no respondió. No de inmediato, al menos. Hizo un gesto con la mano, indicando al capitán y a sus soldados que podían retirarse, de modo que Estèfon, por medio de una inclinación de cabeza, lo aceptó.

—Con su permiso —dijo antes de darse la vuelta para salir del salón.

—Sí. Podéis marcharos —susurró el príncipe y, después de pensarlo un poco, añadió—. Gracias. Seguiré el consejo.

El capitán esbozó una sonrisa y desfiló por el salón junto a su tropel de Peces Sangrientos. Tòmmarth de Càsmiion tomó a la prisionera de uno de sus brazos y se la llevó, sin hacer caso de sus gritos y quejidos. La estancia permaneció silenciosa como una cripta por un instante.

—Si quieres ganarte el respeto de esos hombres —intervino al fin la emperatriz— debes escuchar a Estèfon. —La brisa arremetía contra su roja cabellera. Èvenon Riese tenía el rostro maduro y sus arrugas acentuadas eran apenas incipientes. Sus cabellos estaban adornados con una tiara de obsidiana con forma de sierpes entrelazadas, y su vestido negro y escotado dejaba ver una abertura a la altura del muslo, de la cual escapaba un tatuaje que ella misma se había dejado marcar después de cabalgar a su primer semental—. Lo conozco —continuó con su voz profunda y apagada—. Estèfon puede ser un maldito patán, pero también es astuto y sabe lo que hace. Una vez me dijo que a un buen gobernante jamás lo seducen sus pasiones. No importa que por dentro su corazón sea abrasado por las llamas.

El príncipe asintió, y recordó que dichas palabras se las había dicho su padre. Era posible que Estèfon se las hubiese enseñado mucho tiempo antes, pero no había manera de comprobarlo.

—Guarda la emotividad para la alcoba —continuó su madre al ver al chico con el ceño fruncido y la frente empapada de sudor—. Estos hombres te están dando una oportunidad. Si creen en ti es porque piensan que, con un poco de mano dura, puedes ser el gobernante que

se merecen. Tienes tus defectos. También los tenía Valcàrian. Sólo recuerda que, para ganarte el respeto del pueblo, primero tendrás que forjarlo en tus seguidores más cercanos. Conviértete en un arma, pero en una que pueda matar sin mano que la esgrima. No dejes que otros lo hagan por ti.

—Son unos hombres miserables —respondió el príncipe, dando vueltas por el salón con la cabeza gacha—. He visto el campo de batalla. A mi corta edad puedo decir con orgullo que he combatido más de una vez, y sé lo que hacen con sus prisioneros antes de arrojarlos a sus celdas. Esa mujer que trajeron tenía la mirada asustadiza, vacía como un abismo. Los torturan. Los queman. Les arrancan la piel a tiras. De Càsmiion y los otros no tienen derecho a tratar a la gente así, sobre todo si no les han hecho daño o cuando no son rebeldes.

La emperatriz arrugó los labios.

—Se divierten —murmuró con una voz rocosa—. De alguna manera tienen que cicatrizar las heridas y extinguir el éxtasis de la guerra. Sé que es terrible, pero terrible es también la naturaleza y, sobre todo, la naturaleza de nuestra especie. Tenlo presente cada mañana al abrir los ojos y antes de pegar la cabeza sobre la almohada.

»Si no les sirves como quieren, los soldados podrían rebelarse y venderme a mí, y matarte junto al resto de tus hermanos. No seas necio, hijo. Y no te permitas ser débil. Sé como tu padre. Hizo las cosas lo mejor que pudo y las hizo bien.

«Sé una mierda —pensó el príncipe—. Un tirano. Y destruye a tus enemigos hasta que no quede ni el polvo de su legado. Eso es lo que trata de decirme. Pero a veces me cuesta creer que le debo dar

credibilidad. Por un demonio... ¿Por qué todo de pronto me parece tan difícil?».

Continuó caminando en círculos en el interior de la estancia. De cuando en cuando observaba el rostro de la emperatriz, quien lo estudiaba con semblante liso y sereno, el de una mujer prudente que rondaba la mitad de su cuarta década. En ese momento reparó en las cortinas ajadas detrás de los tronos de los emperadores. Las columnatas de piedra oscura, antes gruesas y macizas, se hallaban deterioradas debido a la peste a la que los hombres de la Guadaña llamaban plaga. Valèrian sintió que si seguía los consejos de su madre, de los soldados y, probablemente, de un sinnúmero de gobernantes, su alma iba a terminar corrompiéndose como esos pilares.

—¿En qué piensas? —le preguntó la mujer sin quitarle la mirada de encima.

—No es nada. —El príncipe se detuvo en un abrir y cerrar de ojos, y sobre el semblante se le dibujó un velo de sombras—. Sólo necesito un poco de espacio. Siento la necesidad de pensar, así que me retiraré si me lo permites.

—No tienes que pedirme permiso. Eres el emperador al cargo. Si te da la gana, puedes pasear desnudo por las calles e ir a relajarte. Sal. Pasea. Visita los burdeles. Follar con dos o tres mujeres es un buen ejercicio siempre.

Una sonrisa rijosa se marcó en el rostro de la emperatriz, y el joven Príncipe de la Guadaña no soltó ni una palabra. No quiso. Se dio la vuelta y, a pasos firmes, abandonó el Salón de los Emperadores.

VI GODÈTT

La puerta de la granja se abrió con un chirrido e ingresó una cuadrilla de peleteros. Godètt de Bertrànd contó cinco muchachos robustos vestidos con pieles y armados con arciales, mazas y largas tenazas. Habían terminado de hacer su trabajo y, al parecer, se habían divertido golpeando a unos perros. Cuando se cansaron de bromear, pedorrear, echar eructos y soltar blasfemias, rodearon la tinaja para lavarse las manos. Mientras tanto, Godètt permaneció a un lado, observándolos junto a los podencos que acababa de desollar.

—Cuando volvamos a casa, Lola nos dará una cena succulenta —escuchó a uno de los muchachos mientras se lavaba, un tal Brurya Sabrun—. Coño, las tripas me están rugiendo.

La última vez la cena había consistido en empanadas de gato, costillas de lobo y carnero horneado, y los peleteros habían comido hasta la saciedad. Godètt también había acudido, pero apenas probó el carnero debido a que se sentía gorda. La peletera pasó las manos sobre su abultada zamarra y, nuevamente, escuchó la voz de Brurya.

—Luego Lola y yo nos iremos al cuarto —continuó—; y ahora sí, os prometo que la escucharéis gritar como nunca. Le voy a dar, por primera vez, por ese gordo y mofletudo culo.

Los demás soltaron unas cuantas carcajadas.

—Oblígale decir tu nombre —sugirió uno de los críos con una voz ácida— y tira de sus cabellos.

—Sí, que lo haga... —añadió Liora Lambràdor secándose las manos con un lienzo.

—No, no, no. Tengo una idea mejor —comentó Brurya—. La haré aullar tanto como a la puta perra que es. —Las risas resonaron en el interior de la granja, y el muchacho, dirigiendo su mirada ladina a Godètt, comenzó a mostrarle su mejor sonrisa—. Por cierto, tú también vendrás, ¿no es verdad, Goudi? Lola dijo que podías venir si querías. Que herviría un poco de col y cocinaría la sopa de cerdo que tanto te gusta. Con cebollas, pimientos y guisantes.

Pero a Godètt no le gustaba la sopa de cerdo. De hecho, más o menos desde la muerte de la pastora Rose, había perdido el gusto por la comida.

—Ya te dije que no me vuelvas a llamar Goudi —respondió. En ese momento sintió que las manos le temblaban y que uno de los perros desollados exhalaba su último aliento—. Si lo vuelves a hacer te voy a buscar en la noche mientras duermes, y cuando despiertes te vas a encontrar tu polla cortada en la boca.

Brurya esbozó una sonrisa torcida mientras caminaba con dirección a la puerta.

—No es la primera vez que me amenazas, Goudi —susurró para sus adentros poco antes de salir, mientras que Liora y los demás lo seguían de cerca, riéndose.

«Algún día te mataré, bufón de mierda», pensó la chica, pero lo dejó irse.

Tan pronto los muchachos cruzaron el umbral, Godètt caminó hacia la tinaja para lavar sus manos. El agua estaba grasienta, llena de pelos, y la sangre la había teñido por completo de rojo. La muchacha había estado desollando perros casi toda la tarde. Le dolían los dedos

de tanto tirar de las pieles. Casi todos los días tenía que despellejar a los animales, y, aunque no le gustara, se le daba bien el oficio. Godètt llegaba con la salida del sol mientras Brurya transportaba a los sabuesos en unas jaulas. Tras dejarlos en las perreras, Liora y otros los golpeaban en la nuca con palas, rastrillos y mazas; y si bien un golpe bastaba para atontarlos, con dos o tres quedaban inmóviles, listos para el matadero. Luego, cuando todo terminaba, los arrastraban de las patas y se los llevaban a Godètt.

La peletera observó su rostro grueso y pecoso en el agua que escurría de la tinaja. Introdujo las manos y la imagen reflejada se desfiguró.

«Tienes un rostro que espanta —comenzó a recriminarse—. Para colmo eres demasiado pálida, pelirroja y gorda para tu edad. Con razón Brurya te dejó. Si sigues con este aspecto, ninguno de los labriegos se va fijar en ti».

Pensaba que los labriegos preferían a las chicas delgadas o a las de senos turgentes y culo grande y redondo. Pero no a las muchachas como ella. Las que eran como Godètt a veces ni siquiera tenían cintura y, generalmente, terminaban como matronas o como amantes de algún labriego o salteador. Es decir: les esperaba una vida colmada de palizas. Sin embargo, también sabía que ser fea tenía sus ventajas. Los gamberros de los pastizales jamás pensarían en violarla, a menos que se encontraran muy borrachos y tomaran al primer animal o engendro que vieran y, en el caso de tratar de someterla, ella contaba con un par de brazos fuertes, gruesos y peligrosos. Una vez le hundió los ojos a un Labrador que le clavó un rastrillo en la espalda. Al parecer había sido

una broma. Pero ella se lo había tomado muy a pecho.

—Los niños siempre van a ser torpes y estúpidos —susurró con una risa aflautada, mientras escuchaba cómo la puerta se abría en la oscuridad—. Cuando crecen se convierten en puercos. Sólo te miran las tetas y te quieren coger el culo. En cambio las niñas... Las niñas siguen siendo dulces cuando florecen, y además algunas desarrollan cierta astucia, o malicia, y, cuando se convierten en mujeres, los hombres las buscan para que les calienten el lecho. A las niñas siempre van a necesitarlas.

¿Niño o niña? ¿Qué era lo que ella quería ser? De momento no lo sabía. Sin embargo ya había jugado a ser ambos. Con Brurya se había comportado como una mujer, y le había gustado. Le había chupado los huevos. Y también la polla. Pero las pastoras habían sabido satisfacerla de otras formas, y Brurya, ante ellas, había quedado como un crío inexperto. La mejor experiencia de Godètt había sido acostarse con dos labriegas del pueblo: Pandora y Rose.

Godètt miraba la sombra que aparecía reflejada en el agua, recordando aquel semblante borroso. No era la sombra de Rose Càrragan, sino la de una joven alta, pero no tanto como la peletera. Se acercaba una labriega de más o menos quince años, con los cabellos azabache y una trenza pintada de azul. Usaba cofia blanca, blusa rasgada, faldones anchos y sandalias. Sobre el pecho llevaba colgado un talismán: una mano reducida con un corte en la palma en forma de medialuna.

—Pandora... —dejó escapar Godètt con una voz áspera y cansina—. ¿Qué es lo que haces aquí? ¿Por qué no me esperas donde

quedamos?

—Porque te echaba de menos, mi fuerte Osa.

Odiaba que la llamara «Osa». Pero, después de la muerte de Rose, Pandora era la única labriega a la que le importaba de corazón. La muchacha le rodeó la cintura con los brazos y apoyó el mentón sobre sus hombros. A su lado, Godètt parecía uno de los muchachos de la peletería.

—Yo también te quiero. —Lentamente, la peletera apartó las manos de Pandora. No le gustaba que le tocara su gruesa cintura, ni tampoco las caderas—. Pero ahora quiero estar sola. Dijimos que nos encontraríamos en el cementerio para despedirnos de Rose y terminar para siempre con este maldito juego.

Pandora la soltó y se hizo a un lado. El reflejo de la labriega quedó distorsionado en las aguas como si fuera su espectro.

—Se encuentre donde se encuentre le dolerá abandonar este mundo, de eso no hay duda —susurró—. He traído la liebre. Está fuera, en un zurrón. Además ayer por la noche anduve en la cabaña de Rose y encontré algunas cosas. Estuve revisándolas y creo que durante todo este tiempo nuestra pastora no ha sido tan fiel como pensábamos.

Godètt percibió un tono de tristeza en las palabras de Pandora.

—Eso jamás... —susurró casi sin pensarlo—. Creo que te estás equivocando.

—Eso mismo pensé yo. Pero ya tendremos tiempo de discutirlo con calma. Por ahora es mejor ocuparnos de ese otro asunto que nos importa.

Godètt asintió, dándole a entender que estaba de acuerdo.

—Como quieras. Pero antes de marcharnos dime una cosa. —La voz de la peletera, de pronto, se convirtió en un susurro—. ¿Qué fue lo que encontraste en su cabaña?

Una pausa.

—Y por favor, sé clara. Sabes que todo lo que tenga que ver con Rose también tiene que ver conmigo.

La labriega asintió con una sonrisa torcida bajo las sombras de la granja, y entonces dijo:

—Un diario, unos dibujos y este amuleto. —Su voz fue implacable y sólida. La muchacha le mostró a su compañera el amuleto de la mano reducida, sosteniéndolo en alto. Pero como la oscuridad gobernaba en la curtiduría, Godètt no alcanzó a ver con precisión—. Míralo atenta. Es el que Rose solía llevar en las ceremonias. No me digas que no te habías dado cuenta.

Por supuesto que lo había notado. Pero la peletera no había querido darle importancia. Antes, muchas veces, lo había visto colgado del cuello de la pastora muerta. La muchacha lo llevaba cuando las tres juntas salían al bosque bajo las lunas gemelas, cuando hacían el amor en las cabañas, y también cuando se reunían con los otros dos labriegos que conformaban el pentáculo. Cada uno de los integrantes llevaba un amuleto consigo. El de Godètt era una pata disecada de sabueso, y el de Pandora un colmillo. Los otros dos miembros, Càlanit y Mòrdekhay, también tenían dos amuletos, pero Godètt rara vez los había visto.

—El cementerio no está muy lejos —susurró Pandora—. Vamos, Godètt. Tenemos que despedirnos.

Esa noche, a la peletera le costó abandonar la granja. El olor a

perros despellejados, el recuerdo de los quejidos cuando les arrancaba la piel, la sangre que manchaba las paredes, todo, de alguna manera, enraizaba sus borceguíes al suelo pestilente y terroso. Porque muy en el fondo la muchacha no se quería ir. No quería despedirse. No obstante, para que el círculo no se rompiese era menester darle el último adiós a los muertos. Sólo entonces terminaría la época del luto y empezaría una edad mejor.

Godètt de Bertrànd salió hacia la oscuridad de las campiñas acompañada de la labriega Pandora van Riegen, y ambas escondieron sus rostros bajo sus abultadas capuchas. Cuando llegaron al cementerio encontraron una tumba abandonada, sin flores, y un anillo de cuervos volando sobre ella. El viento furibundo y los grajeos de las cornejas doblegaban bajo la bruma el espíritu de Godètt.

—Por fin hemos llegado —susurró Pandora mientras sacaba la liebre del zurrón. La labriega la tomó por las orejas mientras Godètt empuñaba el cuchillo.

La sangre tenía que verterse sobre la tumba, y luego, cuando la tierra estuviera manchada, pronunciarían las palabras del adiós. Una última oda a los muertos. Era la única forma de despedirse.

—¿Estás lista? —le preguntó Pandora a su compañera.

Godètt asintió.

La muchacha tragó un poco de saliva, pero no se convenció de que estaba preparada hasta que vio los ojos asustados del animal. Casi todos los días despojaba de su piel a unos cuantos perros. Degollar a una liebre no supondría una gran diferencia. En el fondo no era más que carne viva. Sólo habría que matarla.

—Empecemos —dijo, y levantó el cuchillo.

VII OSCURO

Su nombre era hipoxifilia, aunque los soldados de la Guadaña y los labriegos de los Campos Pelosos conocían a esa práctica como *asfixiofilia* o, también, como asfixia autoerótica. Los hipoxífilos lograban la satisfacción sexual al disminuir la respiración, pero en los tiempos de la plaga alcanzaban el orgasmo con ayuda de la horca.

«El hipoxífilo siente que muere —pensaba Oscuro mientras hacía una finta sobre la grama, la acompañaba de una cabriola y trazaba un par de cortes con su acero. El viento aullaba bajo la lluvia empapando la soga amarrada en su hombro—. Por un instante, siente que muere, y las poluciones que derrama al arrostrar a la muerte no son el fin de dicho ritual. No... claro que no... Los hipoxífilos son más que burdos pajilleros de las tinieblas».

Sus botas se hundieron en un charco de sangre. Su acero silbó, chasqueó. Un corte en diagonal y media cabeza volaba por los aires rociando esquirlas de hueso y restos de masa encefálica.

Un grito.

—Los hipoxifilos miran a la muerte a los ojos. Encuentran a una mujer. Y vuelven —susurró el carnicero antes de la próxima finta y asestar el siguiente corte con su cuchilla.

Un soldado recibió un tajo en el brazo y, en un suspiro, cuando se desplomó sobre la hojarasca, Oscuro envainó su arma imaginando el rostro de la mujer, a la cual nunca había visto.

—Tú sí que la has visto, ¿no? —le preguntó al herido que se arrastraba sobre la grama. A su lado se encontraba una alabarda

quebrada, marcada con la runa del imperio—. ¿Cómo es, la muy puta? ¿Cómo es?

—Tiene los ojos del color de las perlas, mi señor... —El imperial tenía una respiración ahogada. Se puso a temblar y sus pantalones comenzaron a mojarse—. Su piel es pálida. Se le notan las venas. Azules, negras, moradas. Por favor, mi señor. Clemencia. ¡Clemencia!

El carnicero comenzó a asentir, despacio.

—Sigue hablando.

Pero el miliciano se había quedado mudo. Con un movimiento lento se quitó el casco, se arrastró sobre la sangre derramada y observó al guerrero de rostro joven, endrino y mugriento. Oscuro miró con desprecio la cota de malla gris. La sangre que manaba de la arteria branquial formaba una laguna. Echado sobre la maleza, el soldado comenzó a dejarse morir. Tenía la cara congelada del susto y su jubón con el emblema de la escórpora estaba empapado de sangre y lluvia.

—Por favor —suplicó con su último aliento—. No me matéis. Tengo miedo. No quiero morir, mi señor. No quiero...

El rostro, antes rosado, había adquirido la palidez de los lémures. Las lágrimas empezaban a aflorarle.

«Es un mocoso... —pensó el carnicero mientras la punta de sus borceguíes se manchaba con el manantial que crecía bajo el moribundo—. Parece que ni siquiera ha vivido quince inviernos y que no ha conocido mujer».

—Por favor...

—Estas muriendo, chico —susurró mientras se agachaba, firme, separando las rodillas—. Todo pasará pronto. No seas marica. No duele

tanto como crees. Sólo quiero que me respondas algo antes de que te largues de aquí. ¿La ves?

Oscuro esperó arqueando las cejas.

Esperó hasta que el viento sopló como burlándose en su rostro, y al final fue su risa la única respuesta.

El soldado estaba muerto, torcido en una mueca de espanto.

—Estabas más guapo vivo.

El carnicero se puso de pie y caminó por el lado del cadáver. Pensó que pronto se pudriría, que de su cuerpo emanaría el mismo hedor a muerte que cada noche brotaba del suyo.

«La Tierra de los Abismos es el destino de todos —esbozó una sonrisa aviesa. Inhaló el hedor de la sangre—. Hasta las princesas más bellas, las que tienen tantos amantes como anillos de oro en sus arcones, terminan incubando gusanos y mierda. También los príncipes, los reyes y hasta los perros de los reyes. Todos, incluso las bestias no son más que sacos de sangre, hueso y carne acomodados estéticamente por la Horrible-Naturaleza».

Desvió la mirada hacia el soldado al que acababa de cargarse.

Lo vio con el rabillo del ojo sin darse cuenta de que él estaba parado sobre un charco rojo. La sustancia manaba de un bíceps destruido. Del resto de militares de la escórpura que esa noche cayó en el bosque, a sólo cuatro había aniquilado el monstruo. Los demás sucumbieron ante la plaga mientras huían.

Oscuro caminó con dirección a los despojos, y se dejó envolver por la bruma. Casi por instinto se quitó la cuerda que llevaba enroscada al hombro y, lentamente, comenzó a hacer un nudo de horca. Parecía

que estaba pensando en regresar a los abismos. En volver a descender sólo para buscar esos ojos perlados, los ojos de los que tanto había oído desde que comenzó a alcanzar los confines del bosque.

En un suspiro, con el dogal listo, ubicó un árbol de tronco grueso, negro y de madera de antaño.

«Un árbol de muerte», pensó, y supo que aquel era el adecuado.

Sabía que después de colgarse se encontraría cara a cara con la mujer, y cuando ambos se miraran a los ojos él disfrutaría de sus córneas pálidas, perladas y añejas. Finalmente le pediría lo que por tanto tiempo había añorado.

«Llévame —sería lo primero que le diría—. Llévame, Muerte, o de lo contrario te cortaré el cuello y te llenaré con mi semilla. Te vas a henchir tanto que se te va a escurrir la leche hasta por la nariz».

El carnicero suspiró.

Cada vez que pensaba en ella se divertía. Empero, la había buscado tanto tiempo que estaba empezando a aburrirse. Jugar al gato y al ratón no era lo suyo.

«Allá vamos otra vez», pensó con el ceño fruncido.

Tragó saliva.

Casi sin esfuerzo ató un extremo de la cuerda a una rama gruesa tras meter la cabeza por el lazo. Se ajustó el dogal al cuello, trepó como un gato por el tronco del roble y cuando estuvo encaramado en la copa observó la grama. La tierra estaba sucia y cubierta de hojas con gusanos.

—Hora de bailar en la cuerda —susurró.

Entonces se dejó caer, y sintió un tirón de las vértebras mientras su cuerpo se balanceaba de un lado a otro. Le faltaba el aire. Las Tierras

de los Abismos lo esperaban.

VIII

REMBRANDT

La tormenta seguía su curso. En el extremo norte del Bosque de los Ahorcados las tropas de la milicia de Càdeburg empujaban carretas repletas de cadáveres. Los cuerpos, rígidos y desnudos, mantenían una expresión de terror en los rostros. Una mueca. Una sonrisa de piedra. Hidalgos, paladines y antiguos señores no eran distintos a pordioseros, cuatros ni asesinos errabundos que cada noche tiritaban de frío en las afueras de la ciudad. La plaga los había matado a todos por igual: niño y anciano, pobre y rico, y la muerte había cortado sus cuellos con su guadaña de media luna. Úlceras estomacales, escorbutos, diarreas y vómitos, plagas de mosquitos se los habían llevado. Otros, en cambio, habían muerto atragantados con su propia bilis tras sufrir intensos dolores de estómago. El bosque apestaba a estiércol y a tripas podridas, y el hedor se había propagado en dirección al castillo.

Los milicianos se cubrían los rostros con pañuelos negros manchados de sangre. Los soldados estaban regidos por el mariscal Rembrandt le Courdier, llamado también Un Ojo. Le Courdier, que era un soldado escuálido y espigado de más de cuarenta años, disfrutaba viendo a los hombres morir. Se peinaba el bigote negro y aceitoso, mientras que el mechón cano que nacía del centro de su cráneo flameaba como pelusilla. Tenía otro poco de pelo en el pecho, algo más en la garganta y... nada más.

Sin poder reprimir un bostezo, observó una sombra que se acercaba a toda velocidad como un cervatillo asustado. Era la sombra de un soldado: uno de los nuevos reclutas.

—¡Retroceded! ¡Retroceded! —gritaba el muchacho con los ojos repletos de lágrimas y la nariz hinchada—. ¡Atrás! ¡Atrás! ¡Es un bastardo! ¡Es un bastardo!

Rembràndt se cubrió la cara con la pañoleta que llevaba amarrada al cuello, sobre la cual había pintado una sonrisa de calavera. Observó al hombre que corría y se aclaró la garganta.

—¡Disparad! —ordenó a los arqueros con la mirada fija en aquel rostro derretido. Los huesos nasales y maxilares se asomaban bajo una cortina de grasa amarillenta y partes de su cuello parecían golpeadas por una maza con púas. La sangre corría en ramificaciones y las moscas revoloteaban zumbando, acercándosele—. Está inficionado.

«Otro hombre muerto que se aferra inútilmente a la vida», reflexionó el mariscal.

Los arqueros tensaron, apuntaron y esperaron unos instantes, calculando la distancia. Sólo voló una flecha. Los demás no habían soltado sus proyectiles. El hombre que corría había caído sobre los barrizales dando un grito, como si un sable fantasma le hubiese hecho un corte invisible en los tobillos.

«Imposible». El único ojo de Rembràndt pareció abrirse como un plato redondo. Un ojo pardo, de lince. La flecha se perdió en la neblina del bosque mientras los Peces Sangrientos contemplaban al crío de los tobillos rotos.

«La plaga le ha comido los músculos y los tendones, y ahora sus huesos parecen molerse —pensó el mariscal poco antes de dar la orden para que sus arqueros lo acribillaran con sus saetas—. Por un demonio.

¿Qué es lo que nuestro pueblo está pagando?».

Los proyectiles silbaron.

La lluvia arreció, y un canto de muerte, espectral y eterno, se extendió por el Bosque de los Ahorcados. El soldado recibió una flecha en el cráneo, dos en el cuello y tres le perforaron la espalda penetrando su cota de anillas. El apestado murió al instante. Y de inmediato una caterva de soldados-recogedores, ataviados con corazas y mantos vetustos, retiró las saetas del cadáver, lo levantaron y lo arrojaron sobre una de las carretillas repletas de muertos.

Rembràndt contempló los despojos. Todos palidecían. Y sus muecas petrificadas eran una expresión sempiterna de horror. Vio una cucaracha salir de una oreja poco antes de caminar en dirección a sus arqueros. «Ese es el verdadero rostro de la plaga —se dijo mientras olisqueaba como un coyote el olor del acero manchado de rojo: un olor áspero».

Las cotas de anillas de sus soldados parecían haberse dado un festín: una carnicería de hombres marcados por pústulas y tumores. Se dirigió al que tenía más cerca.

—¿Cuáles son los números de esta noche?

—Treinta y ocho —respondió. El hombre tenía el cabello castaño y ondulado. Le llamaban Pàrvic el Escamas—. Pero los ahorcados los superan en número, mi señor. Sólo en el lado noroeste del bosque hemos encontrado casi trescientos. Los soldados no quieren descolgarlos por miedo al contagio.

—Hacen bien en no querer —respondió el mariscal, sonriente—. Saben lo que pasaría. Los Peces Sangrientos no son una banda de

afeminados que se dejan matar sin antes derramar sangre.

«Las escórporas: peces que forman su propio mar», se repitió en su fuero interno. Una canción de la soldadesca que no había escuchado en mucho tiempo. Una canción de guerra.

Rembràndt hizo chirriar sus dientes. Tenía un poco de carne enterrada entre los molares e intentó sacársela con la lengua, pero no pudo.

—Las órdenes del emperador fueron claras —le dijo a Pàrvic y a los demás arqueros, tras lanzar un escupitajo al barro—. Matar a los apestados es una guerra sin cuartel. Da igual si son de Càdeburg o de sus alrededores. Los cuerpos van directos a la fosa. Si están contagiados hacedlos arder. En las barracas contáis con pedernal, aceite y antorchas de sobra. Id con cautela.

—Como ordene, mi lord.

—Silencio. No he terminado.

Rembràndt se metió la lengua entre los dientes. El trozo de carne se le resistía.

—No olvidéis a los otros cabrones. Se han estado alimentando de nuestro pueblo, aquí, en este maldito bosque, y tienen que caer como las ratas que son. —Arqueó una ceja—. ¿Alguna pista de sus campamentos, Pàrvic?

El Escamas enmudeció. Buscó ayuda en sus compañeros.

—No hemos encontrado nada, mariscal —respondió uno de los arqueros, un sujeto de negra melena larga—. Ni los incursores ni los tramperos han vuelto. Tampoco hemos visto nada desde que

encontramos a esa mujer harapienta. La vieja pálida a la que le arrancó el pezón con los dientes. Esa que los hombres decían que comía personas, ya sabéis.

Rembràndt esbozó una sonrisa. ¿Cómo podía olvidarlo? Uno no paladeaba un pezón sabroso y rosado todos los días por la mañana. Mucho menos lo arrancaba del seno de un bocado ni se bebía la sangre hasta la última gota por puro placer.

Por un momento desvió la vista a la carreta con los cadáveres.

«La vieja no estaba contagiada —se recordó, escudriñando en su pasado brumoso—. De lo contrario me encontraría allí abajo, tieso bajo una montaña de veinte o treinta sacos de carne. ¿Pero por qué? ¿Qué era lo que la hacía tan diferente? Estaba casi desnuda, despatarrada entre el estiércol en medio de una masa de cadáveres».

El mariscal recordó que uno de los coraceros, Gillebarth Ojos Grises, se ahorcó de un roble después de que la anciana le clavara la mirada. Pero más tarde habían descubierto que a Gillebarth le habían brotado tumoraciones rojas en el abdomen y en la espalda. Antes de colgarse, había hablado con algunos reclutas mientras se emborrachaba para darse valor. Les dijo que durante las últimas noches una mujer de ojos perlados lo perseguía.

—Me busca como una sombra que se pierde en el bosque. No importa a dónde vaya, siempre está al acecho. Siempre anda al acecho, no lo olvidéis. ¡No lo olvidéis!

También lo había escuchado el mariscal. Pero nada de lo que dijo tenía relación con la antropofagia.

Rembrandt le Courdier olisqueó una peste sórdida bajo la oscuridad.

«Aquí hay gato encerrado. Si el bosque tuviera boca para obligarlo a hablar, lo habría amenazado con una antorcha». De manera involuntaria se pasó una mano por la frente, y junto a los gruesos chubascos le corrió un sudor helado. Un hincón en las sienes le hizo ver un halo de luz. Las estrellas parecían rielar bajo la tormenta al tiempo que un rayo bramaba en lontananza y el mariscal se cubrió el único ojo que tenía. Demasiadas preguntas sin respuesta. Y la naturaleza se cernía sobre él, condenándolo.

—Necesito un descanso —susurró finalmente, poco antes de ordenar a los arqueros que volvieran a patrullar el bosque.

Sus hombres se le quedaron mirando, confusos, mientras los aullidos de los lobos penetraban en la noche.

—Si encontráis a los antropófagos, disparadles. Pero no los matéis a todos. Tomad a cuantos prisioneros queráis.

—Como ordene mi mariscal —respondió Pàrvic antes de hacer una reverencia, pero con una voz lánguida, colmada de fatiga.

El arquero se adentró en la espesura seguido por los demás. El soldado de melena azabache cerraba la compañía. Cuando desaparecieron, Rembrandt Un Ojo se quedó por un momento solo en el bosque. Las tropas de dragones, perreros, húsares, arcabuceros y soldados-recolectores se dedicaban a sus labores diarias. Ahora podía, por fin, retirar ese pedazo de carne que tanto le molestaba. Hurgó con las uñas hasta encontrarlo y lo sacó con un gesto triunfal. Paladeó un

par de veces mientras lo sostenía entre los dedos. Luego tiró el pedazo de oreja al barro. En su momento le había parecido sabrosa, pero había acabado por resultar decepcionante.

IX OFELIA

La multitud bullía como las llamas de las antorchas. Fuera de las cabañas, en las campiñas, una turba de campesinas con los rostros cubiertos le rebanaba la carne a un crío. Usaban pañuelos negros o manchados de grasa para embozar sus caras, y un grupo pequeño portaba griñones que envolvían sus cabezas casi en su totalidad. Sólo se les veían los ojos. Ofelia las espiaba desde el otro lado de la malla que protegía la ventana y, por momentos, se distraía con los estandartes negros y las teas que ardían bajo esa noche sin luna.

—¡Piedad! —clamó el prisionero, desnudo y arrodillado—. ¡Os prometo que me marcharé y que no me volveréis a ver, pero dejad de cortarme! ¡Dejad de cortarme!

No le hicieron caso.

La chica se dejó envolver por la oscuridad. El sonido del acero al cortar la carne, el chasquido del viento y el alarido que soltó el crío la hicieron temblar, y cuando volvió la vista se encontró con una criatura escuálida y sangrante, a la que le faltaba una parte del rostro. Al escrutar en la neblina intuyó que debía de tener su edad.

«Pobre diablo. Pero se lo ha ganado por hijoputa», pensó, y recordó a las mujeres paseándolo desnudo y gritando por qué lo habían atrapado.

—Le dio de cabezazos a una de las pastoras mientras guardaban a las ovejas.

Se llevó una mano al mentón, sombría, como pensando. ¿Por qué

coño la había golpeado? Era uno de esos tipos que buscaban refugio y a los que les habían permitido quedarse. Tal vez lo que la bruja le había dicho en la casa de curación no era una idea descabellada.

«A los últimos les conseguimos oficio —recordó—, les brindamos alimentos y refugio. Pero al final nos mordieron las manos como si fueran chacales».

—La bruja Mèrrin tenía razón. Son unos malditos parias —dijo.

Y nuevamente se distrajo con las mujeres que agredían al muchacho. Unas lo inmovilizaron sujetándolo de los hombros mientras otras tomaban un cuchillo, se acercaban y le rebanaban un trozo de carne como si fuese un jamón grasiento.

Esa noche el pasto se manchaba de sangre bajo la sombra de los estandartes de Campohueso: dos blasones danzantes de dos casas aliadas de campesinos armados. Los labriegos lo llamaban duunvirato.

Ofelia observó los banderines, mas a esa distancia no distinguió los escudos. Sólo había escuchado que Bud Cråvic, uno de los duunviro, era conocido en la comarca como Lord Carnero.

Lanzó un escupitajo negro en dirección a la malla, pero su flema quedó pegoteada.

—Mala cosa —susurró—. Sigues enferma. Como no te cures los labriegos querrán echarte, y si te echan, ¿a dónde carajo irás?

Càdeburg no era una alternativa. Había viajado desde los territorios de los Riese y estaba segura de que los príncipes y los soldados eran una panda de energúmenos de baja estofa. «Lo tienes jodido, muchacha». Tampoco iba a viajar al norte de la comarca. Más allá de los campos se erguía una ciudadela amurallada y en ruinas,

fortalecida con rejas y barreras sólidas pese a su antigüedad. Ofelia había escuchado que detrás de sus paredes se escondía un jardín salvaje plagado de enredaderas, flores y espinas, donde moraban curanderos. Y si uno lo bordeaba y seguía cuesta abajo, llegaba al puerto donde habían desembarcado.

—Olvídalo, no vas a ir a ninguna parte —escuchó decir a una campesina. Su corazón dio un brinco, y cuando vio que se refería al prisionero soltó un pequeño suspiro.

La mujer, que sostenía una antorcha, caminó hacia adelante casi cojeando. Su rostro estaba cubierto por un velo negro como el de sus compañeras, que la seguían como sombras.

—¡Escuchadme con atención, refugiados! —comenzó con voz rasposa, la mirada incandescente iluminada por el fuego. A su lado dos adeptas alzaban sendos estandartes con los emblemas del cráneo del carnero y la espiga de trigo oscuro en campos de armiño y sangre—. ¡Nuestro pueblo está harto de vuestras infamias, y esta es una demostración de lo que os pasará si os seguís metiendo con nosotros!

Arrastraron al crío junto a su líder velada. Lo tomaron de la melena y lo mostraron ante los vientos de la tierra y del campo. La corriente bufó, furibunda, mientras el prisionero tenía rebanada la mayor parte del rostro. El muchacho, sin labios ni párpados, se retorció de dolor.

Una de las labriegas se acercó con un pergamino, lo desenrolló y se lo entregó a la que sostenía la antorcha.

—Aquí tienes, Milcuchillos —le dijo, y la caravelada asintió. Tenía la mirada perdida, como si viera un rostro en la niebla que nadie

más veía.

—La Sombra del Campo se ha levantado por las almas de nuestras mujeres —dijo—. Dos campesinas desaparecidas en las últimas semanas. A una le arrancaron el labio, otra murió contagiada de plaga y, hace dos días, Noelia Faris perdió la nariz y un ojo por culpa de este bastardo. —Sus ojos se desviaron hacia la criatura arrodillada sobre la grama. Ofelia se mantenía en su cabaña, observando, y pensaba que los otros refugiados estaban escondidos en las suyas. Milcuchillos esperó a que el prisionero agachara la cabeza, sometido ante las asesinas—. No vamos a esperar a que destruyan más vidas. Si continuáis atacando, os buscaremos y os cortaremos. Luego os dejaremos morir en soledad. Sabemos quiénes sois.

Ofelia se tocó la cicatriz que afeaba su rostro. Observó a la turba de casi treinta labriegas e imaginó un calabozo rocoso, de paredes manchadas de rojo, en el que prisioneros con el cuerpo desgarrado pedían auxilio mientras gusanos incubaban en sus rostros deshechos. Entretanto, Milcuchillos leía los nombres de los refugiados escritos en el papiro. Las antorchas lamieron el viento una vez más.

—D'vir Guibor, Màgal Òron y el campesino Tristen Far'n. Lìor Màor y sus hermanos Pàrnas, Tèmel y Rèjmiel. Còranit Lilaj, Kvuda Màganit, Riva Sìgalit y Vàrda Tàal.

Se aclaró la garganta, gargajeó y se escuchó el ruido de un salivazo. Continuó leyendo.

«Tarde o temprano te llamará —pensó la bastarda mientras se retiraba a sentarse sobre su cama—. Nos conocen a todos. Saben tu nombre y que no perteneces a este pueblo».

—Ufara Simja y Sima la Rubia. Zuriela Tzavar, Ràjam el Tuerto y Òr Rònen. Ritzia Hatzlàja, Kelila Iti, Batshèmesh la Blanca y Caracortada.

Milcuchillos no había pronunciado su nombre, pero no había ninguna otra mujer con el rostro marcado como el de la chica.

Mas tarde, cuando la Sombra del Campo se retiró, Ofelia yacía sobre su catre y cerraba los ojos intentando dormir. Si bien no pudo al principio, después de un rato cuando por fin soñó, la misma visión de siempre volvió a repetirse: aquella en que despertaba en una balsa a primeras horas de la mañana, y en la cual, debido a los poderosos rayos del alba, veía las siluetas de una pareja que la despedía. Ambos se hallaban acuclillados a la orilla del río. Ella no los había visto bien, pero uno parecía un guerrero con el rostro afeminado y la otra, la del vestido largo, tenía el porte de una mujer alta. La balsa se dejaba llevar por la corriente del Causcaba hasta que se estrellaba en la ribera opuesta, donde la hierba no estaba muerta y las rosas todavía conservaban sus espinas. Sin embargo, esa noche Ofelia despertó a la mitad del sueño, antes de que la pareja la despidiera.

La puerta, de pronto, comenzó a crujir.

—¡En nombre de Lord Carnero, déjanos pasar! ¡Déjanos pasar!
—gritaba un labriego mientras la madera sonaba con cada golpe de la aldaba.

Caracortada abrió los ojos y, somnolienta, se sentó sobre la cama. Se sirvió un vaso con agua de una palangana antes de escupir un buche de baba negra. Un hilo de saliva le quedó colgando del labio.

—¡He dicho que nos dejes pasar! —volvió a retumbar la voz, y

los golpes con la aldaba fueron remplazados por patadas.

Al tercer puntapié la muchacha se quedó observando a los tres hombres que entraron en su casucha, y que empujaron una puerta con las jambas rotas y el picaporte de cabeza. Eran campesinos desarrapados, de melenas rojas. Sus ojos parecían de vidrio. El más alto se llamaba Mòrdekhay Milkraev, un mastodonte con la camisa abierta, cinturón de hebilla y pantalones y borceguíes del color de la arena. Tenía el rostro grueso y lleno de pecas, así como dientes de caballo y enorme sonrisa. Parecía que había estado comiendo mazorca porque unos granos afloraron entre sus encías cuando sonrió. Le apestaba el aliento. Los otros dos, en cambio, se mantuvieron a su lado con el semblante sombrío a la luz de las teas que sostenían. Escondían sus rostros bajo sendas capuchas.

—No te había visto por aquí —susurró uno de ellos rascándose la panza—. Debes venir con nosotros. Lord Carnero lo ha ordenado. He oído que le gustan los monstruos.

«Lord Carnero... ¿Para qué coño me quiere ese cabrón?».

—Mira su rostro —susurró el otro tras volverse a su compañero, la cara tajada iluminada por su antorcha—. Tiene una cicatriz peor que las mías, y esos ojos amarillentos... Dicen que sólo los poseen quienes han visto el averno o quienes antes de nacer nadaron en sus entrañas.

La bastarda los miró frunciendo el entrecejo. Le parecían extraños. Mientras más hablaban, más despedían olores a tierra, campo y grano. Pero no dijo nada. Permaneció en silencio hasta que se distrajo con la sonrisa de Mòrdekhay. El campesino seguía mostrando sus dientes de caballo y, por un momento, sus facciones se asemejaron al

rostro de la peletera Godètt de Bertrànd. Como Ofelia permanecía sentada, dio un paso adelante y la tomó de la muñeca con su enorme mano de agricultor.

—No hagas las cosas más difíciles de lo que son, cariño. —Sonrió de nuevo, y una nube con un hedor a comida descompuesta se extendió por la habitación—. No queremos hacerte daño. No lo haremos si no nos obligas. Pero si te resistes, mis gamberros te golpearán hasta que te desmayes. Luego te cargaremos como a un cordero y te llevaremos. Fuera nos esperan nuestros caballos.

La chica se encogió de hombros.

—Después de lo de anoche supongo que soy una intrusa en este pueblo —susurró—. Esas mujeres enmascaradas, las que se hacían llamar la Sombra del Campo. ¿Quiénes son?

Mòrdekhay esbozó una sonrisa poco antes de volverse a los encapuchados.

—Una cría que hace preguntas —les dijo mientras metía la mano en los bolsillos. Sacó un trozo de mazorca y le dio un buen bocado. Luego se volvió a Ofelia mientras masticaba—. Te diré algo: todas las preguntas por el camino. ¿Vienes por las buenas o te obligamos? Tú eres quien decide, cariño.

—Por las buenas —respondió la bastarda.

—Perfecto —respondió Mòrdekhay.

Después de abandonar la cabaña, ella se montó en el caballo del labriego, que era un trotón ruano de gran alzada y espesa melena larga. Se sujetó a la cintura rolliza del campesino antes de que empezaran la marcha, mientras los otros dos los seguían sobre unas jacas de capa

overa surcando la niebla.

El viento silbaba como augurando una tempestad, y Ofelia seguía pensando en el crío. Antes de llevárselo, las mujeres de negro le habían envuelto la cabeza en un saco, pero la chica tuvo tiempo de ver su rostro desfigurado, casi sin carne.

—No tienes nada que temer. Ya estás a salvo —le dijo Mòrdekhay—. Esas mujeres no te echarán. Eres una campesina con suerte. Si crees en la vida después de la muerte ve a la tumba de la tal Rose y rézale, porque antes de morir le dijo al duunviro que tú la trajiste a este pueblo para que la enterraran. Sabía que estaba enferma y que iba a morir. Si no hubiese sido por ti, su cuerpo estaría pudriéndose en algún rincón del campo.

—Hice lo que cualquiera hubiese hecho —susurró la bastarda con el rostro pegado a la espalda del campesino—. Tampoco es para tanto.

La ayudó porque estaba perdida. Además Rose le dijo que en Campohueso hallaría refugio.

—Como sea. Después de ese tajo en la cara no te puede ir peor. Te has ganado un aliado poderoso. —Mòrdekhay esbozó una sonrisa mientras volvía su rostro hacia Ofelia. Pero ella no sabía si creerle o si el labriego se burlaba.

Al cruzar los Campos Pelosos se desviaron por un camino de barro que conducía a una hondonada. El viento arremetió contra la cabellera de la muchacha, quien se había colocado la capucha mientras montaba sobre el trotón. Su cuello estaba abrigado por una bufanda y sus faldones eran tirados por manos ventosas a medida que el ruano aceleraba su trote. Cuando se volvió, apenas fue capaz de distinguir a

los jinetes, cuyas siluetas se deformaban bajo la bruma. La noche era fresca, tenía vida, y si lo que había dicho Mòrdekhay era cierto, entonces su estadía en el pueblo no sería como los años que vivió en el castillo. «Pero si no es así —pensó—, tendrás riesgos que asumir. Nunca lo olvides. Tu mejor arma está entre tus piernas, es húmeda y le llaman coño. No hay hombre que no se someta».

—Así que Lord Carnero... —dejó escapar en la oscuridad, y luego pensó en las palabras que uno de los gamberros le había dicho en la cabaña:

«Debes venir con nosotros. Lord Carnero lo ha ordenado. He oído que le gustan los monstruos».

La bastarda se tocó la cicatriz.

«Suerte. Supongo que esta noche eres afortunada».

—¡Mira! —le dijo Mòrdekhay señalando una casona que se encumbraba en un llano detrás de la bruma—. Esa es la casa del lord, y cruzando las lomas se encuentra su torre.

Agitó las riendas. El rocín piafó, corveteó y relinchó, de modo que su trote se hizo más intenso. Descendieron a todo galope y, tan pronto se acercaron al llano, unos criados de rostro macilento abrieron la reja que separaba las tierras del pueblo de las del Carnero. Pasaron casi a matacaballo. Mientras cabalgaban con los ropajes al viento, una jauría de mastines emergió de las perreras rumbo a ellos. Los ladridos se dilataron en la oscuridad, pero se perdieron cuando los perros quedaron rezagados.

«Si te va mal, esos animales serán un problema», pensó la muchacha, y luego se repitió que sería imposible escapar a menos que

ingirieran carne envenenada.

En cuanto el ruano se detuvo frente al porche, Mòrdekhay y Ofelia desmontaron con parsimonia. El labriego acarició el pelaje de su trotón y ella se sintió empequeñecida ante las figuras corpulentas de ambos. Cuando los otros campesinos llegaron no le parecieron tan grandes como en la casucha. Los veía casi de igual a igual.

—No me gusta este lugar —susurró Nàjum, guardando las manos en los bolsillos. Càlev permaneció en silencio, esquivo. Mòrdekhay los ignoró y llamó a la puerta tres veces con la aldaba.

Tras. Tras. Tras.

Al poco, una cancela se abrió y apareció el rostro descamado de una portera que bordeaba los treinta años.

—¿La tienes? —preguntó a la par que posaba los ojos en la bastarda.

—De una pieza. La Sombra del Campo no pudo cortarla.

—Lord Carnero estará complacido —respondió la mujer de las escamas—. Ahora largo. Ya has cumplido con tu trabajo.

La puerta se abrió, pero la chica permaneció fuera.

—Aquí nos despedimos —le dijo Mòrdekhay. Luego sacó otra mazorca de su bolsillo y la mordió—. Hasta pronto, Caracortada.

La puerta se cerró cuando Ofelia estuvo en el interior del patio. No se dio cuenta de cuándo ni cómo entró. Sólo supo que dio el primer paso en cuanto la mujer le dijo que entrara.

—Me llamo Lilien —susurró al caminar a su lado—. Lord Cråvic te espera.

Así que ese era su nombre: Cråvic. De pronto lo había olvidado.

Avanzó junto a la criada sin quitarle la mirada del rostro.

«Tiene un semblante horrendo, lleno de costras —pensó—. Casi monstruoso».

Lilien la miró de reojo.

—Sígueme. Es por aquí, muchacha.

Ambas recorrieron un pasadizo con las paredes descascaradas, en el que había estatuas de yeso sin cabeza, plantas marchitas y pinturas colgadas de paisajes sombríos que se estaban deteriorando. La casona del Carnero parecía el aposento de un hombre abandonado en un charco de soledad y tristeza. Despedía un olor antiguo, como a cerrado. Cuando Ofelia alcanzó la puerta, la criada la hizo pasar.

—Bud está dentro —fue lo último que le dijo, y cuando entró la voz del lord se alzó en la habitación.

—Acércate, cría. No seas tímida. No soy como mis perros. Yo no ladro.

Los dos se hallaban en un recinto que hedía a alcohol. El Carnero encendió una mecha y las llamas de los candelabros danzaron. Si bien la bastarda no había recorrido un gran tramo, reconoció el rostro de un hombre de cabellos rojos, similares a los de Mòrdekhay, aunque más largos y encrespados. Parecía que lord Crávic se bañaba en sudor y que además era un potentado de edad madura. Conservaba el rostro triste con una barba a medio crecer, y era evidente que había pasado toda la noche bebiendo. Ofelia se acercó a su escribanía.

—Así que tú eres la cría que encontró a mi pupila en un pueblo quemado cerca del río. Soy el amo de esta casa y uno de los duunviros.

No se le veía convencido. Tenía mirada de borracho. Los ojos

enrojecidos y venosos. Cuando Ofelia bajó la vista observó unos dedos arrugados, como si tiempo atrás hubiesen sido quemados con fuego o aceite hirviendo. El duunviro vestía una chaqueta de cuero curtido y sus hombros estaban cubiertos con una frazada de piel de marta. Sobre el pupitre descansaba un pergamino con el sello lacrado de su casa: el cráneo del carnero.

—No tengas miedo de mí. Gracias a ti, mi niña ha recibido sepultura. De lo contrario las hienas estarían royendo sus huesos. ¿Cómo la encontraste?

Ella se lo contó. Toda la historia del pueblo quemado y de los cadáveres junto al pozo salió de su boca, y en cuanto terminó vio que el labriego se secaba las lágrimas con disimulo. Bud arrimó el papiro que descansaba junto a la salvadera como si le apestara.

—Siento que mis hombres te han tratado mal. —La inspeccionó con la mirada—. ¿O me equivoco? Si ha sido así tendrás que decírmelo. Les ordené que no te pusieran ni un dedo encima.

—Ni siquiera me rozaron, mi lord.

El hombre se levantó de su asiento. Era alto y grueso como un coloso. Observó con ojo crítico el rostro de la bastarda. Su cicatriz. Sus ojos cetrinos. Su palidez fantasmal. Ella pensó que nunca había visto a una labriega con sus rasgos. En Campohueso abundaba la gente con cabellos rojizos o de color vinoso o bermejo, mas las mujeres de cabellos negros e iris amarillentos escaseaban. Ofelia era una de las pocas que moraban en el oeste, y quizá la única en los Campos Pelosos.

—Si quieres vengarte de los perros que te marcaron, si quieres matarlos o cortarles la polla, no voy a serte de ayuda —susurró el

duunviro antes de sentarse—. No somos criminales ni carniceros al paso, aunque a veces hemos dejado que corra la sangre. Quien quiere vivir en el campo debe ganarse sus propios garbanzos. Tiene que trabajar. No somos un señorío de niños mimados como la casa de los imperiales. Los gremios de agricultores sudamos el culo.

«Grandioso. Desea tenerte como su esclava. Quiere romperte el culo y que te partas el lomo trabajando», pensó la muchacha al observar la sonrisa del lord. Unos dientes torcidos despuntaban entre mellas oscuras. Estaban cubiertos de sarro.

—Dime qué es lo que sabes hacer, bastarda.

—Fregar platos. Lavar ollas. Puedo aprender a labrar el trigo —respondió casi en silencio, aunque manteniendo una mirada decidida—. Si queréis que mate en vuestro nombre, me tendréis que dejar ir, porque no me ensucio las manos con sangre de otros.

»Si queréis que os caliente la cama, no tendréis que entrenarme.

Lo último no le pesó.

Ofelia Caracortada necesitaba quedarse, pero no pensaba arriesgar el pellejo con tareas que no conocía. Para matar había que saber enfrentar el miedo, domar los nervios y manejar las cuchillas. En cambio dejarse penetrar por el Carnero le parecía más fácil. Recostarse sobre un catre a cuatro patas, cerrar los ojos y recibir embestidas no era nada nuevo en su vida. Con suerte no poseería un miembro muy grueso.

—Supongo que tienes manos de criada —le dijo el duunviro, estudiando su cuerpo con ojos. Ella le mostró las palmas, pero lord Crâvic le hizo un gesto para que las retirara de su vista—. No te esfuerces, cría. Aquí tendrás mucho para pulir, fregar y limpiar. Por

ahora sólo busca a Lilien y entrégale el documento que está sobre el escritorio. Ella sabrá darle uso.

—Como ordenéis, mi lord.

—Una cosa más —añadió el duunviro—. Esas mujeres de negro ya no podrán tocarte. Ahora te encuentras bajo mi protección.

Los ojos de Ofelia se abrieron como platos. No se lo había esperado.

«Mierda. Tal vez Mòrdekhay no mentía».

—Toma el pergamino, niñata —le insistió Bud sin dejar de observarla—, y haz lo que te he ordenado. Cuando regreses quiero que me sirvas vino. Lilien te indicará dónde está la cava.

Tomó el documento y su cuerpo se estremeció. Entonces supo que Lord Carnero la continuaba observando desde la escribanía, con una mirada de vidrio, pasándose la lengua entre las muelas de su sonrisa.

X GODÈTT

«Un pentáculo de cuatro puntas es un pentáculo muerto». Era lo que los brujos creían. Pero, después de hojear el diario de Rose Càrragan, la peletera empezaba a tener sus dudas.

«Las notas no mienten —pensó—. Rose nos estaba ocultando cosas. Si teníamos un lazo de confianza, entonces ¿por qué nos mintió?».

Pese a las manchas de tinta, descifró su caligrafía y descubrió que la labriega se escapaba hacia las ruinas a convocar espíritus.

«La ciudadela era laberíntica —recordó la muchacha en el interior de la cabaña—. La protegían macizas murallas, y rejas, y pilastras, y torres de ladrillo cubiertas por trepadoras, espinas y líquenes». El diario, aunque pobremente, las describía. También enumeraba centenares de parterres, jardines, grutas, escalinatas y estatuas apostilladas tras barbacanas en las destruidas plazas. La labriega había trazado unos cuantos mapas señalando senderos que enlazaban el campo con las ruinas, marcado pasadizos subterráneos y pintado dibujos que la Garra del Sacrificio, su círculo, apenas podría comprender.

—Faltaban algunas hojas —susurró Godètt recordando las escrituras—. Supongo que Rose las habría arrancado.

Con la barbilla apoyada en la palma de su mano, echó un vistazo por la ventana. La imagen de la ciudadela empezaba a desaparecer. En su lugar, el campo se extendía hasta los confines del No-Mundo. Le parecía un mar eterno de maleza puntiaguda y danzante. Fuera

empezaba a caer una lluvia gruesa, aislada, y pensó que si los labriegos salían y bordeaban el curso del río llegarían a las fronteras del Bosque de Sacrificios.

Godètt había respirado el aroma de dicho bosque. Todavía recordaba aquel hálito primigenio, el olor a hojas y a madera de antaño. Esa noche lejana, hacía ya varios meses, el aire zarandeaba sus cabellos bajo la luz de las lunas gemelas y, de pie en mitad de las sombras, observaba una floresta salvaje que respiraba mientras sus confráteres encauzaban a los prisioneros por su última senda. «¿Por qué sacrificar a una cuadrilla de mendigos? ¿Y por qué están desnudos?», se había preguntado mientras los oía gritar y pedir clemencia; pero luego, cuando ella y los labriegos marchaban de regreso, Pandora van Riegen le respondió que era mejor ofrendarlos sin ropa porque el sudor, el miedo y la desnudez cocinaban un aroma que despertaba el morbo de la Horrible-Naturaleza.

—Es un bosque carnívoro, Godètt. Así es como le gusta y así es como debe ser. El ritual se ha repetido de generación en generación desde la época de tus antepasados, y las costumbres, le pese a quien le pese, no deben romperse. Si se rompen ya sabes lo que pasará.

«Si se rompen, aunque sea un poco —pensó la peletera—, el pueblo quedará desprotegido ante los caprichos del bosque».

Pandora tenía razón. Si en cientos de lustros las costumbres no se habían quebrado, mucho menos entonces, cuando la plaga cabalgaba por el No-Mundo. Sin embargo, después de hojear el diario, todo le parecía muy confuso.

«Rose era muy buena echando las piedras —recordó—. Lo hacía

mejor que Pandora y su madre. Darle el beneficio de la duda sería lo más sensato».

Godètt de Bertrànd sintió que una corriente de aire frío mordía su cuello como una lamia, pero al cerrar los postigos la brisa disminuyó.

Al volverse hacia la mesa se encontró con una compañía de campesinos que aguardaban por ella. Los labriegos la estaban mirando. Parecían estatuas talladas, con zamarras de pelo, chalecos, anguarinas con capucha y zahones. Pandora y su madre, una mujer de aspecto joven, se encontraban sentadas junto al labriego Mòrdekhay, quien acababa de morder un trozo de mazorca. A la cabecera estaba repantigado un hombre de barba rala con los cabellos rojos y encrespados. Lord Bud Cràvic se rascó el cuello, observando el rostro desencajado de Godètt. La muchacha bajó la mirada ante sus ojos azulinos.

—Cría obediente —susurró el Lord Carnero—. Lenta, pero obediente. Te lo he estado pidiendo desde hace rato, pero ¿en qué andabas pensando? ¿En los huevos de tu lord?

La peletera no respondió, pensando que los huevos de su señor debían de estar tan rojos como su rostro. Se le veía irritado y algo entristecido.

—La visita ha terminado —añadió el duunviro poniéndose de pie con su típica voz de borracho. Luego, con los ojos enrojecidos, se volvió al labriego de la mazorca—. Es bueno contar con tu cooperación, Mòrdekhay. Esos putos extranjeros tienen que caer rápido, porque la Sombra del Campo no podrá eliminarlos a todos. Si siguen migrando, tarde o temprano superarán incluso a la banda de Milcuchillos.

—Como digáis —respondió el campesino con una inclinación de cabeza, y Lord Carnero se encapuchó antes de marcharse.

La peletera lo vio partir con el semblante adusto, cubierto de sombras. Desde que lo conocía siempre le había parecido un sujeto melancólico y embriagado en la soledad del campo, mas no sabía muchos detalles de su pasado. Sólo que era el último de una poderosa familia de terratenientes y que había entregado su vida a los cultivos.

Cuando el círculo nuevamente se quedó a solas, el labriego Mòrdekhay se paseó por la sala de su cabaña. El hogar estaba encendido, las llamas danzaban deformando la leña, sometiendo a las cenizas y al carbón, mientras un aroma ahumado, como a cáscaras de naranja, recorría ligeramente la estancia y se mezclaba con una peste a grano y a pelo de cabra que emanaba del chaleco del labriego. Desde que el círculo se había reunido, la pestilencia se pegaba en cada pared, columna y muro de la sala. Mòrdekhay Mìlkraev puso los brazos en jarras.

—Lo habéis escuchado —murmuró masticando los granos de maíz. Càlanit, la madre de Pandora, intercambió una mirada con su hija y la peletera—. Tendréis que haceros cargo vosotras tres.

—¿Cuándo partirás? —preguntó Godètt desde la esquina.

—Lo más pronto posible. Alguien tiene que poner a raya a esos invasores, dialogar con las mujeres y organizar las rondas. La Sombra del Campo no podrá rendir por siempre. Anoche se cargaron a seis mendigos que marchaban desde el oeste, pero se les escaparon más de diez. Lord Carnero nunca les tuvo confianza.

La peletera pensaba que Bud no confiaba en nadie, pero tenía que

darle crédito. Era difícil encomendarse a un grupo de mujeres que envolvían sus rostros con griñones y mantos. Pese a que eran banderizas de las Casas del Carnero y de la Espiga de Trigoscuro, ninguno de los duunviros sabía quiénes se escondían tras los pañuelos, ni de dónde procedían. Mòrdekhay hizo una pausa para morder más grano y se detuvo junto al fuego, que iluminó su rostro canallesco y su melena de león.

—El lord piensa que, tarde o temprano, la Sombra del Campo impulsará una sedición, y yo, personalmente, no imagino un pueblo liderado por carne para mazorca.

Se tocó la entrepierna.

Godètt agachó la cabeza con una sonrisa en los labios. Creía saber lo que pensaba el pastor: «Ese tragasables de Mòrdekhay... Se las da de muy macho, el bebemierdas. Cree que lidera el círculo, pero son las mujeres quienes realmente lo manejan a él». Tuvo que aguantarse la risa. Siempre había pensado que Rose Cárragan, Pandora van Riegen y Càlanit la Pálida habían tirado de las cuerdas de la cuadriga. De hecho, cuando la aceptaron en su agrupación, las tres la abordaron en las campiñas para decirle que no se preocupara, que el labriego era tan dócil como un gato. «Si piensa que manda, es más fácil dominarlo». Fue exactamente lo que dijeron. «Y que no olvide que el verdadero poder es húmedo, y que reside dentro de un coño».

Lástima que la labriega no se sintiera del todo mujer. La Garra del Sacrificio siempre tuvo tres dedos medios y uno de ellos se llamaba Rose, pero el campo ya lo había reclamado.

—Mòrdekhay, si tu hermana estuviera viva podría mandar sobre

treintenas de campesinas —dijo de pronto Càlanit, quien se recogía los cabellos en una larga coleta—. Milcuchillos, su banda y su maldita cojera no tendrían potestad contra Marcaèla. Recuerdo que antes de que desapareciera se había medido con dos de los mastodontes que servían a la espiga. Tenía dieciséis años y ya era toda una grandullona. A uno lo degolló. Al otro le cortó el brazo. Por las noches bebía en los burdeles con Càstor Brûnn, y si él no se la follaba era porque corría el rumor de que tu hermana tenía un miembro de más de tres palmos.

Mòrdekhay esbozó una sonrisa.

«Castor Brûnn, el Lord de las Espigas, es un cadáver más en el campo —pensó Godètt con la mano bajo el mentón, ignorando el comentario—. Todo el pueblo lo repite, aunque muchas veces no saben lo que dicen».

Se aclaró la garganta, recordando que al potentado no se le había visto desde hacía más de tres meses. Lord Càstor era uno de los pocos que habían conocido a Marcaèla Tres Palmos y todavía vivían para contarlo.

—Si Marcaèla estuviese viva no serías el maldito patán que eres. No sabes el daño que te causó perderla.

Mòrdekhay tosió con el rostro irradiado por las llamas. Tomó una botella de aguardiente de una repisa, la descorchó y bebió.

—Càstor Brûnn es comida de lobos. —El campesino echó un eructo—. Lo sabe todo el mundo. Al igual que mi hermana, el viejo cuervo no va a regresar. Y si vuelve no lo curarán ni con las hierbas de la ciudadela ni del santuario.

Las tres labriegas permanecieron en silencio escuchando las

mascaduras. Càlanit se levantó de la mesa con lentitud y caminó hacia la puerta. Con esa tez tan fina parecía rapaza de veinte años, cuando más de cuarenta inviernos habían pasado por su cuenta. Su lividez era fantasmal y, de no ser por aquellos ojos plomizos que tenía, a la peletera le hubiese recordado a la bastarda.

—Por lo que veo, esta reunión ya puede disolverse —añadió la mujer antes de volverse a Mòrdekhay. El labrador se encontraba recostado en la pared como un gigante de brazos cruzados. Simulando no escucharla, bebió nuevamente de su botella, hizo buchec con la boca y se los tragó.

La mujer pálida abrió la puerta después de colocarse el gorro, la bufanda y un abrigo de piel de lobo. El viento soplaba con furia y ella tendría que recorrer algunas leguas con la carreta. Su hija la siguió acompañada de la peletera. Godètt pasó encorvada junto al labriego, aspirando su aliento aguardentoso. Era una cabeza más baja que él y su cabello era igual de rojo.

—Os avisaré cuando vuelva —lo escuchó decir, pero ninguna de ellas se giró para verlo.

Transcurridos unos días no hubo informes de su retorno. La Garra del Sacrificio tampoco recibió palomos con mensajes del campesino, ni los otros servidores de Lord Carnero les llevaron noticias. Nàjum el Cortado, Càlev el Tripas y un cabrero gordo de nombre Bùllegath Hexx visitaron a Godètt mientras desollaba a unos perros en la curtiembre. Pero sólo fue para entregarle a un pastor ovejero con rabia. Le dijeron que a su piel no podían darle mejor uso que hacer de ella una zamarra.

—Tendréis vuestro encargo para mañana antes del anochecer

—respondió ella. Empero, después de que se marcharan dejó escapar a la bestia—. Vete, sé libre. Vivirás más tiempo. Pero no te acerques al santuario ni a las ruinas de la ciudadela.

La muchacha no supo si el perro la comprendió, pero cada vez que ella rondaba por el santuario la carne se le helaba. Esa noche no pudo dormir pensando en su paseo por los parterres de la ciudad en ruinas y en el rostro manchado de barro que había visto al andar por las cercanías de la laguna. Era un rostro joven, con los ojos de un intenso color borgoña. La figura llevaba los cabellos largos, mojados, parcialmente sumergidos en aguas cubiertas con algas y vapores que desprendían olor a rosas. La peletera había dejado caer las frutas de su canasta y cuando volvió la mirada el rostro camuflado entre el barro no era tal cosa, sino una mancha de líquenes. Godètt había oído hablar de los *genius loci*, así como de otros espíritus protectores, pero lo que había visto era más bien una encarnación, no un espíritu. Si bien los recuerdos la congelaron y no la dejaron conciliar el sueño, la noche siguiente no fue fría ni solitaria.

—Sigue —suspiraba—. Sigue... Sigue...

Yacía sobre un jergón de paja en el sótano de la granja y el sudor le perlaba la frente. Corvas e ingles también le sudaban. Mantenía los muslos entreabiertos, relajados; cerraba los ojos separando los labios al imaginar el rostro de una mujer viril. Entretanto, un aliento cálido se derramaba sobre su sexo. Gimió, pero antes sintió unas cosquillas húmedas. Enterró los dedos en el cabello de su amante y, por un momento, tembló, ardió y contuvo sus gemidos antes de correrse. Entonces se tensó como un arco de hierro, y mientras espiraba emergió

de entre sus piernas una muchacha con los cabellos pegajosos.

Pandora van Riegen tenía el torso desnudo. Sudorosa, observaba a la peletera como si esperara un beso, pero nunca llegó. Godètt sintió su abrazo húmedo y la calidez de su estómago sobre la piel. Al mirarla comenzó a respirar con agitación y a pensar en lo liviana que era su amante.

«Parece una cigarra sobre mi vientre, y yo una bestia terrible y monstruosa».

—Esta noche estás muy rígida, osa. —La muchacha trepó como una araña hasta hablarle en el oído—. Tal vez deberíamos traer compañía. Estaba pensando en madre. Nunca hemos hecho el amor en un sótano las tres juntas.

«Claro que no», pensó la peletera con la mirada perdida. Sólo habían dormido las dos unas pocas veces, pues antes se habían acostado siempre con Rose.

—Lo siento. —Godètt se hizo a un lado. Pandora se arrastró sobre el jergón para no caer y se quedó mirándola con el rostro envuelto por sus largas greñas. Arqueó una ceja como si estuviese confundida—. Es sólo que he tenido un día pesado. Hace un mes la Garra estaba completa. Éramos cinco. Pero ahora está destruida. Sólo quedamos tres y tenemos que buscar a una sustituta.

«No, miento... No pensamos sustituir a nadie, y menos a ti, Rose». Pero tenían que hacerlo. En el fondo lo sabía.

—Has hojeado el diario, mi osa. —Pandora se arrastró como leyendo sus pensamientos y le besó el cuello—. Buscaremos a otra para la alcoba. Una que sea leal a nuestro círculo. Será lo mejor.

Godètt le rascó la cabeza, pensando en el diario de la pastora muerta.

—¿Lo tienes? —susurró.

—Lo guardo en la cabaña. La próxima vez que vayas lo leeremos hasta la última página.

—Sí, por supuesto. —Cerró los ojos y sintió que Pandora se acostaba sobre sus pechos. Escuchó su respiración.

«Duerme como un bebé. Ojalá pudiera ser como ella y olvidar todo tan fácil». Pero no podía. Se conocía demasiado bien. Nunca olvidaría tan rápido las traiciones ni las invocaciones descritas por la labriega.

«¿Con qué fines se escabullía?», se había preguntado la otra noche. ¿Había invocado a espíritus distintos a los del bosque? «Olvidalo. Tú no eres Rose. Si viajas a ese santuario y tratas de hacer lo mismo todo terminará mal. Siempre hemos efectuado los sacrificios de la Garra juntas».

Tomó aire y se cubrió los pechos. El sudor humedecía sus sienes y hacía que el aliento de Pandora le enfriara el cuerpo. Pensó entonces en los prisioneros desnudos que echaban al bosque bajo las lunas llenas. Recordó que eran cinco las cuchillas de la Garra, cinco los sacrificios y cinco los meses de buenos cultivos por venir. Y no olvidó que la última noche temblaron, como ella había temblado ante el rostro que apareció en la laguna mientras caminaba por el santuario. Entonces habían oído que la peste empezaba a extenderse y que las plantas se pudrían incluso más rápido que los huesos de los animales.

Godètt se había quedado dormida. Pero después de un momento

despertó agitada.

—Tranquila. No tienes nada que temer. —Pandora la miró a los ojos. La peletera se encontraba temblando igual que aquella vez, en los límites del bosque—. Hablabas en sueños, mi osa. Recuerda que las dos estuvimos allí esa noche y que soltamos a los prisioneros bajo las sombras de los robles. Entonces pude olfatear tu miedo mientras tú olisqueabas el mío. El bosque, a su manera, nos respondía.

Godètt sacudió la cabeza.

»Después de muchas generaciones —continuó Pandora— las ruinas de la ciudadela empezaron a poblarse de hojas, de arbustos y de flores como en los tiempos de nuestros ancestros, y tú, al igual que yo, sabes qué significa.

Esbozó una sonrisa. Dejó correr una pausa y se escuchó un silbido de viento.

—Los curanderos de la antigua raza. Los servidores de la naturaleza... regresan.

—Cierto. No fue un espíritu lo que vi —susurró Godètt aún algo dormida—, sino a uno de ellos.

Pero había pasado tanto tiempo que no estaba segura.

—Tal como dices —le dijo Pandora—. Y son los que nos protegen desde entonces. Recuerda que Rose contrajo la plaga o algo parecido, y pese a que anduvo en esta comarca, hasta ahora no encontramos ni un caso de infección.

La peletera no supo qué responder.

«A lo mejor la peste todavía no se extiende —pensó con la mirada plagada de espanto—. A lo mejor sólo hay que esperar a que aparezcan

las primeras señales de contagio».

Pensara lo que pensase, el cuerpo de Rose Càrragan no se había deshecho como la carne de los plagados. Tampoco mostraba pústulas. Eso lo sabía muy bien. Su muerte podía deberse a un mal como la disentería o el cólera.

—No sé —susurró dubitativa, y de pronto advirtió que no controlaba ni sus propias palabras. Sintió las caricias de su amante.

—Faltan algunas semanas para que se asomen las lunas. —Los ojos de gata de su pareja la miraron—. Vamos a completar el ritual. Vamos a conseguir las ofrendas y a echarlas al bosque para que los dioses las devoren, como siempre lo hemos hecho. Y, sobre todo, vamos a conseguir una sustituta. Entonces volverás a dormir tranquila, mi osa.

Pandora se acercó como una flor inclinándose y le dio un beso ligero en los labios. Fue algo inesperado. Godètt tampoco esperó el abrazo, ni que le dijera aquello al oído:

—Te amo.

—Yo también te amo —respondió. Pero la peletera no lo decía con el corazón. No podía amarla porque esa noche, y siempre, el miedo la había abrumado.

«Vamos a buscar una sustituta», pensó con el rostro recostado en los hombros de Pandora, y en su fuero interno rezó a los espíritus para poder dormir tranquila.

XI ÔRRSES

Tenía el cabello largo y del color de los mares. Ôrrses le Càrcuett, Lord de las Hojas y efebo juramentado de Los Primeros Bosques, se reclinó en las almenas a observar las estrellas. «Centellean como rubíes —pensó—. La estrellas sanguinolentas parecen los ojos de mi esposa».

Se dio la vuelta y escuchó el susurro de su túnica ondeando en el silencio del santuario en ruinas. Las estatuas de bronce de los pueblos monstruosos lo miraban bajo los arcos de piedra. «Parece que tengan vida. Me gustaría saber quién fue el prodigio que las talló. Seguramente fue uno de los llamados Virtuosos».

Los esciápodos de los huertos, con sus únicos pies más grandes que sus cabezas, le parecían esculturas perfectamente bruñidas. Lo mismo que los blemias, los panotios, los cinocéfalos y los artabatitas. Las bestias como el catoblepas, la mantícora y el grifo, situadas bajo los árboles de cerezo, guardaban un gran parecido con las criaturas antiguas y, por un momento, Ôrrses deseó contar con ese escultor días antes de su matrimonio. El efebo le habría pedido que construyese un bronce de su mujer, sólo para tenerla cerca durante su larga ausencia.

«Lo habría colocado detrás de los árboles —se lamentó, observando los troncos negros, ramificados hacia el firmamento. Los pétalos color rosa que adornaban las ramas eran abundantes y se mecían arrullados por una brisa fría—. Habría reemplazado a los monstruos y entonces, tal vez, no me sentiría tan solo».

Quizá una belleza como su esposa, la hermosa Myrleia zchiaq'n mael Cunna, no tendría cabida en ese maremagno de criaturas, pero tras

cavilar un poco no le pareció descabellado situar su bronce junto a la boca de las grutas.

Noche tras noche, al caminar por la floresta, las cocatrices y los basiliscos lo observaban con sus ojos de piedra. También las hidras, los endriagos, los guivernos y los gusanos de tierra. Daba igual cuántos parterres recorriera. En todos ellos los bronces, cubiertos de ramas y enredaderas, echaban raíces bajo las estrellas. Sobre todo los de esos monstruos a los que su raza despreciaba. La mayoría los conocía como los no-longevos. Pero los efebos como él usaban los *nombres vulgares* para referirse a ellos.

—Lo siento, mi señor —escuchó que una joven de dicha raza se disculpaba detrás de él. Evidentemente tenía compañía—. Entonces, si comprendí bien, la tripulación tiene que abandonar la costa.

Ôrrses asintió, y al sentir que la muchacha temblaba, la miró con el rabillo del ojo olisqueando su sudor.

«Hedor a mujer. Hedor a zorra», pensó, y no le pareció un ejemplar distinto de los otros monstruos.

Atrida mounn Ràdiqetch, a diferencia de las esculturas, se encontraba vestida y no despedía un olor a bronce, sino a hierro, grasa y miedo. Era parte de la progenie despreciada por el No-Mundo y, con los huesos rechinando, reafirmó que su tripulación no zarparía pronto.

—En un principio pensamos que al llegar a Puertoblanco se acabarían los problemas —susurró el efebo tras darse la vuelta. Su voz fue eclipsada por el rugido de una tigresa que descansaba tras los arbustos. Debajo de la arcada se encontraba una sombra alta con la cabeza envuelta en una capucha. Era otro efebo similar a él—. Pero

lamentablemente no encontramos nada más que un refugio temporal. Lo mejor es que antes de que aparezcan las lunas todos vosotros os hayáis marchado.

—Pero es que los bucaneros no querrán —replicó la mujer—. Si se encaprichan pueden hasta colgarme y enviar a otro para que negocie con mi lord. Vos sabéis que ya lo han intentado, que no sería la primera vez. Ni la segunda.

«Sí, claro. Para que negocien». Ôrrses le Càrcuett sonrió, pensando que la tripulación no tendría posibilidad de entablar ni siquiera un pequeño acuerdo. ¿Pero qué demonios se habían creído? Eran monstruos que envejecían, y él, al lado de los marineros, era como un dragón junto a una mancha de barro. Normalmente bastaría con un soplido para ponerlos de rodillas, aunque, en su estado, un soplido no haría más que alertarlos. Si eran astutos tal vez conseguirían algo de él.

—Sólo ve y díselo. Es mejor que se larguen.

Despidió a la mujer con un movimiento de manos. Le señaló la reja que separaba el patio de la huerta y la muchacha, con el cabello enredado y el cuerpo envuelto en un abrigo de piel de lobo, se retiró con el caminar pesado, sometido, haciendo tintinear la cota de anillas que escondía bajo sus ropajes.

Tan pronto se esfumó, la sombra encapuchada que aguardaba en la huerta emergió de la oscuridad. Era Calèndul iid d' Tar Gèbranth, un caballero juramentado que había desembarcado en Puertoblanco tras la llegada de Ôrrses le Càrcuett y Atrida mounn Ràdiqetch. En otras tierras, más allá de los mares, lo llamaban la Flor Solitaria, y de su larga túnica se desprendía un aroma a mirra, incienso y madera. El efebo le

miró directamente a los ojos, contemplando sus iris atigrados y los mechones rubios que revoloteaban sobre su rostro. Calèndul se encontraba ante las flamas de un caldero que había junto a unos pilares semiderruidos, y sus facciones, al igual que las de su compañero, eran femeninas y masculinas a la vez.

La tigresa abrió los ojos y soltó un rugido.

—Parece que a *Hiedrapunzante* tampoco le simpatiza tu segunda al mando —susurró al pasar junto a la bestia—. Pero debo decir que es una hermosa mujer. Las cicatrices en su rostro asientan su fiereza. Sus ojos brillan como estrellas, y además tiene los dientes completos, poco busto y es de raza guerrera. Lamentablemente, a pesar de sus virtudes, no es más que una burda mujer.

Ôrrses asintió y pensó que Atrida mounn Ràdiqetch terminaría marchitándose como todas las flores de su jardín salvaje. «El tiempo la destruirá. Si el acero no la parte antes».

—Nada más que una mujer —susurró con desprecio, y reparó en que no importaba cuán bella fuera. Siempre sería una abominación. Decepcionado, le lanzó una mirada profunda a su compañero—. Pero no estamos aquí para hablar de mujeres. Sobre todo cuando nunca te gustaron. Siempre dijiste que, aunque se unten bálsamo en los pezones o en los labios del coño, el olor que despiden no deja de ser nauseabundo.

Calèndul, sombrío bajo la capucha, acarició el pelaje de su bestia. *Hiedrapunzante* era una trigresa preñada de gran tamaño, la cual en épocas de guerra le servía de montura. El caballero esbozó una sonrisa aviesa.

—Tú lo has dicho. Siempre preferiré el olor a bestia. Incluso el coño de mi tigresa tiene mejor aroma. —*Hiedrapunzante* rugió. Calèndul introdujo la mano en su túnica y sacó un pergamino doblado con el sello del Carnero: la casa Cràvic, una de las antiguas Casas de los Señores del Campo—. La otra noche recibí una oferta generosa. La mujer que me abordó en los jardines parecía una sirvienta de la Primera Casa. Partiré mañana al amanecer.

«Demasiado tarde. Deberías partir ahora», pensó Ôrrses con un rostro desasosegado. En el fondo de su alma deseaba que su compañero se marchara.

—¿Sabes qué? Si por mí fuera, la Primera Casa, así como todas las casas de la Tierra y el Campo, podrían derrumbarse en mil pedazos. Tendría material para escribir un libro sobre cuánto las aborrezco, mientras me siento en un trono a verlas arder.

Pero él era el Lord de las Hojas, no un señoritingo ni un burdo rey, y no le competía destruir nada, ni siquiera acabar con la vida de una araña. Aunque esa noche no hubiese dudado en aplastar a un rey hasta convertirlo en una mancha.

Calèndul soltó una carcajada.

Ôrrses levantó la mirada, como buscando algo más allá de los arcos y las estatuas. Miró a lo lejos, tras unos árboles caídos cubiertos con líquenes, hongos y telas de araña. Parecían enfermos.

—Márchate con Atrida y sus bucaneros, Calèndul —susurró el efebo tras una pausa—. A bordo de *La Gorgona* o de *La Rosa del Estanque* navegarías tranquilo rumbo al norte, lejos de toda esta tierra que poco a poco decae.

La Flor Solitaria no respondió. Se quedó allí, mirándolo con sus ojos atigrados, y el Lord de las Hojas comenzó a desesperarse. No le gustaba que lo miraran con descaro. Él era el espíritu del bosque, mientras que el otro efebo no era más que una flor en un erial abandonado. Tenía que distraerse para que no notara su desesperación. «¿Dónde estás, preciosa?». Levantó la mirada sintiendo un escozor en las manos. Los ojos le ardían, buscando tras las arcadas algún rastro de las estatuas. No de todas, sino de una en especial.

—Gracias. Pero no zarparé. Por lo menos no ahora. Todavía tengo trabajo que hacer. —Caléndul trepó sobre el lomo de su montura. La tigresa era enorme, tan grande como un trotón, pero más pesada, fuerte y robusta. Le acarició los bigotes. Se acomodó sobre su lomo desnudo—. Sólo vine a despedirme de *Hiedrapunzante*. Pero nunca pensé que nos veríamos. Si quieres un consejo, amigo mío, creo que haces mal en desoír las palabras de tu segunda. Ve a la bahía, reúnete con los bucaneros en sus campamentos y convéncelos tú mismo para zarpar. Después de todo, esos hombres fueron tu tripulación y, en cierta manera, los responsables de tu desembarco y tu estancia en este santuario. Sé que repudias a esa raza tanto como yo, que hasta los odias. Sin embargo te ayudaron y no merecen la muerte, sino ser recompensados.

Ôrrses se contuvo y permaneció en silencio observando los arbustos, las madre selvas cubiertas de hongos que parecían esporas, las sustancias cetrinas que segregaban los troncos, las ramas podridas y los frutos envenenados, plagados de gusanos. La enfermedad se extendía en ese recinto boscoso.

«Este santuario no es ni por asomo seguro. Los jardines resistirán algún tiempo y tú te has convertido en un caprichoso que no quiere abandonar, y no lo harás, porque sabes que en el fondo puede que pierdas y desees arrastrar a esa gente a la tumba». Tragó saliva. El otro dilema pesaba mucho más: el retorno de su esposa.

—Sé lo que piensas. —Calèndul inclinó la cabeza desde su montura, astuto, mientras una brisa fría desgarraba un puñado de hojas. Los cerezos se remecieron y los alfardones se poblaron de pétalos—. Crees que Myrleia no va a regresar. Tratas de convencerte de que llegará, pero en el fondo sabes que no es cierto.

»Si te marchas, yo me quedaré esperándola en tu lugar y te prometo que te buscaré para entregártela en brazos. Sabes que no te he fallado nunca.

El Lord de las Hojas asintió con la mano en el mentón, al tiempo que le daba la espalda a su compañero. Si bien su amistad era más vieja que el santuario, esa noche sabía que le mentía. Que le veía la cara de idiota. Calèndul no había viajado a la ciudadela por él. Desembarcó en el otro navío con intenciones desconocidas. Eran compañeros, pero Ôrrses le Càrcuett debía tener cuidado.

«Lo siento. Ya no sé de qué lado juegas. Crees que Myrleia no va a volver porque una maldita noche decidió abandonarme». El efebo aspiró el aroma a cenizas e incienso que aleteaba por sus ropajes. Si lo pensaba bien, quizá a Calèndul se le olvidaba algo: que Myrleia, la bruja de la vida y del bosque, no era una mujer, sino que compartía la sangre de ambos. Una sólo comparable a la de sus antepasados. «Ten cuidado. Es mejor no confundirla con la escoria. Ella también tiene sangre de

hierba».

—Calèndul, márchate de una vez.

Esa noche no vio a su compañero partir, pero escuchó sus susurros, percibió su perfume y el rugido de *Hiedrapunzante* mientras la tigresa saltaba sobre los peldaños, descendiendo en picado entre parterres, arbustos y columnatas oscuras; y más tarde, cuando el efebo abandonó la huerta, todos los jardines parecieron morir. No se escuchaba ni el susurro de los fresnos ni el de los nogales. Ni siquiera el ruiseñor trinaba. Empero, la pasión de Ôrrses renacía poco a poco como la llama de un fénix salvaje.

«¿Dónde estás?», pensó, haciendo visera con las manos antes de empezar a caminar. Nuevamente le picaban los dedos y los ojos y, con la mirada, buscaba la estatua que se escondía en algún rincón del santuario. «¿Dónde diablos te encuentras?».

En ese momento el viento le echó un abanico de hojas sobre la cara.

Tras bajar por los peldaños, el efebo pasó al lado de unos troncos negros junto al Camino de los Riachuelos. Las copas de los árboles roseaban bajo el rocío mientras que un cerezo solitario parecía deshojarse. Sus pétalos ensuciaban los mantos de flores, las enredaderas, los bejucos y las espinas. De las ramas goteaba una sustancia color cetrino y espeso como la sangre.

«La plaga también ha llegado aquí, pero no es tan fuerte como afuera», pensó Ôrrses, y una lágrima fría como el sollozo del bosque humedeció su mejilla al oír la respiración de los jardines salvajes.

De pronto vio una columnata quebrarse tras los árboles. Virutas

de piedra se desprendieron como astillas y el efebo se detuvo, sorprendido por el derrumbe. La columna provocó un estruendo y cayó destruida, y a él le tembló la mirada, igual que temblaban todas sus ramas, hojas, enredaderas y líquenes pastosos a las orillas de los manantiales. El Lord de las Hojas compartía su sangre con la sangre del No-Mundo y la de la Horrible-Naturaleza.

«Cada margarita y cada flor de cerezo, hortensia, orquídea y corazón sangrante; cada magnolia, tulipán y belleza negra; cada nenúfar en la laguna y cada nomeolvides derraman lágrimas de dolor. La plaga avanza, desgastando hasta a los malditos pilares».

Tomó el puño de la espada que le colgaba del cinturón y desenvainó. Rieló una hoja bruñida como un espejo. «La sangre de hierba resiste, pero no es inmune. Si pudiera acabar con esta plaga con un simple corte —¡Con un simple corte!— esperarí a Myrleia el tiempo que fuera necesario». Pero la plaga no era de carne y no cedía a las espadas. Además Ôrrses se encontraba tan débil que poco a poco se sentía morir.

Esa noche no descansó. Descendió por las escaleras peldaño a peldaño, alto y encorvado como una higuera sometida. El cabello largo y sedoso, bailando cuesta abajo, se mecía con libertad. Era de color aguamarina así como lo eran sus ojos, y una trenza sujeta con un nudo de ónice le rozaba el mentón. La clámide ajustada sobre su túnica era tan oscura como la noche, con hombreras en punta, y la esclavina estaba forjada en plata así como sus botas y la filigrana que recorría su capa. Mientras más bajaba por las gradas de piedra más lívida se veía su piel.

«Tienes que estar por aquí, preciosa».

No había dejado de buscarla.

Frunció el ceño para ver con nitidez, pero no encontraba rastros del bronce que lo obsesionaba. Se paseó por los parterres donde afloraban azucenas, verbenas y rosas, dejando atrás un panotio acuclillado y de orejas tan largas que rozaban los alfardones.

«Si te encuentro te daré lo que te mereces. Un beso con el regalo que me partió el corazón». El espíritu se le comprimió y el corazón comenzó a latirle más aprisa. El Lord de las Hojas buscaba entre las estatuas con su espada arañando la tierra.

—*El regalo de la doncella* quiere cortar.

Su acero eclipsó sus palabras con un silbido y mutiló dos estatuas de panotios que se encontraban a su paso. Un artabatita a cuatro patas se lo quedó mirando en la eternidad. Ôrrses pasó de largo.

Hizo un giro de muñeca y el acero vibró. La hoja cortó el viento, rozando las manos de un blemia con los brazos en alto y el rostro petrificado en el pecho. Luego, detrás de un arco, el efebo divisó dos estatuas entre las higueras: la imagen de una criatura hermosa con el cabello largo y las orejas en punta. Una de las criaturas que habían nacido para servir y morir sirviendo. Un elfo. Y, a su lado, la figura de una mujer desnuda.

—Te tengo.

El efebo corrió. Una. Dos. Tres. Cuatro zancadas por delante y, al tiempo que blandía el acero, el sudor de sus sienes saltó sobre los alfardones. *El regalo de la doncella* chasqueó, silbó y crujió. Un golpe en zeta cortó los tallos de las rosas y el cuerpo de bronce bruñido. Los pétalos segados revolotearon sobre el metal que caía partido en tres

pedazos, rechinando en el suelo.

«Zeta de zorra —pensó el efebo—. Como toda maldita y puta mujer».

Escupió a los despojos. Alzó el rostro al cielo mientras una ráfaga de viento remecía las plantas de su jardín salvaje. Estaba agitado. Respiraba con dificultad. Se sentía sucio. La luz roja de las estrellas reverberó como otrora brillaban los ojos de su querida esposa.

—Han pasado tantos años y todavía no has perdido el filo —susurró.

El regalo de la doncella había cortado el bronce como si fuesen rosas y su hoja no estaba fragmentada ni tenía rastros de astillas.

«Te seguiré esperando. Da igual cuánto tardes, yo siempre te esperaré. Este jardín que lleva mi sangre... que lleva mi vida, es nuestro. La plaga no lo va a someter tan fácilmente. Te lo prometo».

Agachó la cabeza. Los cabellos cayeron sobre su rostro, pero no impidieron que divisara la ciudadela que se extendía a sus pies: pilastras, peristilos, cornisas y obeliscos en punta. Estatuas de hombres deshaciéndose en lágrimas y siluetas encapuchadas blandiendo una hoz, todas cubiertas de enredaderas y madreselvas, espinas y flores escarlatas, amarillas, azules, violáceas, negras y aguamarinas, de invierno y primavera, y otoño y verano salpicando cada rincón. Un jardín salvaje que gracias a su arte absorbía la plaga poco a poco. Pero sus esfuerzos no serían suficientes.

Una brisa con aroma a cipreses peinó la larga cabellera del efebo, quien, a su vez, observaba en lontananza a un pueblo marcado por el rencor.

«Los veo sufrir y morir. Veo el pasado y el futuro en esos campos mugrientos, allí donde los monstruos siembran desdichas». El tiempo se fundió en aromas florales, y Ôrrses le Càrcuett, con la mirada reflejando haces de luz blasfema, envainó su espada de modo que esa noche, por fin, en la morada de los efebos sopló un viento frío y tranquilo.

El Lord de las Hojas extendió su sombra. La sombra de la Horrible-Naturaleza. Pero continuaba exhausto.

XII BUD

La habitación olía a sudor, sexo y fluidos humanos. Dentro de la torre del Carnero se llevaba a cabo un acto salvaje, de pasiones descontroladas y primitivas. Gemidos de ninfa se oían a lo largo de las campiñas. También se escuchó el rugido de él al derramar su semilla por primera vez sobre los muslos de ella. Bud Cràvic había vuelto a dominar y a someter a la mujer-monstruo.

La tomó por los hombros. Le presionó las escamas y arremetió contra su cuello, olisqueándolo como si fuera un sabueso, humedeciéndolo con cada una de sus lamidas. Lilien gemía en su oído mientras lo sentía dentro de sí. Bud embestía y jadeaba. Mordía, arrancaba un trozo de carne. La sangre le salpicaba el rostro y chorreaba por sus mandíbulas mientras él seguía embistiendo y embistiendo con fuerza, observando las nubes de aliento que se formaban en la oscuridad. Lo invadió una comezón ascendente en el borde del glande, que creció y creció con cada uno de sus embistes hasta que sus músculos se tensaron.

Nuevamente había sentido la erupción del volcán.

El Carnero se corrió dentro como cada noche que se acostaba con su ama, y ahora, por fin, después de varios encuentros, se sentía satisfecho. Poco a poco su corazón se calmaba. Su respiración regresaba a la normalidad. Despacio, muy despacio...

Al ladearse a un costado del catre sintió que la mujer de las escamas le acariciaba el miembro, que había recuperado su flacidez. Ella lo miró a los ojos, ignorando la sangre que le corría cuello abajo.

En su lugar, cualquier otra se hubiese horrorizado, pero Lilien era distinta. Sonreía con el rostro escamado como el de un pez. Él sabía que ninguno de los labriegos la habría mirado dos veces, pero a Bud, por el contrario, le fascinaba. Sus caderas gruesas, su cintura plana y sus senos, redondos y de pezones rosados, despertaban su libido. El duunviro gustaba de tirar de su cabellera al montarla a cuatro patas, y de bucear como un molusco en su templo húmedo, emponzoñándose de olores a sudor salado y a pescado putrefacto.

—Quiero que me muerdas —le exigió la mujer—. Quiero que me muerdas de nuevo y me arranques las escamas con tus dientes. Quiero que bebas mi sangre otra vez. ¿Por qué te has detenido, mi lord?

El duunviro no contestó.

La habitación estaba a oscuras como un sepulcro, y dentro de toda esa oscuridad a Lord Carnero poco le importaba satisfacerla. Si bien el deseo lo enloquecía, no compartía sus parafilias. Ya la había mordido una vez, y una vez era suficiente. Si comenzaba a besarla, seguro perdería el control y no sólo le arrancaría la piel, sino también su lengua de víbora.

«Tal vez no sería mala idea —pensó—. Te extirparé la lengua para que no hables, y así sólo servirás para follarte, monstruosa puta de mierda. Porque eso es para lo único que sirves. Tú y todo tu maldito género. Puta, puta, puta y mil veces puta».

Se levantó de la cama desnudo y caminó con dirección al ventanal como la sombra de un demonio. Las sábanas, que sin darse cuenta había arrastrado con las manos, cayeron sobre la suave alfombra.

—Necesito un poco de vino —dijo mirando de reojo a la mujer.

Pero ella no se movió—. Tráeme vino ahora, puta, y luego échate. Quiero follarte el culo. Será mejor que no te cagues esta vez.

Lilien se levantó y, sin chistar, se fue.

Por fin se había quedado solo.

«Qué alivio. A veces puede ser un dolor de testículos».

Bud Cràvic se encontraba bastante sobrio. Desde que había visitado a los ritualistas había bebido menos que en los primeros días del mes. En el pueblo no era un secreto que toleraba el alcohol; ni que a veces, borracho como una cuba, cabalgaba bajo la lluvia en pos de sus fantasmas y de sus tormentos más ruines. El Carnero era un lobo solitario. Un jinete de cabellos de fuego que amaba la soledad de su alma. Todo se había complicado desde aquellas fatídicas noches en que lo abandonaron sus protegidos.

Desvió la mirada hacia el velador y observó los retratos que había trazado hacía tanto tiempo: Lavondyss Càrragan y su hermana Rose. El primero era un muchacho alto de unos veinte años, con los cabellos castaños y largos. Bud recordaba que el chico era muy hábil con las piedras. Que tenía talento. Las arrojaba al barro e interpretaba los símbolos antes de que la Garra diera pie a los rituales. Sin embargo, su hermana Rose era mucho mejor, en especial en las artes adivinatorias. La cría lo superaba en casi todo y, a diferencia de él, las visiones de la muchacha casi siempre se cumplían.

«Eran jóvenes y hermosos. Es una pena que se hayan marchado. Sobre todo a tan temprana edad».

Se preguntó por qué no habían vaticinado sus funestos finales.

«Tal vez no los habría perdido», se repetía a diario, y pese a sus

nulos conocimientos de las antiguas artes creía que habría podido sacarlos de las campiñas y guiado hasta un lugar lejano, oculto e inalcanzable. Uno donde ni la muerte ni la locura pudiesen viajar jamás.

Pero era un deseo ilusorio. Lástima. Cada vez que lo pensaba terminaba odiándose por llenar su cabeza de fantasías. ¿Por qué Rose había tenido que morir? ¿Por qué Lavondyss había tenido que marcharse? ¿Y por qué ambos lo habían dejado solo en ese mundo queapestaba a cadáver?

Por el momento no tenía respuestas.

Día a día maldecía su suerte recordando los veranos e inviernos de antaño, cuando su nombre era el más respetado de Campohueso.

Los mejores tiempos, decían los campesinos, siempre ocurrían en el pasado. Y el Carnero pensaba que su pueblo tenía toda la razón de los Campos Pelosos.

«En la Época de la Plaga regentas un duunvirato cuando, dada tu herencia de sangre, el gobierno debería ser unitario —se lamentaba—. Mala cosa. Muy mala».

La regencia no marchaba con buen pie. Dividirse el mando era, de por sí, complejo, y, para mayor escarnio, se habían sumado dos males terribles: el primero era la plaga y el segundo, la migración del campesinado.

Bud blasfemó, pensando que antes todo resultaba más sencillo.

—Maldita la época en que me toca vivir. Malditos los refugiados, los labriegos y maldita sea también la Garra —susurró recluido en su sombrío rincón.

Algunos decenios en el pasado, cuando aún mamaba de la teta de

su nodriza, los labriegos de los Campos Pelosos gozaban de una vida diferente. Entonces la religión era una práctica oscura, propia de druidas y ritualistas, y la mayoría de fieles eran hombres de su linaje. La ciudadela del norte, allí donde se alojaban los efebos y donde crecía un jardín salvaje, era vista como un lugar sagrado y los labriegos tenían prohibido acercarse a los parterres. Pero ora, en los tiempos de plaga, ora, en la época del duunvirato, todo era diferente. Los cambios se habían sucedido de manera natural. Progresivamente y a largo plazo. El avance, orquestado por maestros-labriegos —esos de los cabellos de fuego y los ojos como el océano—, había dado un giro inesperado, maquinado desde las sombras. Y lo más terrible era que poco a poco el nuevo sistema de gobierno dejaba al Carnero de lado. Campesinos como Mòrdekhay Milkraev y Càlanit van Riegen, o la peletera Godètt de Bertrànd, parecían confabular a sus espaldas, y su única aliada dentro de esa maraña se encontraba seis pies bajo la tierra. Bud se preguntaba cuánto duraría como líder decorativo y cuándo llegaría la noche en que los labriegos de Mòrdekhay se cansarían de él y le harían una visita en su casona solitaria.

La puerta de la habitación se abrió con un crujido, y el duunviro escuchó el chacoloteo de las bisagras.

Un par de pies desnudos avanzaron en las tinieblas y él los observaba desde un rincón, delante de los ajimeces. Al levantar la cabeza, los ojos de la mujer con la piel descamada brillaron como el topacio, y de no ser por esa enfermedad horrenda Lilien Lalàurie hubiese sido una campesina como cualquier otra.

Pero no lo era.

Era un monstruo.

En eso le lanzó el pellejo de vino al Carnero, que lo atrapó al vuelo.

—Probadlo, mi lord. Dulce, tal como os gusta.

Su semblante le hacía recordar esas historias del pasado, cuando los primeros refugiados se presentaron en Campohueso: una multitud de hombres y mujeres andrajosos, pobres, hambrientos y en compañía de manadas de mugrientos hijos. No había duda de que ella descendía de la misma prosapia.

«Cuando el pueblo no aprende de sus errores, está condenado a repetirlos —pensó el duunviro mientras bebía de su pellejo sin quitar la mirada del rostro escamoso y repleto de granos—. No voy a dejar que eso ocurra otra vez. En los últimos treinta años la inmigración ha hecho más daño del que mi pueblo jamás imaginó. Es por eso que los occidentales deben caer. Deben ser eliminados para siempre».

Recordó que Campohueso ya acogía a decenas de muchachos y algunas familias de occidente. Una bastarda de cabellos negros parecidos a los de su amante había sido la última.

—Échate —le ordenó a la mujer mientras se agarraba el falo con la mano que le quedaba libre. El miembro se mantenía flácido, como el cuerpo de una gorda anguila—. Quiero que me enseñes tu poderoso culo. A ver si me la llega a poner dura otra vez.

—Mejor siéntate tú, mi lord. Relájate y separa un poco las piernas. Esta noche seré yo quien te mime.

Lilien esbozó una sonrisa, y una dentadura con mella saludó al Carnero. Bud pensó, de pronto, que no sería una mala idea dejarla

chupar su pene.

«Bueno... Sabe usar la boca bastante bien», se repitió al caminar hacia la cama, donde se sentó sin dejar de beber. Un reguero rosa corrió por las comisuras de sus labios y manchó la alfombra. El duunviro cerró los ojos mientras bebía y la labriega tomaba su miembro con las manos para introducirse en la boca. En un instante llegó el primer lengüetazo, que humedeció los nervios de su glande. Pero pese a sus treinta y tantos otoños la sensibilidad del labriego era similar a la de un septuagenario.

Espiró como si de verdad disfrutara, aunque el rostro barroso le causaba náuseas. Quizá debía imaginar a alguien más. Con esos cabellos negros podía ser una de las tantas labriegas de los Campos Pelosos. La mujer retiró la boca de su falo y se le quedó mirando mientras deslizaba la mano de abajo a arriba, sosteniéndolo.

—¿Qué pasa, cariño? —preguntó— ¿No te gusta cómo la chupo? Antes de que fuera a por el vino estabas convertido en un semental.

«Y tú estabas a cuatro patas. Estaba viendo tu culo, no tu cara». El Carnero se contuvo. No quería echar a perder la noche.

—He escuchado algunos ruidos por la mañana —susurró cambiando de conversación—. En las campiñas, al sur de la casa, cerca de la cabaña de Mòrdekhay, caminaban unas crías con trinchas y guadañas.

—Sí. Los campesinos se están reuniendo —dijo Lilien—. Las primeras rondas acampan del otro lado de la muralla. No tenemos tantos hombres, pero varias mujeres acuden al labriego a cargo. ¿No quisieras que algunas nos acompañaran, mi lord? Muchas tienen cabellos negros como los míos. Si deseas puedes imaginarlas.

—La guerra y el sexo son dos pasiones que me estimulan —musitó el duunviro y, en ese momento, sintió que su miembro empezaba a erguirse—. Si vamos a traer a alguien, tiene que ser una cría a la que le guste encamarse. No quiero que se asuste ni que llore mientras me la chupa.

—Como ordenéis. Estaba pensando en la aprendiz de Mèrrin Merkàhrek. Abela, una curandera de once años que cabalga como puta de burdel. Además puede manejar la guadaña con eficacia.

Bud había probado niñas. Pero las vaginas muy estrechas no le gustaban. Si la tal Abela compartía cama con él y con la mujer de las escamas, pensaba dejársela a su amante. Él buscaría a otra. La lista era larga. Con cuidado, Lillien aceleró los movimientos de su mano a medida que el pene del duunviro empezaba a endurecerse y a engordar. De arriba a abajo. De abajo a arriba. De arriba a abajo.

—Te gustan las niñas, ¿eh? A mí también.

—Me gustan las mujeres de pelo negro que mantienen la boca cerrada.

Las miradas de ambos se cruzaron por una vez, y durante un breve espacio de tiempo Lillien paró de masturbarlo. Entonces él esbozó una sonrisa.

—Vamos, continúa —dijo—. No quiero que te lo tomes a mal. Me gusta cómo lo haces. Es sólo que, de pronto, no me siento muy a gusto.

Ella permaneció en silencio y, con la otra mano, acarició el espeso vellocino rojo del labriego.

—Podríamos traer a Lola, la cocinera que se acuesta con Brurya. Ese muchacho que se follaba a Godètt.

Era evidente que la campesina tampoco quería echar a perder el momento, pero a Bud no le gustaba Lola. Tenía el cabello encrespado y oscuro como la crin de un caballo y seguro que relinchaba como las mulas.

Lilien se inclinó hacia el miembro del Carnero, y la sangre que humedecía su cuello producto de la mordida corrió como un riachuelo. Entonces él pensó que podría convencer a Càlanit van Riegen, la labriega de la Garra que era descendiente de los sureños. Sin embargo, pronto la descartó.

Bebió de su pellejo y se sintió como si la oscuridad del recinto se lo tragara y ya no perteneciera al campo. ¿Desde cuándo se había interesado en traer a otra para complacer los gustos de su ramera? ¿Y desde cuándo se dejaba manipular? Agachó la cabeza observando el rostro granoso en la penumbra.

—O tal vez no prefieras a alguien más —susurró la mujer poco antes de humedecerle el glande con la lengua.

«Por supuesto que no», pensó el duunvino mientras sentía que su cuerpo se relajaba y que, con las piernas estiradas, su miembro terminaba de erguirse como el mástil de un barco. Por fin había despertado su arma. Su amante la envolvía con la boca, subiendo y bajando hasta humedecer el pubis con los labios.

—Si no fueras tan horrenda... —susurró el labriego con los ojos cerrados. Pero al parecer ella no lo escuchó.

Poco a poco, Bud Crãvic empezó a dejarse llevar por el ardor en su herramienta, por los sonidos húmedos de los labios, por la succión bucal y por su imaginación retorcida. Con los ojos cerrados y el cuerpo

trepidando, recreó el semblante rejuvenecido de una muchacha: un semblante que no tenía escamas ni granos. Un semblante cortado que se le apareció sin ninguna explicación. Un semblante femenino, con los ambarinos ojos de los bastardos. Entonces supo a qué otra mujer quería. «Me había dicho que no la entrenara. ¿Por qué no? Tal vez debería tomarle la palabra».

XIII OFELIA

Estaba sentada en la cama de su habitación, cabizbaja, con la mirada fija en el suelo y los cabellos largos sobre la cara. Había fregado la sala del duunviro, limpiado el polvo de la escribanía, de la biblioteca y de los estantes, sacudido los libros y pasado un trapo sobre la mesa del comedor. Había fregado las ollas, las palanganas, las marmitas y las charolas de hojalata, pulido las cucharas y los cuchillos, y por poco se había cortado. Después de su primera semana trabajando para Lord Carnero, Caracortada se sentía exhausta.

«Por lo menos no me ha tomado como su puta. Quizá es que todavía no se atreve a pedírmelo».

Había tenido suerte. En ocasiones la ayudaba la niña de cabellos negros, una muchachita que conoció en la cabaña de la bruja, la noche en que viajó escoltada por Càlev el Tripas a recoger su medicina. Ahí recibió el cuarto pomo con sustancia de rubicannia, una raíz lechosa que aliviaba la tos, pero seguía escupiendo flema negra, y esta ya empezaba a apestar a vinagre y a estómago.

—Tienes que tomar tu medicina. Tienes que curarte —le dijo la muchachita. Tenía la mano en el muslo y parecía jugar con su herida. Abela Barkàrineyc se levantó los vendajes y presionó la costra, y una sustancia negra con olor a tierra y a carne muerta se derramó en la cama de Ofelia.

—Tiene mal aspecto —le dijo la bastarda.

—Si no extraigo la sustancia, me duele. La otra noche me mordió

un perro en el campo. Los campesinos lo cazaron y lo mataron a hachazos. Luego dijeron que tenía rabia, pero no fui la única a la que mordió.

La bestia había atacado a otras niñas, y la bruja Mèrrin Merkàhrek, la de los cabellos de arbusto, no había podido curarlas. Se lo dijo la muchacha.

«Tampoco me ha podido curar la tos —pensó Ofelia—. Cada noche que pasa me encuentro peor y a veces no me alcanzan las fuerzas para trabajar en la cocina».

Después de todo parecía que Mèrrin no era una buena curandera.

—Estaba pensando que tal vez nos traten los curanderos del santuario —añadió Abela tras desgarrar su costra con las uñas. El líquido terroso fluyó. Sus muslos desprendían un olor a pasto—. Ya sabes. La raza primigenia. ¿No habéis oído de ellos al otro lado del río? Dicen que pueblan el No-Mundo desde antes que nosotros. Dicen que hasta ahora caminan por él, pero no siempre se muestran.

Ofelia asintió.

Durante su tiempo en occidente había escuchado de dicha raza, sobre todo a los soldados cuando jugaban a las tabas en la cocina del castillo. Juraban en nombre de los antiguos, llamándolos efecos o *genius loci*, pero en la lengua primigenia tenían otro nombre. La bastarda sabía que sus ojos eran extraños, coloridos, casi como piedras preciosas o pétalos florales. Nunca había visto a ninguno. Ofelia también tenía ojos raros.

—Cuando lleguen los efecos —le dijo Abela—, cuando vean tu malestar y empiecen a curarte, entonces diles que vengán a por mí. No

vayas a olvidarte.

La muchachita le sonrió. Tenía la tez demacrada como una mujer enferma y por momentos le recordaba a la pastora muerta.

«No te encariñes mucho con ella —pensó Ofelia mirándole los vendajes manchados con la sustancia terrosa—. Eso no es rabia. Quizás el perro padecía otro mal. Mejor que ponga los pies sobre la tierra. Los efebos no vendrán por que no echan ni un pedo por nosotras».

Iba a decírselo. Pero permaneció callada. Romperle sus ilusiones le parecía mera crueldad.

—Claro que sí —susurró—. Cuando vengan les hablaré de ti. Entonces irán a tu cabaña y te pondrás como nueva.

—Te lo agradezco —se despidió la niñita poco antes de marcharse. Le mostró los dientes y, cojeando, abrió la puerta y se retiró—. Nos veremos la próxima semana.

Pasó el tiempo predicho y la cría no volvió. Pasaron más días en los que ni la bruja Mèrrin había oído de ella. A Abela Barkàrineyc se la había tragado la tierra.

«Si no anda enferma, a lo mejor ya ha muerto».

Esa noche Ofelia limpió la casa del Carnero sin su ayuda. Fregó el suelo, bruñó la cubertería, vació el orinal de su señor y más tarde, tras sacudir el polvo de las estanterías, se le presentó la criada de las escamas. Lilien le dijo que tenía visita.

—Ve a tu alcoba —le ordenó—. Espérala.

La bastarda obedeció. Cuando llegó a su aposento dejó la puerta abierta, se sentó sobre la cama y aguardó con la mirada perdida.

«¿Quién podrá ser? Ni Mèrrin ni el Carnero. A lo mejor, Godètt».

Pero luego recordó que no hablaba con la peletera desde su estancia en la cabaña. Sin darse cuenta, palpó las sábanas y sus dedos tropezaron con un cuerpo largo, cortante y liso. Era su cuchillo. «No seas imbécil. En el peor de los casos, si se quiere pasar de listo, usa tus dientes. Muérdelo, pero no olvides pegar unos gritos. Eso siempre funciona».

Sin embargo, cuando el visitante llegó, Caracortada supo que no gritaría, así que permaneció inmóvil sobre la cama, observándolo.

Un efebo, alto y erguido como una flor solitaria, se inclinó para pasar bajo el marco de la puerta. Cubría su cabeza con una capucha y vestía una anguarina blanca bajo un manto que le envolvía los hombros. Sus cabellos rubios, casi dorados, eran largos. El flequillo que bailaba sobre su frente silbaba, mientras que de sus ropas se desprendía un bálsamo a madera, mirra e incienso. La bastarda se embebió de su aroma y quedó hipnotizada al ver un rostro femenino. Pero luego bajó la vista. ¿Femenino o masculino? No estaba segura. «Tiene ojos atigrados y parece que me desprecian».

—He recibido el mensaje de tu tutor —dijo el recién llegado al dejar su canasta sobre la repisa.

—No es mi tutor. Sólo limpio su casa.

La bastarda tamborileó con los dedos en la cama. Tragó saliva y tocó su cuchillo. El efebo la miró y le palpó los dedos. Su piel era áspera.

—Tus ojos son más que hermosos —le dijo al olisquear su entorno—. Aunque hueles a acero, odio y aspereza. ¿O es acaso tu arma?

Sin que ella se diera cuenta sostenía la hoja con la otra mano. Ni siquiera vio cómo se la quitó, pero las sábanas habían danzado. La criatura dio un giro de muñeca y clavó el acero en la pared. Se encorvó como un tallo y acarició el mentón de la muchacha.

—Quiero que confíes en mí —dijo—. Estoy aquí para curarte. Olvídate de la bruja y de sus preparados. No te quitarán esa flema. Además, Mèrrin debe ocuparse de otras.

Ofelia no respondió. Se la tragó el silencio. Observó al curandero triturar unas hierbas de color negro con su mortero y mezclarlas con semillas lilas, rojas y aguamarina que desprendían un aroma seco y rancio. Su habitación se sumergió en un bálsamo hipnótico con una mezcla de olores salvajes: menta y gardenia, lirio, cola de fénix, amarilis y belleza negra, cuerno de diablo y hortensia, palomuerto y agrimonia, clemátide, flor de loto, sanguinaria, veràtrum. Cuando terminó de preparar el filtro lo dejó en una cajita de madera.

—Se necesitan flores frescas —explicó—, así que vendré a diario. Siempre a esta hora, poco antes de que el sol se ponga.

—Haz como te parezca.

Cuando se fue, la bastarda vertió agua caliente de la cocina en una de las jofainas, tomó el filtro con la mezcla de hierba y la dejó caer al interior. El material era suave como la seda y por un instante le pareció un tejido de pelos, mas no sabía de qué estaba hecho. «Probablemente es piel de enredadera o papel de arroz», pensó mientras daba los primeros sorbos, y aunque el sabor era amargo, el olor a frutas y a flores silvestres no sólo le relajó los músculos, sino que también le alivió el corazón. Poco a poco la amargura que le raspaba empezaba a disolverse.

—¿Quién eres? —se preguntó—. Ojalá me hubiese topado con otros como tú durante mi tiempo en el castillo.

Esa tarde no tuvo sueños.

Durmió como una pluma sobre el camastro, cómoda, distendida, lo opuesto a como había dormido en los últimos meses. Pese a que la paja se salía de entre las sábanas y se le metía bajo el camisón, la chica no despertó hasta que cantó el gallo, y durante la tarde siguiente, cuando la visitó el efebo con su canasta de hierbas, se percató de que también traía un macuto colgado en la espalda. Después de vaciarlo sobre la repisa le señaló las ropas perfumadas con clavo, coco y mejorana que le había traído. Pantalones, calcetines, blusas y capas, esarpines y capucha. También cinturones, casaquillas, un par de botas trenzadas con caña, mitones y una vaina para su cuchillo.

—Quítate la ropa y deshazte de ella —le ordenó sin verla. Ofelia se olisqueó, y recordó que cuando erró por los Campos Pelosos la capa y la capucha se las había robado a unos cadáveres—. Si vistes ropa de muerto, la muerte te seguirá. Vamos, date prisa, y ve a darte un baño antes de cambiarte. Cuando regreses ya me habré ido.

Las semanas siguientes siguió visitándola.

La flema poco a poco fue cambiando de negra a gris, pero no parecía disolverse en absoluto. Por el décimo día ambos abrían las ventanas de la alcoba. Los rayos del sol penetraban como espadas y la bastarda oía el aleteo de los gorriones en lugar del de los cuervos. La cantata del petirrojo eclipsaba a los grajeos de la urraca, y el canto del ruiseñor a los graznidos del chotacabras. El efebo le dijo que se llamaba Calèndul, que conocía los nombres de cada flor, árbol, arbusto y planta

que poblaba el No-Mundo, y que durante algún tiempo fue un caballero juramentado del Árbol de Hierro. Sin embargo sus espadas no se manchaban desde que cruzó el mar y fondeó en las Tierras de la Guadaña.

—Nunca oí hablar de continentes tan lejanos —respondía Ofelia al beber el té—. Ni mucho menos de la orden del árbol del que hablas.

Sólo conocía las espadas del ejército imperial —los Peces Sangrientos— y de los paladines que derramaban sangre en nombre la escórpora.

—Los aborrezco —se decía antes de pegar la cabeza en la almohada, pero luego esbozaba una media sonrisa al pensar que la cofradía del efebo andorreaba por algún rincón del No-Mundo, protegiendo al débil de monstruos como los soldados que apostaban en la cocina del castillo, o de los asesinos que intentaron violarla. Le habían dejado un recuerdo en el rostro y tenía que acostumbrarse—. O Calèndul pertenece a los últimos de su estirpe, o no todos los de su especie son como él. Dicen que forman parte de la raza primigenia, que por sus venas corre la sangre de la naturaleza, sangre de hierba, y quizás somos nosotros, los no-longevos, los que no deberíamos vivir. Somos los errores del No-Mundo y ellos están aquí para subsanarlos.

Demasiadas preguntas. Demasiadas respuestas.

Tal vez el efebo se había apartado de una guerra a la que odiaba, una carnicería a la que no deseaba pertenecer. Cada noche que la bastarda pensaba en él se preguntaba por qué nunca se descubría. Jamás le había visto el cuello. Nada más el rostro y los dedos, y siempre usaba mitones como los paladines del castillo. Jamás se había burlado de sus

ojos amarillentos. Según ellos, los bastardos tenían los ojos del color de la orina o casi como el pus. Les llamaban hijos ilegítimos del No-Mundo. Los nunca reconocidos. Los no amados. Y decían que era una especie a la que repudiaban todos.

«Silencio».

Los recuerdos sombríos se rompieron en la mañana con la salida del sol.

Ofelia despertó. Todo era borroso. Bostezó. Se recogió el cabello en una cola de caballo y se puso sus ropajes perfumados, aunque las fragancias habían muerto y sólo prevalecía el olor a cuero. Su nuevo atuendo ceñido al cuerpo era más cómodo que los ropajes antiguos. Calèndul la miraba machacando semillas con su mortero.

—Buenos días —dijo—. Espero que estés comiendo porque tu palidez es alarmante. Las medicinas no te aliviarán si tu cuerpo está mal nutrido. No me gustaría haber cortado estas flores en vano.

—Buenas. No sé. Me alimento como puedo.

—Pues debes comer mejor. Hablaré con el Carnero. Mañana regresaré y daremos un paseo antes de que se ponga el sol. Espérame temprano.

Cada vez que salían juntos le parecía que visitaban los mismos lugares. La hierba del campo era siempre gris y bajo la alborada conservaba sus colores. Campohueso era distinto a los pueblos del oeste. Un poblado con labriegos violentos y de semblantes ásperos. La mayoría despedía olores a grano, a tierra y a pasto. Cuando la muchacha miraba las lomas aspiraba el aire y se preguntaba qué era peor, el hedor de los campesinos o el de sus parientes en la lejana Càdeburg. No lo

sabía. Tiempo ha, al andar por bosques aledaños al castillo, sus primos cazaban con perros en compañía de sus escudos juramentados. Marchaban a caballo, lanza en ristre, y durante el banquete devoraban la carne con las manos. El ambiente hedía. Los soldados decían que a los Riese les gustaba matar.

«Los cuatro detestaban la carne cocida —recordaba ella— y preferían comerla casi cruda, condimentada y con manchas de sangre. Decían que así la caza sabía mejor».

Hacía semanas que no pensaba en los muchachos y menos aún en la emperatriz ni en el terrible emperador, pero esa tarde, mientras caminaba junto a Calèndul, no pudo evitar evocarlos. «Gàldas, Gàude, Cintia y también Valèrian, el príncipe de la Guadaña». ¿Cuándo la dejarían en paz sus recuerdos y cuándo sería una muchacha feliz, tal como siempre había deseado? Nunca. Nunca. Nunca.

—Respira el aire. Siéntete libre. Siente el susurro del campo —le susurró Calèndul, quien era una sombra a su costado, de pie sobre las brozas.

Caminaba envuelto en su anguarina, como de costumbre, pero la capucha no cubría sus cabellos rubicundos. Ofelia casi le llegaba al hombro.

—Lord Carnero tiene planes para ti —continuó—. Si no le sirves, te echará. Sé inteligente y sácale el jugo a lo que tienes. Exprime la fruta y deshazte del hueso cuando nada quede. Es el único modo. Los ojos son la ventana del alma. Si los otros te ven débil, abusarán.

—Al diablo con él —replicó Ofelia— No soy débil y nunca lo he sido. El bosque era un infierno, más terrible que el castillo, y me

encuentro de una pieza en este maldito sitio. El Carnero recuperó a su pupila, así que en lo que a mí respecta, los dos estamos a mano.

—No seas testaruda —dijo el curandero—. No estás en posición de negociar. Es mejor si controlas tus impulsos.

Ella se colocó la capucha, guardándose de los sables dorados que eran los rayos del sol.

—Para ti es fácil decirlo, Calèndul. Eres emisario de la antigua raza, curandero, herborista, caballero de la orden de ese supuesto árbol y no sé qué más. Pero ¿qué soy yo? Una bastarda del No-Mundo, una pobre diabla y un error de la creación que, tarde o temprano, tendrá que inclinarse ante los caprichos del Lord.

—Piénsalo, cría. Es lo que te conviene.

—No lo es. ¿Tienes idea de lo que vivimos los bastardos? No, claro que no. A veces queremos escapar. Dejar todo y marcharnos al otro lado, o cavar un hoyo y enterrar el pasado. Estamos rotos y, al final, siempre, pero siempre, acabamos odiando. El mal fario nos acecha.

No hubo respuesta.

Ofelia alzó el rostro. Miró unas lomas hacia el sur y se topó con la cabaña de la bruja de barro. Más allá divisó los establos, unas construcciones semiderruidas cercanas a los apriscos y a los corrales, y a las granjas de peletería. Mujeres de rostro velado desfilaban a lontananza, antorchas en alto.

—Todos nos detestan —susurró tras arrugar los labios—. Esas de allí, por ejemplo, me la tienen jurada. Hace poco las vi hacer justicia con sus manos. Me llamaron por mi mote junto a otros refugiados, amenazándonos. ¿Sabes qué querían?

—¿Aparte de amenazaros? Supongo que eliminarlos.

—Querían sacarnos de este lugar.

Calèndul se encogió de hombros.

—Era de esperar —dijo—. Es la Sombra del Campo. Esas xenófobas respiran odio, pero no como tú, bastarda. —Tomó aire. Señaló con un dedo unos jardines interminables que penetraban en una ciudadela con pilastras derruidas—. Mira con atención. ¿Distingues esos parterres? Ahí ha muerto mucha gente por las razones de siempre. Revanchas, ideales descabellados. Desvían sus caminos impulsados por fuerzas que no comprenden.

—¿Qué quieres decir? La gente muere todo el tiempo de donde vengo. ¿Hay novedad en eso? Últimamente todo el mundo se encuentra roto y el Carnero no es harina de otro costal. No me sorprendería que si existiesen los dioses nos estuvieran odiando.

—No vas desencaminada —dijo el efebo—. El odio es parte del no-longevo, así como del No-Mundo. Si no fuera por él nadie hubiese sembrado esos hermosos jardines. El brujo que lo hizo, primero odió.

Ofelia frunció el ceño. Se distrajo con las flores tornasoladas que alfombraban el adoquinado. ¿Cómo pudieron nacer de un sentimiento malsano? Al fondo, en dirección a las rejas, había más. Parecía un bosque arcoíris.

—Lo que me dices no tiene sentido. Nada brota de la pasión así porque sí. Además, la magia...

Calèndul la miraba arqueando una ceja rubia.

—Magia... —susurró—. Vosotros a lo inexplicable lo llamáis magia. Qué aburridos. No tenéis ni idea de magia. La verdadera no es

la que brota del bosque ni de los calderos de las brujas, sino la que surge del corazón. Me lo dijo un amigo hace tiempo. Lo llamaban el Brujo de la Hojarasca, aunque ahora se le conoce de otra forma. Y a propósito de tu rebeldía y de tu mal carácter, quizá te sirva saber su historia, pues seguro que te dará una idea para encontrar el balance que buscas.

—Cuéntala. Nada cambiará en mí, y no sé de qué balance hablas. Saber quién era ese brujo y qué le sucedió no marcará ninguna pauta.

—Puedes ser tan obstinada como quieras. Conmigo sólo vas a aprender. —El efebo sonrió mientras danzaban las hojas. El viento no soplaba—. Hace mucho tiempo, cuando los Riese ni siquiera poblaban la Guadaña —dijo—, cuando ni siquiera se erigían los reinos del norte y la edad de la no-longevia apenas comenzaba, uno de mi raza fue engañado por su esposa. Ella nunca lo amó. El odio, como sucede en estos casos, surgió en él como una llama, mientras que el tiempo sepultó fríamente a la muchacha. Pasados los años, cuando sus heridas estaban curadas, cultivó su arte y sembró el jardín para su esposa segunda. Fue un regalo de bodas. Hay quienes dicen que fue por amor. Pero el amor es muchas veces sólo odio transmutado. No lo dudes. Si no hubiese odiado a su primera cónyuge, jamás habría plantado esos vergeles para la otra. Lamentablemente los sentimientos también son ingratos y ella lo abandonó. Lo dejó solo. Destrozado. Él todavía la busca. ¿Quién sabe si la encontrará? Las higueras me dicen que cuando muera su amor, también morirán sus parterres.

Una corriente de viento sopló de la nada arrastrando pétalos de cerezos que besaron los cabellos de Caracortada.

—¿Eso es todo? —preguntó.

—Por ahora —dijo Calèndul—. Su historia todavía se está escribiendo. Lo que intento decir con esto, mocosa, es que el trabajo que se tomó para sembrar las huertas no hubiese sido posible sin canalizar sus emociones. Su odio, en este caso. Las flores tienen diversos colores porque estamos en un jardín mágico. Son de todas las estaciones y de cada rincón del No-Mundo. Incluso para la naturaleza, conseguir algo como esto es imposible. Pues todo es una obra de arte. —El efebo hizo una pausa—. Presta atención. Si usas el odio como fuerza motora, no te consumirás. Es difícil hacerlo, aunque el esfuerzo vale la pena. Recuerda que a lo largo de la historia el odio ha compuesto melodías y siniestras cantatas. Ha esculpido bronce. Pintado lienzos. Es una musa oscura que poco a poco carcome el corazón, pero cuando se doma crea maravillas que no crearía ni el más retorcido de los amores. El odio, por último, destruye, pero no mata, mientras que muchos, a lo largo de la historia, han dado su vida por amor y, al final, nunca consiguieron nada.

—Sabias palabras. —Ofelia tragó saliva. Parecía impresionada—. ¿Quién te las enseñó?

—El Brujo de la Hojarasca.

—Ah...

A veces Calèndul le daba miedo. El sol que se escondía pareció detenerse y sus rayos la obligaron a bajar el rostro. Sintió una punzada en el corazón.

—¿Qué pasa? —preguntó el efebo—. ¿Te encuentras bien? De pronto ya ni siquiera respondes ni me miras.

—No es nada. Todo en orden —respondió la bastarda.

—Bien. Entonces piensa en lo que te dije. No espero que comprendas todo ahora pero trabajaremos en ello. Tú guías la vela del barco de tu vida.

La chica asintió, sintiendo el cuerpo como plomo.

En ese momento se oyeron gorjeos. Pájaros cantores aleteaban bajo el cielo, que era una bóveda gris bañada de luz radiante. Alondras planeaban junto a gorriones, canarios, zorzales y sacristanes. Petirrojos trinando. Pechiazules. Piquituertos. Un alcaudón de pecho pardo se posó en el hombro de Calèndul mientras un anillo de golondrinas, vizcacheras, picofinos, mirlos y reyezuelos, currucas, silvias, jilgueros, cardenales, lavanderas blancas entre otras avecillas cantoras se arremolinaban planeando, aleteando, entonando serenatas, deslizándose bajo poniente en una orgía de plumas y gorgoritos.

Calèndul iid d' Tar Gèbranth extendió el brazo para que el alcaudón, con estoicismo, caminara hasta sus dedos, y cuando este casi llegaba dio un salto hacia el hombro de la bastarda. Luego entonó una romanza dulce en su oído que se elevó como una ofrenda hasta mezclarse con las demás voces.

Finalmente se puso el sol.

—Ha sido una tarde extraña y fría —susurró Ofelia esa misma noche, cuando se encontraba en su alcoba cubierta por las frazadas. Había bebido té y acababa de soplar la última vela. Recordó que el ocaso se había detenido y por un momento había pensado que sólo el efebo, ella y los pajaritos se encontraban en el campo.

«Nos miraban las nubes, el cielo, los rayos crepusculares. No era natural. Parecía una invocación, un reto o una ofrenda».

La bastarda tembló. Cerró los ojos. Nunca iba a saberlo. Y soñó.
Estaba en un banquete en el viejo castillo.

Las sombras, sentadas en torno a una mesa oblonga, comían pájaros crudos, les arrancaban las cabezas de un bocado y escupían plumas. Luego se embriagan de sangre mientras hacían chocar las copas, y bebían, y eructaban, y comían antes de esbozar sonrisas melladas, manchadas de rojo. Desde la servidumbre, compuesta por coperas tuertas y con joroba, hasta los soldados y la emperatriz, y sobre todo, sus cuatro terribles vástagos, los príncipes de las escamas, se volvieron hacia la muchacha. Los mozalbetes le ofrecieron comida: un alcaudón con la cabeza quebrada.

—Cómelo. Perdió la vida por no detenerse —le dijo el más pequeño y el único que era un chico gordo.

Pero los que se sentaban a su lado, los dos apuestos, se inclinaron sobre la mesa eclipsándolo con sus coronas de escamas. El primero era el aprendiz de lancero, un muchacho de mirada fría y punzante; el segundo tenía los ojos de fuego, los cabellos negros como ala de cuervo y una mujer sin rostro le guardaba la espalda.

—Es un banquete plagado de sombras —dijo el aprendiz—. Míralos. Peces que se ahogan en un estanque. Escamas secas. Un pez que cambió sus colores pero que ha vuelto vestido de negro saluda a su pueblo desde la torre del homenaje.

Bebió un sorbo de vino y palideció, como si olfateara su final. El príncipe de los ojos de fuego se rascó la barbilla, observando a la bastarda.

—No le hagas caso. Está borracho —le dijo—. Ni siquiera puede

beber. La sangre es un combustible que enciende pasiones. Sobre todo la suya.

»Los hombres. Las bestias. El bosque. —Una sonrisa—. La sangre, querida prima, al final, llama. Desangrar a alguien también es una pasión. Verlo morir, desesperarse, sobre todo cuando es inocente, no tiene precio.

La bastarda lo escuchó, pero sus ojos se desviaron al último de los príncipes: aquel con el rostro deformado de nacimiento.

—Bienvenida a casa —le dijo desde las sombras, antes de extenderle la mano.

Fue entonces cuando la muchacha despertó.

Ofelia sintió que el corazón le latía acelerado mientras que su frente se encontraba empapada. Se pasó la manga del camión sobre el rostro para secarse.

«¿Qué ha sido esto? ¿Acaso una premonición? ¿O un sueño común y corriente? No... el castillo no. Yo no quiero volver. Cadeburg es un nido de monstruos». Príncipes y consortes que les arrancaban la cabeza a los pajaritos.

Observó tras la malla de alambre que protegía las ventanas. La luna herrumbrosa se alzaba en el cielo umbrío y sempiterno, donde el viento agonizaba. Unas horas antes, cuando se había congelado el sol, ella había paseado por el campo acompañada del efebo Calèndul.

«Lo que él dijo no es verdad —pensó, recordando los rostros de sus primos. El gordo, el lancero, el de ojos de fuego y el monstruo—. La vida no es lo que queremos, sino lo que el No-Mundo nos impone. A mí me impusieron a una familia que odio, y cuando escapé el destino

me trajo a un pueblo donde no soy bienvenida. Los odio. Los odio a todos».

Sus pensamientos se convirtieron en palabras.

—Odio al emperador. Odio a la emperatriz y a sus malditos monstruos. Gàldas, Gàude, Cintia... y sobre todo a ti, Valèrian Riese.

«Príncipe de la Guadaña».

Con el llanto contenido, buscó el cuchillo que guardaba bajo sus sábanas. Pero había olvidado que se hallaba en la pared, hundido hasta la mitad de la hoja.

Esa noche no lo encontró. Su aposento estaba demasiado oscuro, plagado de sombras. Así que sólo cerró los ojos, aunque al inicio no consiguió dormir por recordar a su familia comiéndose a los pajaritos. Más tarde, cuando soñó, se vio a sí misma arrodillada en el campo. Eran las mismas planicies por donde había paseado con Calèndul. La hojarasca, las plumas desgarradas y la sangre de los pájaros formaban una alfombra larga e interminable. El cielo se ahogaba en llanto y el viento languidecía. Las nubes no lloraban chubasco ni sangre, sino cadáveres, alas, plumas y huesos de millones de aves.

XIV ZDRVAK

Un rostro pálido se reflejaba en las aguas del Causcaba. Era el rostro alargado y maltratado de un guerrero venido a menos. Una de esas criaturas que servían porque habían nacido para servir y a las que los efesos llamaban *žaeian widžid*. Empero, en los anales de la historia de las Tierras de la Guadaña, los *žaeian widžid* eran citados con nombres menos antiguos y más ortodoxos. Los escribanos los describían como criaturas primigenias, feéricas y moradoras del bosque; espíritus encarnados cuyo nombre carecía de traducción fiel. Sin embargo, en la lengua primigenia del No-Mundo eran conocidos peyorativamente por la palabra «elfo».

Zdrvak na Djiezka, el elfo, contemplaba su rostro enjuagándose la cara con las turbias aguas del Causcaba, y en ese momento pensó que no le importaba morir. La criatura estaba condenada. La plaga, rauda y cobarde como mordida de sierpe, había envenenado su cuerpo. De hecho, cuando él se acercaba a tierra firme a bordo de *El Nenúfar de los Marjales* había sentido a la peste venir, y el Aliento-que-lo-carcome-todo había soplado del lado opuesto del océano olfateando no sólo su miedo, sino también el del resto de tripulantes. Luego, tras la arremetida de la primera borrasca se había burlado de sus terribles y amargos destinos.

En aquel entonces él no estaba muy seguro, pero ese fue su primer encuentro con la peste.

—El *oddèchnin no zczèniën* —repitió el nombre del antiguo mal,

todavía siguiendo el cauce del río; y, en ese instante, alumbrado por las estrellas, sintió el precio de su condena.

Zdrvak enterraba las botas entre las rocas humedecidas por la espuma, pasando revista a su accidentada empresa. La partida rumbo Càrdan. La partida hacia Puertoblanco en compañía de los cardienses. Y un tercer viaje en dirección al sur, que había sido el último. La plaga lo había mordido y los primeros síntomas aparecieron después de que sus espadas se quebraran. Recordó que en la ribera del río sus hojas élficas cedieron, chillaron y crujieron tras chocar con las cegadoras de un asesino cubierto por un manto de sombras. Sin embargo, una corazonada le decía que la había contraído desde mucho antes.

«La verdad es que no estoy seguro. Fue durante el combate contra ese bastardo o cuando mi barco fondeó en las Costas de la Reina Decapitada. Fue entonces cuando toda esta mierda comenzó —pensó con la vista clavada en las aguas sucias del río—. Nunca debí haber viajado. Pero ya es demasiado tarde para arrepentirse. Además le prometí a un amigo que rescataría a su esposa, y también... y también se lo prometí a ella».

Levantó la mirada observando el rojizo horizonte. El céfiro en el follaje de unos robles primigenios comenzó a hormiguarle la piel. Un aire similar al viento que astilló la quilla, las escalas y las velas de su navío. Con el semblante ensombrecido por la vergüenza, recordó el cadáver desnudo de la mujer amarrada en el mascarón de proa. Se suponía que era un sacrificio para la muerte. Pero en las Tierras de la Plaga la muerte estaba cansada de tantos sacrificios.

De pronto escupió un buche de saliva en la orilla del río. El viento

bufó. Y una melena oscura y rebelde hondeó como una bandera funeraria. Los ojos sombríos y profundos de Zdrvak parecían de plomo, y sus orejas, otrora puntiagudas, estaban mutiladas hasta la altura del caracol. ¿Pero cómo se las habían cortado?

Frunció el ceño y no quiso recordarlo. Cada vez que el viento soplaba, un aliento cálido le calentaba las cicatrices, y no sabía si era cierto o si se lo estaba imaginando todo. Esa noche, junto al río, enterró sus remordimientos en un profundo sepulcro, y lo único que le carcomía el corazón era haber perdido contra ese asesino envuelto en una ancha capa de espectros y sombras.

«Te partió las espadas y te arrojó por las cataratas de un puntapié —se recordó. Pero también le había dejado una marca. Un pequeño obsequio—. Y ahora mírate: tienes cuatro dedos menos en una mano y, para más escarnio, no solamente has perdido las puntas de las orejas.

»Ay. Si sales vivo de esta, con mucha mayor razón los *žaeian* te van a llamar Zdrvak el Mutilado. Entonces podrás bajarte el pantalón, los calzones y les mostrarás que todavía estás entero, que lo que realmente interesa sigue funcionando».

Pero el elfo, con una sonrisa torcida, imaginó que tal vez ni siquiera podría burlarse de sí mismo ni mostrarles su miembro. La plaga lo mataría, y si por alguna gracia divina se salvaba de su mordisco, seguramente su entrepierna terminaría podrida o no quedaría nada que mostrar. Peor aún. Si la perdía, tendría que mear sentado como las nínfiles, las elfinas y las labriegas.

—Maldito asesino de mierda. Si no hubiese sido por ti no me encontraría en este puto estado.

Zdrvak blasfemó. Su alarido se estrelló en el firmamento y en el horizonte una fisura desgarró el cielo, provocando una lluvia de chaparrón y un resplandor plateado similar al de la noche del duelo. Le fue inevitable pensar en la ribera del río y en la sombra encapuchada de su oponente, a la que nunca vio venir. Sólo sintió que el viento había silbado y que luego unas hojas de acero danzaban como si fuesen las plumas de un urogallo. Cada noche que podía recapitulaba cómo habían acabado con él, y ahora parecía estar convencido de que un corte transversal, invisible casi, fue el que le dejó el pulgar solitario.

«¿Pero quién demonios eras? ¿Quién se escondía tras esos ojos amarillentos y ese manto de sombras? Brujería... Te voy a perseguir, maldito hijoputa. Te voy a cortar las manos y voy a hacer que te las comas».

Pateó una roca enfurecido por la impotencia. Hizo a un lado sus recuerdos y, desolado junto a la ribera, comenzó a quitarse la cota de anillas muy despacio. Sin el menor esfuerzo la arrojó indiferente sobre las rocas y escuchó el sonido del metal en las piedras. Luego se despojó de las grebas y de unos quijotes tan corroídos como sus avambrazos, codales y hombreras, las cuales se agrietaron al chasquear sobre la grama muerta. Listo. No quedaba nada de metal, así que se desabotonó la camisa y se pasó la mano por el vientre. Era un vientre ceroso que se deshacía.

—Vas a morir pronto. Pero por lo menos resistirás lo suficiente para encontrarla —susurró recordando el rostro lívido de una mujer de cabellos negros que parecían seda.

La fémina tenía los ojos rojos y un tatuaje en el cuello. El tatuaje

de una orquídea... Luego, con el ceño fruncido, se repitió que su misión era devolverla a Ôrrses, su esposo, mas no retenerla para él, y con el corazón en la garganta, se lamentó en el más profundo silencio.

—Recuerda que nunca ha sido tuya y que no lo será nunca. Tú le prometiste a tu amo... a tu amigo... que la llevarías al norte, a esa ciudadela en la cual sembró ese jardín eterno de flores hace ya tantos lustros. Así que tienes que cumplir lo que has dicho tal como él cumplió todo lo que te prometió.

Estiró los brazos al bostezar, y sintió que le crujían todos los huesos. Se agachó despacio, tomó una piedra de la ribera y la arrojó con fuerza hacia el río. El canto dio tres brincos y, cuando se hundió, el Causcaba le respondió con una erupción de agua pestilente y turbia. El elfo pensó de nuevo en el rostro pálido de ella, y después en el rostro severo de él. Finalmente recordó a la sombra del guerrero que le había destruido la mano. Un guerrero de cabellos largos y cuyo rostro siempre se mantuvo oculto.

—Nunca vas a poder encontrarlo.

Tenía que ser realista, pues sólo había visto sus ojos y sus armas, unas cegadoras filudas de metal negro.

Zdrvak dio un respiro. Y entonces percibió esa corriente de aire mortuorio. El Aliento-que-lo-carcome-todo. El *oddèchnin no zczènien*. Comprobó que, a pesar de ser parte de una raza de sirvientes, su sangre era fuerte tal como decían. Porque era uno de los pocos seres en el No-Mundo que podía resistir a la peste.

Se mantuvo en silencio contemplando el reflejo de su rostro en la orilla del río. Un rostro alargado, maltratado y mutilado. Un rostro

triste.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

APÉNDICES

PERSONAJES

Oscuro: asesino inmortal, suicida, llamado también el Carnicero de Cárđan. Tiene la piel endrina y los ojos amarillos del color de la pus. Su melena es tupida como ala de grajo. Usa cota de malla negra y está rodeado de plaga.

Ofelia Caracortada: muchacha que escapó del castillo con dirección al este y cruzó el río Causcaba en una balsa. Tiene una cicatriz en el rostro y los ojos como los del Carnicero de Cárđan. Adolece de tos negra. También la llaman la Bastarda de Clément.

Godètt de Bertrand: peletera de Campohueso. Mantiene amoríos con las labriegas Rose Càrragan y Pandora van Riegen. Tiene la cintura gruesa, el cabello rojo, largo, y los ojos garzos azulados como los labriegos de la Casa Antigua. Es llamada Osa, y también Goudi, aunque sólo por el labriego Brurya Sàbrun.

Valèrian Riese: hijo mayor de los emperadores, Valcàrian y Èvenon Riese. Tuvo un gemelo que nació estrangulado con el cordón umbilical. Es el heredero al trono de Càdeburg. El mayor de los Príncipes de las Escamas. Busca a su prima desaparecida.

Rembràndt le Còurdier: uno de los mariscales de Càdeburg y espada roja de primer rango. Llamado también Un Ojo le Còurdier.

Tiene un hermano llamado Tèrrance. Es extremadamente flaco, casi como un esqueleto. Pelea contra los antropófagos en el Bosque de los Ahorcados.

Bud Crâvic: campesino alto, fornido, con mirada de borracho. Lord de la Antigua Casa. Uno de los duunviros de Campohueso y representante de la Casa del Campo. También lo llaman el Lord Carnero.

Ôrrses le Càrcuett: efebo juramentado de los primeros Bosques. Rasgos andróginos como los seres feéricos. Su cabello largo es de color aguamarina, así como sus ojos. Siente el respirar de la naturaleza y es dueño de *El regalo de la doncella*, una espada que parece un espejo, capaz de cortar diamantes. Llamado también el Lord de las Hojas.

Zdrvak na Djiezka: elfo que ha naufragado en las Costas de la Reina Decapitada y que, casi sin esperanzas, recorre el sur de las Tierras de la Guadaña. De melena y ojos oscuros, deambula por el No-Mundo buscando a una reina. También llamado Zdrvak el Mutilado.

CASAS

CASA DE LA ESCÓRPORA



IMPERIO DE LA GUADAÑA

. **Familia Riese:** compuesta por los emperadores y los Príncipes de las Escamas.

. **Valèrian Riese:** hijo mayor de Valcàrian y Èvenon Riese. Tuvo un gemelo que nació estrangulado con el cordón umbilical. Es el heredero al trono de Càdeburg. El mayor de los Príncipes de las Escamas.

. **Valcàrian Riese:** emperador de Càdeburg.

. **Èvenon Riese:** emperatriz de Càdeburg.

. **Gàude Riese:** segundo Príncipe de las Escamas. Le gusta jugar con fuego.

. **Cìntia Riese:** tercer Príncipe de las Escamas. Le gusta pelear con lanza.

. **Gàldas Riese:** cuarto Príncipe de las Escamas. Es gordo y le gusta soltar eructos.

Soldados de la Escórpura: cuerpo militar de Càdeburg.

. **Peces Sangrientos:** ejército principal de Càdeburg.

. **Rembràndt le Courdier:** uno de los mariscales de los Peces Sangrientos. Llamado también Un Ojo le Courdier. Tiene un hermano llamado Tèrrance.

. **Pàrvic el Escamas:** pez sangriento bajo las órdenes de Rembràndt.

. **Tòmmarth de Càsmiion:** escudo juramentado de Cìntia Riese. Maestro lancero.

. **Estefon de Qilbert:** capitán de la Guardia de Càdeburg.

. **Familia della Carriètt:** compuesta por el conde, la condesa, el condeia y la bastarda.

. **Clément della Carriètt:** conde de Pradera Azul y padre de la bastarda Ofelia Caracortada.

. **Èsmeth della Carriètt:** condesa de Pradera Azul.

. **Gàutier della Carriètt:** único hijo del conde, que recibe título del condeia. Medio hermano de Ofelia.

. **Ofelia Caracortada:** muchacha pálida que escapó del castillo con dirección al este y cruzó el río Causcaba en una balsa.

CASAS DE LA TIERRA Y EL CAMPO



ABRIEGOS DE CAMPOHUESO

LEYENDA: de todas las casas de la tierra y el campo sólo dos se mencionan en este libro. La casa Cråvic y la casa Brûnn, que tienen como blasón al cráneo de carnero y a la espiga de trigo oscuro respectivamente. Dentro de las sendas de la brujería a la casa del campo se les atribuye el pacto con Cåhill de la Cosecha, mientras que a la de la tierra, el pacto con Milan del Barro. Los gobernantes tienen el título de duunviro, y ambos se reparten el poder político de manera equitativa.

. **Casa Cråvic:** llamada también la Casa Antigua.

. **Bud Cråvic:** lord de la Casa Antigua. Duunviro de Campohueso y representante de la Casa del Campo. También lo llaman el Lord

Carnero.

. **Pupilos:** campesinos a cargo.

. **Rose Càrragan:** labriega y pupila de Bud que fue encontrada por Ofelia en una ciudad quemada.

. **Lavòndyss Càrragan:** antiguo pupilo de Bud. Hermano de Rose. Se encuentra desaparecido, presumiblemente muerto.

. **Garra del sacrificio:** círculo de ritualistas que ofrecen vidas de personas al Bosque de Sacrificios. Sirven a las casas de la Tierra y el Campo.

. **Rose Càrragan:** labriega y pupila de Bud Cràvic que fue encontrada por Ofelia en una ciudad quemada. Cuchilla central de la Garra.

. **Godètt de Bertrànd:** peletera de Campohueso que mantiene una relación amorosa con las labriegas Rose Càrragan y Pandora van Riegen. Cuchilla del extremo derecho.

. **Pandora van Riegen:** labriega de Campohueso que mantiene un amorío con Rose Càrragan y Godètt de Bertrànd. Segunda cuchilla de la Garra.

. **Càlanit van Riegen:** labriega de Campohueso. Madre de Pandora. También le dicen Càlanit la Pálida. Tercera cuchilla.

. **Mòrdekhay Milkraev:** conocido como el Labriego de la Mazorca. Campesino de Campohueso. Uno de los hombres más fieles a Bud. Cuchilla del extremo izquierdo de la Garra.

. **Casa Brûnn:** llamada también la Casa Corvisanguínea.

. **Càstor Brûnn:** duunviro de Campohueso y lord de las Espigas. Representante de la Casa de la Tierra. Otros lo conocen como el Viejo Cuervo. Desaparecido.

. **Brujas de barro**

. **Mèrrin Merkàhrek:** bruja de barro que vive en una cabaña de palomuerto en una estepa abandonada de los Campos Pelosos. Tiene el oficio de curandera.

. **La Sombra del Campo:** grupo de campesinos con rostro embozado que está en contra de la inmigración de los occidentales.

. **Milcuchillos:** banderiza velada que encabeza a La Sombra del Campo.

OTROS LABRIEGOS DE LA TIERRA Y EL CAMPO

LEYENDA: la siguiente lista está compuesta por labriegos de la Casa del Campo. Sin embargo, hay algunos que en algún momento formaron parte de las Casas de la Tierra, las cuales no aparecen ni se mencionan en esta parte de la saga. Se les ha marcado con letras entre paréntesis al final de cada descripción, de modo que el lector pueda orientarse. La letra (c.) significa que el labriego pertenece a una casa del campo. La letra (t.) significa que pertenece a una casa de la tierra. Mientras las letras (a. t.) significan que antiguamente servían a las casas de la tierra pero que al inicio de esta historia han cambiado de bando.

. **Maracaèla Milkraev:** hermana desaparecida de Mòrdekhay. Llamada también Marcaèla Tres Palmos (c.).

. **Nàjum el Cortado:** labriego bajo las órdenes de Mòrdekhay (c.).

. **Càlev el Tripas:** labriego bajo las órdenes de Mòrdekhay (c.).

. **Bùllegath Hexx:** cabrero bajo las órdenes de Mòrdekhay (c.).

. **Lilien Lalaurie:** criada de Bud. También llamada la mujer-monstruo y Lilien la Descamada (a. t.).

. **Noelia Faris:** labriega con el labio roto (a. t.).

. **Brurya Sàbrun:** peletero que mantuvo amoríos con Godètt de Bertrànd, a quien ha dejado por la cocinera Lola Kràmnhakken (c.).

. **Liora Lambràdor:** peletero de Campohueso (c.).

. **Lola Kràmnhakken:** cocinera de Campohueso (a. t.).

. **Abela Barkàrineyc:** labriega que sufrió la mordedura de un perro (a. t.).

LISTA DE INMIGRANTES

Los inmigrantes acosados por la Sombra del Campo. Que quede claro que no todos vienen de occidente.

- D'vir Guibor
- Màgal Òron
- Tristen Far'n
- Lìor Màor
- Pàrnas Màor
- Tèmel Màor
- Rèjmiel Màor
- Còranit Lilaj
- Kvuda Màganit
- Riva Sigàlit
- Vàrda Tàal

- Ufara Simja
- Sima la Rubia
- Zuriela Tzavar
- Ràjam el Tuerto
- Òr Rònen
- Ritzia Hatzlàja
- Kelila Iti
- Batshemesh la Blanca
- Ofelia Caracortada

ÒRDENES FEÈRICAS



ORDEN DEL ÁRBOL DE HIERRO

Caballeros feéricos: caballeros de razas feéricas que pelean bajo el emblema del Árbol de Hierro.

Ôrrses le Càrcuett: efebo juramentado de los primeros Bosques. Llamado también el Lord de las Hojas.

Zdrvak na Djiezka: elfo que naufragó en las Costas de la Reina Decapitada y que recorre el sur de las Tierras de la Plaga. También llamado Zdrvak el Mutilado.

Calèndul iid d' Tar Gèbranth: efebo y caballero juramentado del Árbol de Hierro. Amigo de Ôrrses. Llamado la Flor Solitaria.

Hiedrapunzante: tigresa de raza guerrera que le sirve de montura a Calèndul.

Myrleia zchiaq'n mael Cunna: nífile. Segunda esposa de Ôrrses. Llamada también la Estoica.

Ròsmos lou Vannun' glaur Vaàlec: efebo que escribió parte del libro *De la verdadera historia del oddèchnin no zczènién y del origen y el fin de los Efebos de la Guadaña*.

Varyss la Courn'in næ Rèsniaat: efebo apodado Capadecuervo. Junto con Rosmos escribió el libro *De la verdadera historia del oddèchnin no zczènién y del origen y el fin de los Efebos de la Guadaña*.

PERSONAJES DE ESTANDARTES DESCONOCIDOS

. **Oscuro:** asesino inmortal, suicida y revenante, llamado también el Carnicero de Cárðan.

. **Atrida mounn Ràdiqetch:** segunda al mando en el barco de Ôrses durante su viaje de Cárðan a Puerto Blanco.

. **Luùd Curadel:** traficante que promete barcos al Imperio.

RAZAS

. **Elfos:** estirpe feérica del No-Mundo cuyo nombre primigenio es el de *žaeian widžid*. Se dice que nacieron para servir a los efebos. Son llamados los primeros hijos del bosque, pues nacieron antes que las dríades. Su contraparte femenina se llama elfina. El nombre elfo está escrito en lengua vulgar.

. **Efebos:** estirpe feérica de rasgos andróginos. Tienen sangre de hierba y están vinculados de manera estrecha con el No-Mundo y la Horrible-Naturaleza. El nombre efebo, al igual que el nombre elfo, también está escrito en lengua vulgar.

. **Nínfiles:** raza feérica para denominar a las ninfas primigenias.

. **No-longevos:** eufemismo para la palabra humanos, la cual está escrita en la lengua vulgar.

. **Pueblos monstruosos:** pueblos antiguos que carecían de la hermosura feérica. Los que aparecen en la primera parte de este libro son los artabatitas y los esciápodos, los cinocéfalos, panotios, además de los no-longevos y también blemias. Existen otros que no han sido mencionados.

. **Los virtuosos:** clasificación de una de las razas feéricas.

Lobos huargos: raza de lobos de combate, muy antigua. Debido a su fiereza, rara vez se usaban como montura. Su hábitat son las regiones de hielo gris.

Lobos fenrianos: raza de lobos de combate, tan antigua como la raza huarga. No se conoce lobo fenriano que se haya dejado montar por no-longevos ni por seres feéricos. Su hábitat son los abismos álgidos de la región abismal.

OTRAS DENOMINACIONES

. **No-Mundo:** tierras que engloban las regiones en las que transcurren los hechos de las Tres Baladas.

. **Las baladas de la cuadriga:** tres historias de corte épico que

comienzan con *La balada del Nunca Amado*, a la que siguen *La balada del Navegante Blanco* y, por último, *La balada del Rey Errabundo*.

Nota: El Nunca Amado, el Navegante Blanco y el Rey Errabundo son nombres que hacen referencia a un personaje de cada historia. Sin embargo, nunca se menciona directamente a quiénes. Queda en manos del lector descubrirlo con ayuda de pistas que salpican toda la saga.

. **Oddèchnin no zczèniën:** nombre en la lengua del No-Mundo que significa el-aliento-que-lo-carcome-todo. También se le conoce como la Plaga.

. **El-aliento-que-lo-carcome-todo:** traducción de *oddèchnin no zczèniën* a lengua vulgar.

. **Brujas de Barro:** curanderas que trabajan el barro.

. **La Sombra del Campo:** grupo de campesinos que está en contra de la inmigración. Se dedican a matar expatriados.

. **La Garra del Sacrificio:** círculo de ritualistas conocido también como el Pentáculo. Los cinco miembros sacrifican personas a un bosque carnívoro antes de cada cambio de estación para tener buena cosecha.

. **Žaeian widžid:** nombre en la lengua del No-Mundo para la

palabra elfo.

. **Òrden del Àrbol de Hierro:** orden de caballeros a la que pertenece Calèndul.

. **La Època de la Plaga:** período de tiempo en donde transcurre *La balada del Nunca Amado*.

. **Echar las piedras:** forma de adivinación similar a la geomancia.

. **La Horrible-Naturaleza:** nombre de la naturaleza en el No-Mundo.

. **El Jardín Salvaje:** jardín que se extiende en la ciudadela. Fue sembrado por el Brujo de la Hojarasca.

. **La Antigua Casa:** casa de los hombres de cabellos de fuego, fundada por Gàried: la Flama Perdida.

. **Casas de los Señores la Tierra:** antiguas casas de labriegos que rendían culto al efebo Milan del Barro.

. **Casas de los Señores del Campo:** antiguas casas de labriegos que rendían culto al efebo Càhill de la Cosecha.

. **Las dos lunas:** lunas de aparición aperiódica en las Tierras de la

Guadaña. Son gemelas pese a que tienen distintos colores. La más grande se llama Plata, y la más pequeña y erosionada, Herrumbre.

. **Árbol de muerte:** árboles donde la gente se ahorca.

. **Pueblo bajo:** denominación para los plebeyos.

TERRITORIOS

. **Tierras de la Guadaña:** Tierras gobernadas por la familia Riese, divididas por el río Causcaba. En esta región transcurre *La balada del Nunca Amado*.

. **Bosque de los Ahorcados:** bosque ubicado al sur de Càdeburg a donde las personas inficionadas con plaga acuden para ahorcarse. Los soldados imperiales cuelgan a los traidores en los árboles.

. **Càdeburg:** ciudad principal del Imperio de las Tierras de la Guadaña, ubicada al norte. Dispone de un puerto en las orillas del Mar de la Peste.

. **Pradera Azul:** segunda ciudad del imperio por encima de Pradera Gualda. La gobierna el conde Clément della Carriètt.

. **Causcaba:** río caudaloso que divide las Tierras de la Guadaña.

. **Campos Pelosos:** región oriental del otro lado del río, donde los campos son grises y a donde la plaga aún no llega. Se dice que la hierba parece pelaje de bestia.

. **Campohueso:** pueblo de labriegos regido por los duunviros de la Casa del Campo. Está ubicado en los Campos Pelosos.

. **Puertoblanco:** puerto abandonado al norte de la ciudadela en ruinas.

. **Camino de los Riachuelos:** parte de los Jardines Salvajes.

. **Costas de la Reina Decapitada:** región sureña de las Tierras de la Guadaña.

. **Sala de los Emperadores:** sala principal en la que descansan los sitiales de las escamas.

OBJETOS

. **Sustancia de rubicànnia:** sustancia fabricada por las brujas de barro para aliviar la tos negra.

. **El Nenùfar de los Marjales:** barco de Zdrvak na Djiezka.

. **Regalo de la Doncella:** espada de Ôrsses forjada con un metal

que vibra. Puede cortar casi todos los cuerpos.

. **La Gorgona:** barco de Calèndul iid d' Tar Gèbranth.

. **La Rosa del Estanque:** barco de Ôrsses le Càrcuett.

EMBLEMAS

. **Emblema de la casa Riese:** escórpora de gules en campo de contraarmiños.

. **Emblema de la casa Crâvic:** cráneo de carnero en campo de armiños.

. **Emblema de la casa Brûnn:** espiga de trigoscuro en campo de sangre.

OTROS

. **Lista de minerales raros:** condrita, obsidiana, espectria, piedraoscura.

. **Lista de maderas raras:** palomuerto, picocuervo, picorneja.



AGRADECIMIENTOS

Hola de nuevo, amigos.

Estas líneas son para agradecer a algunas personas que hicieron posible esta publicación. Antes que nada, gracias a todos los involucrados en la organización de Uróboros 2020. De no haber sido por esta convención, este libro continuaría sin publicarse de manera oficial. ¡En serio! ¡Gracias, chicos! Espero que en el futuro participemos juntos en otras convenciones similares.

En segundo lugar se encuentran amigos que seguro se sorprenderán al leer esto: el primero a un chico súper inteligente (quizá una de las personas más inteligentes del mundo después de Kesos) que conocí en foros de Internet y que desde entonces compartimos una afición mutua a sagas de fantasía, juegos de video, animes, mangas, y que sabe harto de teorías literarias. Gracias, ALX, mi *bro*, también conocido como Alejandro Villaverde Viayra. Tú fuiste el primero en leer el manuscrito de *La balada del Nunca Amado* en sus dos versiones: sin corregir y corregido. Gracias porque siempre lees mis historias y escuchas cuando te cuento sobre mis futuros planes sobre esta saga. Tener a alguien como tú a mi lado es una bendición alucinante. También quiero agradecer Arnau y Marc por el apoyo recibido cuando estuve en Barcelona con los separadores de la saga y por todas esas conversaciones tan interesantes sobre *Bersekr* (que entonces no lo

conocía), Isaac Asimov y por acompañarme al *talk* de Brandon Sanderson y por el maravilloso libro *Aquelarre*. Todavía tenemos pendiente reunirnos para jugarlo. ☺

¡Gracias, mis *bros*!

Al principio pensé terminar esto aquí, pero detrás de esta saga existen muchas personas a las que quiero agradecer por escrito, aunque estoy seguro de que ya saben que estoy muy agradecido. Entre ellos se encuentran mis amigos de Telos Servicios Editoriales. Gracias, querida Hydra De Tres Cabezas por todas las correcciones y comentarios que me han servido muchísimo (y por presentarme a Titivillus). Gracias, Kike Alapont. Tus dibujos van de acuerdo con esta saga y tienes los trazos más sucios que jamás he visto. Pronto iremos a por más blasones y diseños de personajes. Gracias, Alejandro Colucci. Tú sabes que eres mi dibujante de portadas favorito desde que compré los libros de las *Crónicas Vampíricas* de Anne Rice y los de la *Saga de Geralt de Rivia*, de mi ídolo Sapkowski.

También, obviamente, agradezco a todos mis familiares y amigos que me dan su apoyo y me escriben comentarios por redes sociales y a mi número de *whatsapp*: Jaime, Nilo, Javier, el “Gran Jorgito Oliva”, Leche, Edguitard, Wilbert, Romina, Pedrito Dulanto, Mayrita, Víctor Tarazona a.k.a. Victorious Maximus en *Ultima Online* y PimpónTuMay en *Gunbound*, y gracias a un *bro* que hasta ahora es mi admiración: Juan Carlos Oliva, el inigualable “Doctor Tubo”, que es el

puto amo con Liu Kang en *Mortal Kombat IV*, y que una vez me hizo un comentario por teléfono referente a mis sagas cuando tenía catorce años que nunca voy a olvidar. Ah... pero nunca me ganarás cuando uso a Reiko con mi poderoso combo de la chalaquita, *perito*. Esta gente es muy especial porque son quienes me han visto crecer y hasta ahora se encuentran a mi lado como una gran comunidad-familia de ángeles de la guarda.

Por último, pero no menos importante, gracias a mis padres y a mis tías (Meme, Olga, Rosa, Carmen, Gladys —que ahora es fantasmita—, Monty Mole, Victor and Company) y a toda la familia de Flawil (Carlos, Imac, Natalija, Inti y el resto de Hinterberger y Sanchez), ya que me hicieron ver un lado de la vida que despertó una luz más en mi. También gracias a Robert (ya nos veremos en Sant Carles) y a mis padres que siempre me han apoyado en todas mis ideas. Nunca olvidaré cuando apagué el *Super Nintendo* porque mi papá me ganó en *Futbol Excitante II* ni cuando mi madre me tiró una llave por gracioso y me cayó en los...

¡Gracias!

Contacto: juliocevasco@gmail.com

Facebook de *La Balada del Nunca Amado*:
<https://www.facebook.com/lbdna> (Compartan y denle a like) 😊

Facebook de Julio Cevasco:
<https://www.facebook.com/juliocevascoamigo>

Paypal: juliocevasco@gmail.com

Instagram: juliocalisthenics_sw